

KRISTI ANN HUNTER

*En busca  
de refugio*



Libros de  
*seda*

*Kristi Ann Hunter*

*En busca  
de refugio*

*Serie Haven Manor, 00.5*



# Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Misterio en Haven Manor

Sobre la autora

Créditos

# Sinopsis

---

---

**¿Cómo una joven tranquila, obediente y casada por conveniencia, con una vida planificada, acaba huyendo como si fuera una forajida? ¿Qué secreto alberga?**

Margaretta Fortescue necesita desesperadamente desaparecer de la sociedad de Londres, y su única esperanza es seguir los pasos de otra joven que recientemente se hizo una vida lejos de la mirada de la sociedad londinense, pero que no sabe dónde está. Su búsqueda la lleva a la ciudad comercial de Marlborough, donde espera pasar desapercibida.

A pesar de sus esfuerzos por evitar la atención de la gente, parece que no puede eludir al abogado local, Nash Banfield.

Todo lo que Nash quiere es una vida tranquila, sin riesgos ni sorpresas, pero la llegada al pueblo de una mujer que viaja sola despierta su curiosidad... y algo más. Cuando Margaretta, claramente huida, y sin ganas de responder preguntas, interrumpe su soledad, su curiosidad y sus principios no le permitirán dejar a esta mujer sin ayuda.

Pero ¿valdrá la pena saber la verdad de lo que hizo huir a Margaretta y podrá abrir finalmente su corazón al amor?

# Capítulo 1



## Marlborough, Inglaterra

Margaretta había usado la palabra «desesperada» muchas veces en su vida, pero nunca había conocido su verdadero significado hasta que se halló apostada frente a la puerta abierta de una diligencia postal con una carta de hacía ocho meses y rezando para que alguien en ese minúsculo mercado supiese adónde había ido la autora de dicha misiva cuando se marchó.

Y para que Margaretta pudiera encontrarla antes de que Samuel Albany la encontrase a ella.

Porque aquella persona era su última esperanza. Y esperanza era algo que Margaretta necesitaba desesperadamente. En el más puro sentido de la palabra.

—¿Se detiene aquí, señorita?

Margaretta se obligó a apartar la vista de la amplia calle adoquinada y flanqueada por edificios de ladrillo rojo y escaparates porticados. El hombre que sujetaba la puerta, y que se mostraba razonablemente impaciente, llevaba el abrigo rojo del servicio postal inglés y una gruesa capa de polvo del viaje. A sus ojos, Margaretta tal vez pareciera una mujer sin preocupaciones en comparación con su actual incomodidad.

Si supiera que estaba huyendo para salvar la vida, ¿seguiría pensando tal cosa?

No es que importase. Su opinión no podía importar. La de nadie. Margaretta conocía la verdad, las decisiones con las que estaría dispuesta a vivir, y eso era todo lo que había de importar.

—Sí, me bajo. —Guardó la carta en el bolsillo de su capa de color amarillo intenso y cerró los dedos en torno a la desgastada asa de cuero de su maleta. La pesada valija chocó contra su rodilla al bajar y amenazó con derribarla sobre el trabajador postal y aplanarle la nariz aún más. En cambio, dio un salto y agitó las rodillas cuando sus botas tocaron el suelo. La bajada del vehículo había sido, cuanto menos, impropia de una dama, pero mucho mejor que caer de nalgas en el suelo.

Margaretta exhaló una bocanada de aire entre sus labios fruncidos y se echó a un lado antes de depositar la maleta a sus pies. Se enderezó la capucha de la capa para que ocultara su rostro. Sí, aquello dificultaba la visión a su alrededor, pero también evitaba que la gente la viese. Prefería que la gente recordase una gran capucha de un ridículo tono amarillo chillón antes que su rostro. La gente se fijaría en ella por ser una mujer que viajaba sola en diligencia. Bien se dejaba ver con algo memorable y que llamara la atención, o se cubría con los sombríos colores del luto, lo cual no estaba dispuesta a hacer. Aquello sería admitir la derrota antes de empezar siquiera.

Levantó la maleta y volvió el rostro para inspeccionar el pueblo con ojo crítico. Era encantador, y se veía amplitud por todas partes, algo de lo que Londres carecía; sin embargo, no podía permitirse el lujo de permanecer quieta y pensar en los beneficios de la amplitud y el aire fresco. Tenía poco tiempo y menos fondos. Debería ser inteligente para resolver sus problemas antes de que ambos se agotasen. Y, a pesar de haber intentado siempre ser prudente y práctica, nadie le había pedido nunca que fuera lista.

Introdujo una mano en el bolsillo y la envolvió alrededor del papel ya



arrugado. Su amiga Katherine, por otro lado, siempre había sido lista, y Margaretta contaba con poder seguir sus inteligentes pasos para asegurarse de que todo transcurriera como debía y todos permaneciesen a salvo al menos durante los próximos meses.

Con suerte, Katherine no había sido tan inteligente como para que el esfuerzo de Margaretta resultase en vano. Esta carta era la última conexión que Margaretta tenía con su amiga, y, por desgracia, apenas contenía información.

El cansancio hizo mella en su mente. Llevaba viajando tres días seguidos en diligencias postales a lo largo de una amplia ruta alrededor de Londres para evitar a cualquiera que la pudiese estar buscando. Mientras todos pensasen que se encontraba en Margate, bañándose en el mar con la señora Hollybroke y sus hijas, tendría tiempo. Tiempo para esconderse, para idear un plan, para lograr la imposible tarea de encontrar a Katherine. Dado que desaparecer por completo parecía ser parte de la solución de esta, Margaretta esperaba que su carta fuera el inicio de un rastro escaso.

Así pues, la pregunta era: si Margaretta quería encontrar a alguien que no deseaba ser encontrado, ¿por dónde empezaría?

El estómago se le contrajo y gruñó, recordándole que había pasado mucho tiempo desde que había desayunado el pastel de carne en una fonda de carretera.

No ayudaría a nadie, mucho menos a sí misma, que se desmayara por el hambre y el cansancio en mitad de la calle. Entonces, lo primero sería la comida y el alojamiento. Mañana comenzaría su búsqueda.

El enorme hostel con tres gabletes que aparecía a su derecha parecía prometedor y cómodo. Al igual que caro, un lugar que proporcionaba servicio a aquellos que viajaban desde Londres en carruaje. De quedarse allí, su monedero mermaría más rápido de lo que le gustaría y también la pondría en peligro de encontrarse a alguien que pudiera

reconocerla. No podía dejar que nadie regresara a Londres con noticias de que Margaretta se encontraba en Marlborough.

Así las cosas, empezó a caminar. Se alejó del hostel y de los deliciosos aromas que de él provenían, del carruaje y de la gente con la que había pasado varias de las pasadas horas compartiendo un pequeño espacio.

De todo lo que le resultaba familiar.

Viajar era algo que había hecho durante gran parte de su vida. Al tener un padre que se dedicaba al negocio de los arneses y las monturas, hubiera sido raro no tener la oportunidad de probarlas. Sin embargo, nunca había salido sola, lejos de las zonas frecuentadas por viajeros como ella.

Una respiración profunda se abrió paso entre sus pulmones contraídos. Podría hacerlo. Un pie delante del otro. Inhalar durante dos pasos y exhalar durante otros dos. Absorber la idílica calma de la amplia calle que se tornaba más silenciosa cuanto más se alejaba del establo. Encontrar algo en lo que centrarse y seguir caminando hasta que se le presentase una solución. Era una perspectiva alarmante que hacía que su yo pragmático se estremeciese, pero durante el pasado mes y medio le había servido bien. Elegir un punto y moverse hacia él.

Más adelante en la calle, una mujer barría el suelo frente a una tienda. En el cartel solo podía leerse Lancaster's, pero por la cantidad de manojos de hierbas que colgaban del escaparate y por los barriles de comida que había debajo todo indicaba que se trataba de una tienda de comestibles. El estómago le volvió a sonar. No sería un plato de alta cocina, pero si podía llevarse a la boca un poco de fruta y queso, y quizá alguna otra cosa que no requiriera mucha preparación, aliviar el hambre le costaría la mitad de lo que habría tenido que pagar en el comedor de un hostel.

Era una opción tan buena como cualquier otra en ese momento.



Frunció los labios en señal de determinación al tiempo que hacía acopio de fuerzas y se dirigía a la tienda de comestibles tratando de no hacer caso al miedo que la instaba a mirar por encima del hombro para ver si alguien la seguía.



Nash Banfield se alejó de la puerta de su despacho y siguió a la mujer por la calle.

Dada la localización de su despacho, justo a las afueras de la calle principal de Marlborough, había visto a una multitud de personas desembarcar de una serie de carruajes. Normalmente apenas les prestaba atención, pero le había resultado imposible no percatarse del color amarillo intenso de la capa que vestía aquella mujer, un rayo de sol enmarcado por pintura descolorida y polvorienta y las endeblez nubes grises que cubrían el cielo.

Nubes que hacían que resultara extraño que se hubiese tomado el tiempo de cubrirse la cabeza para esconder aquel cabello oscuro y aquella piel pálida.

Nadie la acompañaba y no había reclamado ninguna de las maletas o baúles de la zona superior del carruaje. En cambio, había tomado su única maleta de cuero y se había dispuesto a alejarse del vehículo, el hostel y la gente con paso firme.

Nash había sido abogado durante muchos años y rara vez había sido testigo de nada bueno de alguien que viajaba solo, sin equipaje y ocultando el rostro.

Había atisbado su semblante durante unos instantes antes de que la capucha le ensombreciese unas cejas marcadas y una boca generosa. Desde la distancia, no podía descifrar su expresión, pero apenas cabía duda de que la viajera desbordaba determinación. Era evidente por los hombros rectos, los labios fruncidos y los pasos decididos.

Según la experiencia de Nash, las emociones vehementes de cualquier tipo tenían potencial para convertirse en algo peligroso.

El señor Tucker, un hombre bien vestido y propietario de una de las queserías locales, pasó por su lado e inclinó el sombrero al hacerlo.

La mujer no le respondió y en lugar de ello se dispuso a cruzar la calle. Los pliegues de su capa amarilla se arremolinaban a su alrededor y dejaban entrever un vestido azul oscuro por debajo.

Nash apretó los labios mientras unía las manos a su espalda y aguardaba para ver adónde se dirigía. Los desconocidos en el pueblo no eran nada nuevo. Mucha gente vestida igual de elegante que ella, y más incluso, visitaban el pueblo y lo consideraban una humilde y rústica zona de descanso entre Londres y Bath.

Sin embargo, la mayoría de los visitantes no viajaba en diligencias.

En pocos días, el pueblo estaría a rebosar de gente, tanto de desconocidos como de sus propios habitantes. Cuando el mercado semanal llegase al pueblo, Marlborough estaría repleto de gente. Las amplias calles adoquinadas se llenarían de personas y el ruido haría eco desde los altos tejados y las callejuelas estrechas. Pero ahora mismo, el pueblo se hallaba tranquilo.

Era una comunidad pequeña; solo dos parroquias dividían el pueblo, y la gente que rondaba las calles y trabajaba se llevaba bien. Habían estado a su lado tras el fallecimiento de su hermana y lo habían ayudado a sanar de la pérdida de la última persona a la que quería, al igual que habían evitado que cayera en una oscura e incontenible melancolía que temía que lo fuese a consumir.

Se habían convertido en su familia.

Nash dejó caer las manos a los costados y su naturaleza curiosa se transformó en inquietud cuando resultó evidente que la mujer se dirigía hacia la tienda de la señora Lancaster. La anciana había

mantenido abierto el negocio tras la muerte de su marido y continuó proveyendo a los residentes de Marlborough de un lugar donde comprar alimentos, especias y una gran variedad de otros elementos a lo largo de la semana sin tener que esperar al mercado de los sábados. Pero la mujer era demasiado generosa, sobre todo con las mujeres jóvenes. Se había hecho amiga de mujeres que trabajaban en los hospicios del pueblo y había sustituido más de un juguete para niñas sin pedir un solo penique a cambio.

Cuando el señor Lancaster enfermó, este le pidió a Nash que le prometiera que cuidaría de su esposa. Aquello había sido hacía casi cinco años, pero a Nash no le había llevado mucho tiempo entender que vigilar a la señora Lancaster no era tarea fácil, teniendo en cuenta el hecho de que la mujer no hacía nada de manera ni remotamente normal. Nash temía el día que alguien se aprovechara de la amabilidad de la anciana viuda.

Alguien como aquella mujer que se había bajado de la diligencia y se dirigía directamente a su tienda de comestibles. Quizá sabía que podría intercambiar una triste historia por algo mejor.

Se separó de la pared y caminó por la calle. La gente de Marlborough lo había salvado hacía ocho años. Este pueblo era la única familia que le quedaba. Estaba listo para protegerla de ser necesario.



Los ojos de Margaretta se abrieron de par en par al observar las estanterías y los barriles repletos de alimentos, hierbas y un sinfín de otras cosas que jamás pensó encontrar en una tienda de comestibles. ¿Tenían tiendas así en Londres? No había ido mucho de compras allí, al menos no en busca de comida. Los lazos, sombreros y guantes eran interesantes, pero no tenían el mismo olor y textura que desprendía una tienda de ultramarinos.

A cada sitio que miraba, veía algo diferente; algo que quería recordar la próxima vez que se sentase con el ama de llaves para conversar sobre el menú mientras hacía ligeras modificaciones en los platos previstos y anticipaba lo entusiasmado que se mostraría su padre al tener algo nuevo sobre la mesa esa tarde.

Por supuesto, pasaría algún tiempo hasta que regresase a su casa en Londres y perdiera la mañana reflexionando sobre el menú. Ahora mismo le interesaban más las cestas de nectarinas y manzanas de finales de temporada mientras consideraba seriamente comerlas en una callejuela a pesar de estar crudas. Se sentía demasiado famélica y, además, no tenía forma de cocinarlas.

Pasó junto a la mujer que tarareaba y que siguió a Margaretta al interior antes de guardar la escoba en un rincón cerca de la puerta. La melodía le resultaba vagamente familiar. Quizá fuese una que había oído en la iglesia. No era un ritmo que propiciase bailar, por lo que no provenía de ninguna danza.

A Margaretta se le hizo la boca agua y sus sentidos se adaptaron al silencio de la tienda después del molesto traqueteo de la diligencia. Podía oler el queso y el pan además de las variadas hierbas y especias que llenaban los estantes. En comparación con los caballos y los cuerpos faltos de higiene de los viajeros, era un cambio que agradecía. El espacio se hallaba en penumbra, lo cual la obligó a echarse la capucha hacia atrás. Por esa razón se mantuvo de espaldas a la puerta cuando la mujer se acercó a ella.

—No suelen venir muchos clientes directos de las diligencias. ¿Qué desea? —La mujer rodeó el mostrador. Era vivaz, a pesar de la ligera cojera que sufría en el pie derecho. La edad era evidente en su semblante redondo, enmarcado por varios rizos castaños con retazos grises que se escapaban del gorro que le cubría la cabeza.

—Dos de cada, por favor. —Margaretta señaló las cestas de fruta a la

vez que apoyaba la maleta en el suelo frente a sus pies y se aseguraba de cubrirla con el extremo de la capa—. Quizá también un poco de queso y una pequeña hogaza de ese pan.

La mujer asintió y comenzó a envolver los pedidos de Margaretta en un trozo de papel marrón mientras hablaba.

—Este es el mejor pan del condado, pero no se lo diga al señor Abbot de la panadería calle abajo. Todavía le molesta que venda las hogazas de Cecily White en mi tienda, pero no hay nada que yo pueda hacer. Tiene suerte de que haya venido tarde hoy. Normalmente se venden antes del mediodía.

Margaretta contó cuidadosamente las monedas de su ridículo. No pudo evitar sonreír mientras la mujer charlaba, pero su sonrisa se transformó en vergüenza cuando empezó a sonarle el estómago y de qué manera ante la falta de comida.

Sin dejar de hablar, la mujer pellizcó un trozo de pan y se lo entregó a Margaretta antes de envolver el resto en el paquete.

—Pero si son bollos lo que quiere, entonces la enviaré al señor Abbot. Vende los mejores, aunque es su hija quien los hace. Pero todos fingimos que es su mujer quien hace la tarea, a pesar de que le cuesta hasta elaborar masa para tartas. No logro entender qué llevó a esa mujer a casarse con un panadero.

La mujer alzó la mirada y guiñó el ojo.

—Oh, hola, señor Banfield. ¿Qué le trae hoy por aquí?

Sus ojos viajaron hasta Margaretta mientras hablaba, como si la mujer creyese que su cliente había sido la razón de la visita del caballero, en lugar del amplio surtido de alimentos.

Margaretta trató de mirar al recién llegado por el rabillo del ojo. Todo lo que pudo otear al quitarse este su sombrero de copa fue una mata de pelo oscuro y un gran abrigo sencillo en tonos marrones.

—Buenas tardes, señora Lancaster. Me temo que se me han agotado los caramelos de menta. —Se detuvo al lado de Margaretta en el mostrador.

La señora Lancaster emitió una breve risa.

—Bueno, pase por aquí y tómelos. Sabe dónde están, ya que compró una cajita hace dos días.

El hombre pasó tras el mostrador y por detrás de la anciana vendedora. Sus ojos azul claro se clavaron en Margaretta y ella intentó no devolverle la mirada, pero fue capaz de descubrir una nariz recta y fina y un fuerte mentón.

—¿Ha conocido ya a esta joven y encantadora dama? —inquirió la señora Lancaster tras recibir el dinero de Margaretta.

El señor Banfield se volvió con una pequeña cajita en la mano y una media sonrisa.

—No, me temo que no he tenido el placer.

—Yo tampoco. —La mujer le sonrió y al hacerlo el rostro se le arrugó con el gesto, muestra de que las arrugas no se debían solo a la edad—. Podemos hacerlo juntos ahora, ¿cierto?

Margaretta tragó con vehemencia dos bocaditos de pan a la vez que la sonrisa de la mujer se ensanchaba en su dirección. Quería recibir su comida y marcharse, mantener su privacidad y anonimato, pero tendría que hablar con la gente si quería encontrar a Katherine y resultaría menos sospechoso si se relacionaba con todos. Así que se esforzó por corresponder la sonrisa.

—Soy la señora Lancaster, querida. Y este señor de aquí es uno de nuestros abogados, el señor Banfield. Como es nueva en el pueblo, quizá nosotros seamos las dos mejores personas que pudiese conocer. Sé cuáles son los mejores sitios en los que meterse en problemas y él sabe cómo sacarla de ellos.

Sus carcajadas la hacían parecer más joven de lo que aparentaba, con una cadencia que suavizaba cualquier afirmación ofensiva.

Margaretta no sabía qué responder y la incomodidad causó que sus mejillas adquirieran un tono rosado.

El señor Banfield dio un paso al frente y su atención por fin se desvió de Margaretta hacia la anciana. Su sonrisa era benévola y era evidente que le guardaba un gran cariño a la mujer.

—Señora Lancaster, las únicas veces que se mete en problemas es cuando intenta ayudar a otros a salir de ellos.

Su mirada viajó de la señora Lancaster hasta Margaretta y perdió ese aire de benevolencia de antes. La sonrisa del señor Banfield se desvaneció y este se preparó para enfrentarla.

Margaretta cuadró los hombros y alzó la nariz sin importarle que aquello hiciera que pareciese arrogante. No había hecho nada para recibir la burla de ese hombre y mantuvo el contacto visual con él mientras le respondía a la propietaria para demostrárselo.

—Es un placer conocerla, señora Lancaster. Mi nombre es señori... — Tosió para ocultar su vacilación. ¿Quién podría decir que era? Seguramente Samuel estuviese buscando a la señora Albany, por lo que no podía darles su verdadero nombre.

Ser una «señorita» sería la mejor forma de evitar a Samuel en caso de que este viniera a buscarla, pero aquello le ocasionaría a Margaretta otro aluvión de problemas si seguía en el pueblo dentro de un mes o dos. Volvió a toser para ganar algo de tiempo y alzó el trozo de pan con una sonrisa de disculpa.

—Soy la señora... —«¡Un nombre! ¡Un nombre! ¡Necesitaba un nombre!»—. Fortescue.

Casi gimió. Usar su nombre de soltera era casi tan mala idea como admitir que su nombre de casada era Albany. Si Samuel venía a



Marlborough, seguro que la encontraba.

## Capítulo 2



Nash se metió los caramelos de menta en el bolsillo del abrigo y metió la mano bajo el mostrador para sacar el libro de registros de la señora Lancaster. Anotó el precio de los caramelos en su página del libro mayor y luego esperó a que se secara. Si se tomó el doble del tiempo necesario antes de cerrarlo, nadie lo sabría excepto él.

Que la mujer estuviese casada le sorprendió, sobre todo ahora que podía ver su rostro de cerca. ¿Qué clase de hombre permitía que una mujer tan hermosa vagara por el campo ella sola en una diligencia postal? Estuviera donde estuviese el señor Fortescue, no estaba haciendo muy buen trabajo.

Eso, o que la señora Fortescue era lo bastante problemática como para garantizar más atención que la simple curiosidad y el interés de Nash. La señora Lancaster, como era de esperar, no parecía cargar con ninguna preocupación similar con esa predisposición que tenía a hablar con todo el mundo, ya fuese amigo o extraño.

—¿Y qué la trae por Marlborough, señora Fortescue? ¿Ha venido para el mercado de este fin de semana? Tiene suerte. He oído que el señor y la señora Blankenship montarán un puesto. Tienen los artículos más elegantes y de mayor calidad que haya visto nunca. El señor Lancaster ahorró durante meses y me compró un broche que es un pavo real. Es una de mis posesiones más preciadas.

Nash no pudo evitar contener la media sonrisa que le curvó los labios.

La señora Lancaster siempre parecía conocer la información necesaria para atraer a los demás. Estaba bastante seguro de que conocía los asuntos de todo el pueblo, lo cual hacía que él agradeciera no tener ninguno en realidad. Él se ocupaba de los contratos, las ventas y los arrendamientos de los habitantes de la zona que lo necesitasen, e intentaba ayudar siempre que podía; quería ser una parte amable y solícita del pueblo. Pero al caer la noche siempre volvía solo a su casa. Ni siquiera tenía ya ayuda de cámara, prefería que una de las lavanderas del pueblo se ocupara de lavar y remendar su ropa.

Aunque si tenía que hacer una suposición, diría que la señora Fortescue tenía asuntos ocultos más que de sobra para compensar por todos de los que Nash carecía.

La morena aferró su paquete envuelto con un poco más de ahínco yladeó los labios en lo que probablemente debiera ser una sonrisa, aunque sus ojos oscuros permanecieron cautos y categóricos.

—Suenafascinante, pero no sé si estaré aún en el pueblo el sábado.

Nash volvió a colocar el libro de contabilidad bajo el mostrador con un suspiro de alivio. Si solo pasaba por aquí, entonces sus instintos clamaban sin razón. Docenas de personas problemáticas pasaban por Marlborough cada día sin causar ningún problema. Ni tampoco podía ayudar la señora Lancaster a nadie que no estuviese allí.

—Por supuesto que sí. No hay pueblo más refinado en Inglaterra que Marlborough. Y ahora que está aquí, no querrá marcharse en un tiempo. —La señora Lancaster asintió y la señaló con un dedo como si su palabra fuese ley y esperase que todos la obedeciesen.

En su mayor parte, lo hacían. Pero en este caso, Nash sentía que todos estarían muchísimo mejor si no decidía engatusar a esta alma perdida. ¿Era la postura que tenía la señora Fortescue, guardando su maleta y ocultándose del mundo? ¿El hambre que evidentemente sentía, pero sin ser capaz de sostenerle la mirada a alguien que sabía mucho de

vivir en esas circunstancias? No le cabía duda que la forastera estaba huyendo, o al menos, escondiéndose. No era algo en lo que quisiera inmiscuirse de manera voluntaria, pero se la había visto muy decidida a trasladar su apuro a la tienda de la señora Lancaster.

Dobló el cuello y volvió a sonreírle a la señora Lancaster.

—Hay un mundo mucho más allá de Marlborough, ¿sabe? Y hay gente en él con obligaciones.

—Supongo que sí. —La mujer, ya de por sí bajita, pareció encogerse un poco más y su cuerpo adoptó la forma redondeada de su rostro—. Si todos viviesen en Marlborough, estaríamos un poco apretados.

Un soplo de risa provino de la señora Fortescue, y por un brevísimo instante, su sonrisa pareció un poco menos forzada. Ese instante desapareció enseguida, y volvió a sumirse en un tenso silencio.

El deseo por recuperar ese breve momento de desenfado, por alargarlo hasta que fuera capaz de oír su risa y ver una sonrisa sincera en su rostro, lo golpeó en el pecho. Quizá se le hubiese pegado algo de la inclinación de la señora Lancaster por salvar a almas perdidas con el paso de los años. Intentó desechar tales ambiciones frunciendo el ceño. Sus obras de caridad ya estaban cubiertas con los habitantes del pueblo, sobre todo aquellos de los que se habían aprovechado y requerían de sus servicios en algún momento u otro.

No obstante, la señora Lancaster nunca había aceptado sus intentos de protegerla y ayudarla, y aquel momento no parecía ser excepción.

—¿Adónde va, pues?

—Eh... —La joven pasó un dedo a lo largo de la unión del papel que envolvía su paquete y dejó a la vista unos guantes de color marrón claro raídos, arañados y cubiertos de polvo del viaje. Estaban demasiado sucios y dañados como para llevar viajando un solo día desde Londres.

Carraspeó.

—No estoy muy segura.

¿De verdad no sabía adónde se dirigía, o es que ya había llegado a su destino? Aunque se pusiese en el mejor de los casos, que su decidida caminata hasta la señora Lancaster había sido fortuita, no podía dejar a la señora Lancaster desprotegida. Era evidente que la muchacha estaba huyendo. ¿Qué había hecho?

La señora Lancaster golpeó el mostrador con ambas manos.

—Entonces no hay razón por la que deba marcharse. Puede quedarse aquí y ver el mercado.

Nash se aclaró la garganta.

—Este resulta un lugar extraño para venir a curiosear. No creo que pudiera vender muchos diarios de viaje sobre las maravillas salvajes del condado de Wiltshire.

La señora Fortescue respiró hondo y volvió a intentar sonreír, en vano. No engañaba a nadie. Al menos, no a Nash.

—Estoy buscando... eh... encontrarme con alguien.

La señora Lancaster se llevó las manos al pecho y su rostro arrugado y redondo se transformó en una amplia sonrisa.

—Oh, las personas son siempre mucho más interesantes que las joyas. ¿A quién está buscando?

La señora Fortescue dedicó una mirada a Nash antes de volver a fijar sus oscuros ojos en la señora Lancaster.

Nash frunció el ceño. ¿Recelaba de él igual que él lo hacía de ella? ¿Había esperado encontrar a la señora Lancaster sola y vulnerable? ¿O realmente se trataba de una mujer asustadiza en apuros? Sintió ligera punzada en la base del cuello.

La mujer tragó saliva y cuadró los hombros una vez más, lo cual

provocó que su voluminosa capa amarilla se abriese y dejara a la vista un vestido azul oscuro sencillo. Ya había atisbado la falda cuando cruzó la calle antes, pero no había esperado que el resto del vestido fuese tan simple. El escote era ligeramente redondeado y ni siquiera requería de un cuello falso para que fuese modesto. ¿Por qué la propietaria de tal vestido elegiría una capa tan llamativa?

—Tan solo a una vieja amiga.

—¿Puedo acompañarla hasta el lugar donde ha de encontrarse con su amiga? — Nash salió de detrás del mostrador y agachó la cabeza en dirección a la señora Fortescue. Era el deber de un caballero ofrecerse a escoltar a una mujer sola, pero también le permitiría saber con quién estaba conectada en este pequeño pueblo.

El color que había empezado a desvanecerse de sus mejillas regresó de golpe, tal vez incluso con más intensidad que antes. Cerró la boca antes de humedecerse los labios y de dedicarle una sonrisa nerviosa.

—Oh, no, eso no será necesario. Iré a buscar un lugar donde pasar la noche y ya mañana investigaré... me reuniré con ella.

La desconfianza de Nash se redujo, y la reemplazaron la curiosidad y la preocupación, por ambas mujeres en aquel reducido espacio. Quien fuera que fuese esta muchacha, el subterfugio no era su punto fuerte. Los errores en su discurso eran demasiado prevalentes. Supuso que podrían ser intencionados, pero cualquiera con la habilidad de ruborizarse y tartamudear a placer habría optado por un objetivo mucho más elevado y no por una tendera. De hecho, estaba empezando a preguntarse si la emoción desconocida que había vislumbrado antes no se había tratado de simple miedo.

—Hay una alcoba sobre la tienda. —La señora Lancaster bordeó el mostrador—. El señor Banfield puede llevar su maleta arriba, si lo desea.

Nash se volvió para mirar a la señora Lancaster.

—No puede acoger a una forastera sin saber absolutamente nada de ella —dijo a la vez que la señora Fortescue añadía:

—Oh, no me gustaría molestarla.

Aquellos ojos de color chocolate se entrecerraron a la vez que la mujer fruncía el ceño en dirección a Nash.

—¿Qué está insinuando, señor?

Nash le devolvió la mirada entornada a la cautivadora mujer que cada vez estaba más convencido de que traería caos a su vida impecablemente ordenada. Tan solo porque la había absuelto de albergar intenciones nefarias no significaba que estuviera dispuesto a confiar en ella.

—Insinúo que no sabe nada de usted, y por lo tanto no debería darle tan fácil acceso a deambular por su propiedad.

La señora Lancaster se interpuso entre ellos.

—No es la primera joven a la que ayudo, señor Banfield. ¿Por qué cree que siempre barro las escaleras cuando la diligencia cruza las puertas del pueblo? Quiero ver a quién me ha traído el Señor para que lo bendiga.

Nash suspiró.

—Es muy noble de su parte, señora Lancaster.

—Por supuesto. Al fin y al cabo, eso es lo que la Biblia dice que hay que hacer, ¿no es cierto? —La señora Lancaster se volvió hacia la señora Fortescue—. ¿Por qué no me habla de su amiga? Puede que también la ayudase.

La señora Fortescue sonrió a la anciana. Fue un gesto genuino, aunque el resto de su expresión permaneció un poco triste.

—Me temo que Katherine habría llegado aquí hace unos cuantos



meses.

—¿Viajaba sola, como usted? —inquirió Nash, y se ganó que volviese a fruncirle el ceño. Cerró la mandíbula de golpe con un chasquido y desvió la atención para observar lo que fuera que adornara el mostrador más cercano. Probablemente se enterase de mucho más si permitía que la señora Lancaster se ocupara de hablar. Siempre que se mantuviese cerca, podría evitar que la anciana hiciera nada posiblemente perjudicial para ella. Pero no pudo evitar preguntar—: ¿Dónde está su marido?

Ella arqueó las cejas.

—Descansando en paz en un campo a las afueras de Londres. Solo espero que haya podido encontrar el camino hasta el cielo.



Margaretta alzó el mentón e hizo acopio de toda la energía que le quedaba para no bajar la mirada. Se recordaba una y otra vez que no tenía nada de lo que avergonzarse. No había hecho nada malo, y no había nada que este hombre pudiera hacerle.

A menos que conociese a su cuñado. ¿Era posible que Samuel hubiese contratado los servicios de profesionales para que la buscasen por todo el país? Parecía demasiado organizado y meticuloso para él, pero Margaretta no iba a presuponer nada. Igual de malo sería que conociese a su padre, pero el señor Banfield no había reaccionado en absoluto al apellido Fortescue.

El siguiente soplo de aire le entró en los pulmones con un poco de más facilidad que el anterior. Por ahora, al menos, todo parecía ir como debiera.

Le dedicó a la anciana su mejor sonrisa con la esperanza de que el miedo no se le notara en el semblante. Tenía escasas posibilidades de poder pagar una alcoba cuando apenas podía permitirse hacer noche

en un hostel, pero este era mucho mejor lugar para esconderse de poder hacerlo.

—¿Cuánto pide por poder usar la alcoba de arriba?

La señora Lancaster señaló a su alrededor con el brazo.

—Barra y quítele el polvo a la tienda, y consideraré saldada la deuda. No hoy, por supuesto. Puede empezar mañana.

—Señora Lancaster —casi gruñó entre dientes el hombre.

La tendera frunció el ceño.

—Acaba de bajar de una diligencia, señor Banfield. Solo una arpía sin corazón la pondría a trabajar ahora mismo, y ya hemos dejado claro que tengo más corazón de lo que a usted le gustaría.

Otra pequeña oleada de júbilo se abrió paso a través de la tensión de Margareta y esta elevó una mano para ocultar la risilla que amenazaba con escapar de su garganta.

Pero el mal olor del viaje adherido a su guante le recordó exactamente en qué situación se encontraba y apagó todo vestigio de humor. Fue como un jarro de agua fría.

Nadie, ni su padre, ni Samuel, ni nadie que hubiese conocido en toda su vida, esperaría encontrarla barriendo suelos en una sencilla tienda con aposentos humildes en la planta superior. Mayormente porque nunca habría soñado con encontrarse en tal situación, pero ahora mismo resultaba ideal. El dinero le duraría más, y quizá tendría oportunidad de hablar con la señora Lancaster a solas. Si alguien recordaba a Katherine, probablemente fuese aquella entrometida, pero adorable anciana.

Ahora mismo aquella amable señora estaba dándole un codazo al señor Banfield en el costado.

—Llévele la maleta arriba y deje que se acomode. Tengo clientes a los

que atender.

El señor Banfield se pasó una mano por la nuca y hundió los dedos en el pelo que la cubría. Era evidente que no había sido la primera vez que había hecho tal cosa hoy. Fuera cual fuese el peinado con el que había salido, había desaparecido dadas las tantísimas veces que había tenido que hacer uso de gestos de frustración similares.

Aquel hombre tenía que aprender a relajarse.

No es que Margaretta tuviese ningún derecho de adjudicarse tal capacidad en esos momentos, pero él no podía decir que su tensión se debiese a que se encontrase en serios aprietos.

No obstante, lo último que quería era que aquel hombre tenso y que sospechaba de ella le llevase la maleta. Su padre, guarnicionero, la había diseñado especialmente para ella; no había otra igual en ningún sitio. Su padre era conocido por hacer las monturas más exquisitas de Inglaterra, pero la maleta había sido algo que había hecho en especial para su hija. No podía dejar que el señor Banfield se acercara lo suficiente como para atisbar el emblema de la Guarnicionería Fortescue en el cierre.

Margaretta carraspeó a la vez que tomaba su maleta con una mano y se aferraba al lote de comida con la otra.

—Por favor, no se moleste. El edificio no es muy grande, y no hay muchos lugares donde puedan estar las escaleras. No tendré problema en llegar arriba.

Él arqueó las cejas y ladeó la cabeza ligeramente.

—No dudo que así sea. No obstante, no quisiera decepcionar a la señora Lancaster. ¿Me permite su maleta?

Asió el equipaje con más fuerza de forma instintiva. Tragó saliva. Si iba a lograr que dejase de mostrar tanta curiosidad sobre su persona, tendría que sorprenderlo. Hasta ahora, él había sido quien sospechaba

de ella. ¿Qué pensaría si le pagaba con la misma moneda?

Con más bravuconería que verdadera indignación elevó el mentón.

—No, gracias. No se ha molestado en ocultar que mi presencia aquí le resulta inquietante. No voy a dejar que salga huyendo con mis pertenencias para así hacer que me marche.

Volvió a llevarse la mano a la nuca, pero esta vez no clavó los dedos en su cabellera desaliñada, sino que bajó la mirada hasta el suelo y combó los hombros. Respiró hondo una vez antes de bajar la mano y de volver a enderezarse, ahora con una expresión mucho más suave en el rostro.

—Mis disculpas. Le aseguro que mantendré mis esfuerzos por proteger a la señora Lancaster tan discretamente como me sea posible. Nunca recurriría a nada tan engañoso.

No era la disculpa que había estado esperando, pero le servía.

—Aun así, no tengo intención de separarme de mis pertenencias, pues no tengo a nadie más para protegerme, excepto a mí misma.

Nunca había pronunciado una frase más dolorosamente cierta.

Él ladeó la cabeza y la observó durante un momento antes de hacerle un gesto hasta la parte de atrás de la tienda.

—Las escaleras están por aquí.

Mientras se adentraban más en la tienda, Margaretta se maravillaba con la gran variedad de artículos que veía a su alrededor. ¿Desde cuándo necesitaba una tendera una estantería con tacitas de porcelana y ridículos bordados?

—Una muestra de la mercancía de algunas personas que tendrán un puesto en el mercado del sábado —explicó el señor Banfield al percatarse de su mirada—. Muchos de los habitantes de este pueblo se pasan todo el día vendiendo y no tienen tiempo de visitar los demás

puestos. La señora Lancaster guarda unos cuantos artículos selectos para venderlos durante la semana. —Se aclaró la garganta a la vez que abría una puerta al fondo de la tienda y que daba a un pasillo estrecho—. Me temo que las tareas de limpieza que ha accedido a desempeñar van a resultarle más trabajosas de lo que pensaba.

Sobre todo, porque nunca había barrido ni quitado el polvo a nada en su vida, a menos que contase como quitar el polvo a recoger una mano de cartas de una mesa. Parpadeó unas cuantas veces con la esperanza de apartar la preocupación y el horrible cansancio de su mente y para poder decir algo que lo convenciera de que realmente sabía lo que se hacía.

—No esperaré menos que un poco de trabajo duro a cambio de poder usar una alcoba.

El señor Banfield carraspeó y miró por las escaleras.

—Su amiga. Me gustaría ayudarla a que la encontrase.

—¿Tantas ganas tiene de deshacerse de mí?

Esperaba que frunciese el ceño, pero no lo hizo. Simplemente se la quedó mirando.

—Quizá, a mi modo, yo también deseo ayudar a aquellos que se encuentran perdidos tanto como la señora Lancaster. Es solo que no me gusta que se aprovechen de nadie cuando les ofrecen esa ayuda.

¿Podía confiar en él? ¿Debería confiar en él? ¿Tenía elección? Había decidido comenzar aquella búsqueda imposible porque había estado lo bastante desesperada como para aferrarse a un rumor y a la esperanza, pero no tenía la más mínima idea de qué hacer ahora que se encontraba aquí.

—Me temo que lo único que poseo es una carta enviada desde aquí hace varios meses.

—No parece ser una amiga muy íntima —murmuró el señor Banfield.

—Su opinión no parece ser muy útil —replicó Margaretta.

—Señora Fortes...

—Señor Banfield, tal y como la señora Lancaster ha advertido tan amablemente, me siento agotada tras el viaje. ¿Quizá podría esperar a diseccionar y vilipendiar mi vida hasta mañana? Podrá seguir mirándome como si fuera sospechosa de algo mientras limpio el polvo de las estanterías y asegurarse de que no tengo intención alguna de fugarme con nada de esta tienda.

El señor Banfield abrió los ojos como platos, y luego tosió, posiblemente para ocultar una risa, pero ya francamente no le importaba. En la cima de las escaleras había una silla estable en la que podría sentarse mientras comía y una cama en la que acurrucarse inmediatamente después. En aquel momento, aquellas dos cosas le sonaban a gloria.

Y si se imaginaba cómo lo guapo que le habría parecido el señor Banfield de haber sido igual de amable que la anciana tendera... Bueno, eso no sería incumbencia de nadie salvo suya.

## Capítulo 3



Nash se hallaba sentado en el despacho intentando volver al trabajo que estaba desempeñando antes de que la señora Fortescue hubiera irrumpido en el pueblo. Por la enorme ventana que había al lado de su escritorio observó el cruce de la calle principal con el ahora silencioso hostel donde la diligencia había descargado hacía varias horas.

La tinta del extremo de la pluma ya se había secado, por lo que cejó en fingir y la posó sobre la superficie del escritorio.

Tres niños corrían por la calle persiguiendo a un perro y evocando un ramalazo doloroso en su pecho. De haber vivido el bebé de su hermana, este hubiera sido de la edad de aquellos niños. Pero no había sido así, al igual que tampoco había sobrevivido Mary. Y durante varios años la pregunta formulada había sido si el marido que había dejado atrás sobreviviría a la pérdida o no. Nash se había preparado para que su buen amigo se apagara como su padre tras el fallecimiento de su madre, viviendo solo en el sentido más literal de la palabra.

Fue un cruel giro del destino que el bebé por el que su madre había fallecido al traerlo al mundo sufriese de su misma suerte.

Los niños gritaron mientras el perro se volvía de repente y comenzaba a perseguirlos, ladrando felizmente mientras ellos se dirigían a una calle lateral.

Nash sonrió ante sus travesuras incluso al repetirse su promesa de



permanecer libre de aquel tipo de enredos que robaban la vida de los hombres mientras estos seguían vivos. Este pueblo era su familia. Le proporcionaba un propósito y compañía. Cuando el Señor lo llamase a su casa, habría gente que lo lloraría. Aquello era suficiente.

Seguía observando la tranquila calle cuando la señora Lancaster pasó por delante. Asintió en su dirección cuando ella lo vio y le devolvió la sonrisa. Con el tiempo, el camino de vuelta a la casita en la que había vivido con su marido resultaría demasiado para ella y tendría que mudarse a la alcoba sobre la tienda, pero por ahora parecía feliz de subir y bajar la colina cada día, a pesar de tener que venir muy temprano todos los días; ya que Nash no la veía hasta que barría las piedras frente a su puerta.

Su camino de regreso a casa, sin embargo, significaba que ahora la señora Fortescue se encontraba sola. Que tuviera libre acceso a la propiedad que la señora Lancaster tenía en la estancia superior suponía, como mínimo, una preocupación, pero tuvo que luchar contra la necesidad de caminar en esa dirección. Ya fuera para asegurarse de que las puertas inferiores estuvieran cerradas con llave o que la mujer a la fuga estuviese segura ella sola; no estaba seguro, y aquello fue suficiente como para alejarlo de la puerta y llevarlo de nuevo a su despacho.

La cajita de caramelos de menta que llevaba en la casaca tintineó cuando se acomodó en el asiento. Se removió para sacarla y frunció el ceño antes de depositarla en un cajón. El metal resonó al entrar en contacto con la cajita de caramelos de menta que había comprado unos días antes.

Tendría que pensar una razón mejor para pasar por la tienda de la señora Lancaster al día siguiente. De comprar más caramelos, a la señora Lancaster le daría tal risa que acabaría por dolerle. Apenas había contenido la risa esa tarde, y a él le había supuesto un leve

placer conseguir que la anciana sonriese, a pesar de no resultar una tarea complicada.

Por su mente pasó la señora Fortescue conteniendo la risa. ¿Cuánta satisfacción sentiría de ser aquel que lograra hacerla reír y sonreír «a ella»?

Nash sacudió la cabeza. ¿Por qué le resultaba cómodo ser algo positivo en el día de la señora Lancaster, pero incómodo considerar serlo para la señora Fortescue? Su compromiso para consigo mismo era lo suficientemente fuerte como para resistir ser la fuente de una verdadera sonrisa en una mujer joven y bella.

¿Verdad?



Lo primero que detectó el cerebro adormilado de Margaretta la mañana siguiente fueron los ruidos de la calle, aunque mantuvo los ojos cerrados hasta que fue capaz de superar la nebulosa en su mente. Estaba en una cama, de eso era consciente, pero el lugar donde se encontraba esta todavía permanecía atrapado entre los velos de la somnolencia que amenazaban con finiquitar su lado consciente.

Las sábanas estaban limpias y olían a aire fresco y lavanda, una combinación nada familiar, pero para nada desagradable.

Volvió a concentrarse en los ruidos que la habían despertado. Definitivamente no estaba en Londres. Voces elevadas, caballos y carretas se distinguían unos de otros en lugar de conformar un gran estruendo. Un pequeño pueblo, entonces, o una calle lateral no tan concurrida de uno más grande.

Frunció el ceño y aquello resquebrajó los últimos vestigios del sueño. ¿Por qué no se encontraba en Londres? Recordaba haber viajado a Margate, pero los sonidos que escuchaba tampoco eran aquellos del hostel costero del pueblo.

Cuidadosamente, abrió un ojo y observó las sencillas paredes blancas y el techo de madera oscura. El análisis visual de los alrededores le recordó todo lo acontecido durante los últimos tres días. La completa recuperación de la consciencia también supuso que algo más se revolviese, por lo que volvió a cerrar los ojos mientras tomaba aire y rezaba por que cesase el nudo que sentía en el vientre.

En cuanto tuvo el cuerpo más o menos bajo control, volvió a abrir los ojos para inspeccionar la habitación que solo había mirado por encima la tarde anterior. No sabía dónde se encontraban las velas y la fuerza para buscarlas se había disipado. Tras comerse la mayoría del pan y la mitad de la fruta que había comprado abajo, se había desvestido y se había tumbado en la cama.

Por lo visto, había dormido durante la noche y parte de la mañana.

Sin embargo, no había sido hasta muy tarde, según comprobó por la palidez de la luz que atravesaba la ventana descubierta.

Un pequeño gemido retumbó en su pecho al estirarse y sentarse en el extremo de la cama.

—Buenos días.

Margaretta chilló y cayó sobre el colchón, alzando las mantas como si aquello crease un escudo. Tras respirar entrecortadamente dos veces, descubrió su rostro dejando la manta a un lado y miró hacia la puerta. También tuvo que mirarse los pies y mirar las mantas, pues ahora las piernas le sobresalían de la cama en un ángulo algo extraño.

Los latidos de su corazón hacían eco en sus oídos y silenciaron el saludo que le dispensaba la señora Lancaster mientras esta le brindaba un plato con tostadas y manzanas asadas junto con una buena taza de algo que humeaba.

Tragó saliva con fuerza y tomó aire para calmar su agitado corazón. Margaretta rezó rápidamente por que fuera una taza de té. Anhelaba

muchísimo poder tomarse una buena taza de té. Los hostales entre diligencias postales le habían servido algo que llamaban té, pero se podría denominar más apropiadamente agua sucia. Era otra cosa que había dado por sentado en su antigua vida.

Posó una mano sobre su vientre. Qué rápido podían cambiar las cosas. Ojalá un día pudiera regresar a tal vida, aunque no sería igual tras esta experiencia.

Margaretta acercó las piernas y se impulsó para sentarse contra el cabecero de madera.

—Buenos días. —Se aclaró la garganta para relajar la voz ronca—. ¿Qué hace aquí?

La señora Lancaster se rio por lo bajo mientras colocaba la bandeja y se sentaba en el extremo de la cama.

—Vivo aquí, querida. Tengo una casita en la colina, pero a mis viejos huesos no les gusta caminar tan temprano, por lo que regreso a dormir cada noche. Temía despertarte anoche al irme a la cama, pero ni siquiera moviste un dedo.

Margaretta alzó la taza e inhaló el vapor, lo que calmó sus sentidos. Miró a su alrededor y se fijó en el armario tallado en madera en la pared más alejada y en otra pequeña cama al otro lado de la ventana. Quedarse en una habitación propiedad de la anciana era una cosa, pero vivir con ella... ¿querría hacerlo? ¿Cuánto tiempo podría mantener su secreto si vivía tan cerca de la señora Lancaster?

De todas formas, solo restaban un mes o dos de secreto, aunque esperaba que para entonces tuviera un mejor plan que esperar y ver si era niña. Ojalá no llevase tanto tener un bebé. La solución a su problema sería mucho más fácil si simplemente pudiera esconderse durante un mes o dos y que todo finalizara antes de que nadie descubriera que no se encontraba en Margate.

Claro que tener el bebé solo era el comienzo de sus problemas. La pregunta era qué haría con él después, sobre todo si se trataba de un niño.

Samuel no aceptaría de ninguna manera que hubiera alguien más entre él y el título de su padre.

Mientras mordisqueaba una manzana y esperaba que el desayuno se asentase, miró a su alrededor una vez más.

—No he utilizado su cama, ¿verdad?

La señora Lancaster hizo un gesto con la mano.

—Una cama es tan buena como la otra. Nunca sé en cuál dormiré hasta que vengo cada noche. Al menos contigo aquí tendré algo predecible durante el día.

Mientras Margaretta comía, la señora Lancaster le contaba anécdotas divertidas de los muchos años que había vivido en el pueblo, mencionando una o dos veces conexiones con gente más influyente del pueblo, a la que afortunadamente Margaretta no conocía. Había historias de varios mercados, aunque de ser todas estrictamente ciertas, Margaretta se comería el plato en el que le habían traído las tostadas.

Tras un biombo en la esquina, se aseó lo mejor que pudo y se vistió con cuidado de que su ropa no dejase ver a nadie que el vientre le estaba aumentando ligeramente.

Tras llevar el mismo vestido durante tres días seguidos, sentir ropa nueva contra su piel resultaba un alivio.

Ya que la señora Lancaster era incapaz de verle la cara, Margaretta trató de reconducir la conversación hacia las mujeres a las que la señora Lancaster había ayudado a lo largo de los años.

—Lo cierto es que no ha habido tantas. Cuidamos de los nuestros aquí en Marlborough, y que las mujeres viajen solas no es algo muy

habitual.

El crujir de un tejido indicó que la señora Lancaster estaba adecentando la habitación.

—La chica de la señora Wingraves viene a limpiar cada día, pero no tocará sus cosas.

Lo único identificativo y valioso que tenía Margaretta era la maleta, y no le preocupaba demasiado que una chica de pueblo la viese. La probabilidad de que reconociese el emblema sellado en el metal o la artesanía personalizada era escasa. Pero quería conversar más sobre las chicas de la señora Lancaster.

—¿Recuerda conocer a Katherine?

—No intercambio nombres de pila a menudo. —La señora Lancaster soltó una risita—. ¿Apostamos qué es lo que planea comprar el señor Banfield hoy?

Margaretta salió del otro lado del biombo y vio que la viuda le sonreía. La anciana le guiñó un ojo antes de dirigirse a otra habitación.

Resultaba obvio que Katherine y las demás chicas no serían tema de discusión aquella mañana. Por un lado, aquello le proporcionaba alivio. Ella tampoco querría que la señora Lancaster hablase como si nada de su presencia. Sin embargo, a la anciana no le importaba hablar del abogado, y Margaretta necesitaba saber si él llegaría a ser un problema.

—¿Viene cada día?

—Apenas lo hace. —Una risa hizo temblar los hombros de la mujer—. Pero mientras estés aquí lo hará todos los días.

Margaretta no pudo evitar preguntarse cómo sería que alguien llegase a tales extremos por cuidar de ella.

—Debe de apreciarla mucho.

—Probablemente más de lo que es capaz de admitir. Me rompe el corazón ver cómo trata de endurecer su corazón. La Biblia está llena de gente de corazón duro y no querría ser ninguno de ellos.

Margaretta no sabía qué pensar de la forma en que la anciana incluía al Señor y la Biblia en sus conversaciones con tanta normalidad como un londinense hablaba del tráfico o la niebla. A pesar de haber asistido a misa durante toda su vida, Margaretta jamás había considerado usar al Señor como algo tan versátil. Lo había dejado en la iglesia, el lugar al que pertenecía, pero la señora Lancaster debía de pensar que estaba en todas partes.

Margaretta escuchó más historias mientras las mujeres bajaban las escaleras hacia la parte trasera de la tienda.

—Hay una escoba y artículos para la limpieza del polvo en este armario. La escoba de delante es solo para el porche. Lo barro a menudo. Eso hace que haya que barrer menos dentro y me permite saber lo que todos hacen en el pueblo.

La señora Lancaster rio para sí y se dirigió a la entrada de la tienda. Margaretta jamás había conocido a alguien que estuviese continuamente tan... feliz. A pesar de todo lo que sucedía en su vida y la incertidumbre sobre su futuro, no pudo evitar sonreír. Sus pisadas le resultaron más ligeras al abrir el armario y tratar de adivinar qué se usaba para limpiar según qué cosas.



El cristal ondulado que abarcaba la entrada de la tienda de la señora Lancaster impedía que Nash apreciase detalles en particular, pero resultaba obvio que al menos seis mujeres merodeaban cerca de la entrada de la tienda y esperaban que la señora Lancaster las ayudase. También era obvio que ninguna era la señora Fortescue. Aunque no había tenido apenas tiempo de observarla, ninguna de ellas se movía

como ella o tenía una postura como él recordaba.

Además, se suponía que debía estar limpiando. No comprando.

Pasó por la puerta en silencio y la cerró tras él para no llamar la atención de los clientes que esperaban.

¿Acaso era posible que la señora Fortescue hubiera decidido marcharse ya? La voz de la señora Lancaster se oía tan animada y servicial como siempre, por lo que si la joven mujer se había ido debía de haber sido de forma amistosa. De lo contrario, la anciana comerciante hubiera estado espetando refranes a todo el mundo mientras recitaba los totales de sus compras.

No, de seguir aquí probablemente se había situado en la parte de atrás con el menaje y otros elementos no comestibles. Alguien que huía no querría estar al frente con tanta gente en la tienda. Nash saludó con un asentimiento a una de las mujeres y caminó alrededor de un conjunto de estantes para dirigirse a la zona trasera de la tienda.

La señora Fortescue se encontraba en el extremo más alejado tratando de hacer malabarismos con un barómetro de latón mientras pasaba un trapo por el espacio que este había ocupado. Temiendo que su repentina presencia causase que lo dejase caer, Nash se acercó sigilosamente y se lo arrebató de las manos. Ella sí que se mostró sorprendida, pero al menos el barómetro no se rompió porque así fuera.

Sin embargo, los demás artículos de la estantería casi sufrieron esa suerte cuando chilló y se volvió antes de pegarse contra los tablones con una mano sobre el pecho y la respiración agitada.

—Señor Banfield —jadeó—. Me ha asustado.

—Ya lo veo. —Nash asintió hacia la estantería ahora limpia y alzó el barómetro—. ¿Le importa?

—Oh. —Ella se alejó de la estantería—. Por supuesto.



—¿Por qué no usa las plumas de ganso?

La señora Fortescue parpadeó sujetando el trapo lleno del polvo con el que acababa de limpiar de la esquina trasera de la estantería. Ambos observaron la mano de ella al tiempo que una enorme bola esponjosa y gris caía del trapo al suelo. Ella suspiró.

—Ahora tendré que volver a barrer.

Nash alzó las cejas.

—¿Ya ha barrido? ¿Antes de limpiar el polvo?

Sus mejillas se tiñeron de rosa.

—No, por supuesto que no. —Ella cuadró los hombros y enderezó su postura, pero a continuación se desplomó de inmediato y se inclinó antes de volverse hacia la estantería. Tras sacudir el polvo del paño, comenzó con la siguiente sección—. ¿Qué necesita, señor Banfield? Me temo que no puedo ayudarle con ningún artículo. Tendrá que esperar su turno como los demás.

—¿Y si a por lo que he venido es información?

Ella lo miró a hurtadillas.

—Me temo que tampoco puedo ayudarle con eso.

Él apoyó el hombro contra la pared y reprimió una sonrisa. Era casi divertido. ¿Dónde habían quedado la sospecha y la preocupación de ayer?

¿Era suficiente el considerable pero equivocado esfuerzo que dedicaba a limpiar las estanterías para convencerlo de no querer hacerle nada malo a la tendera? Debió de serlo, porque lo único que sintió al observarla fue un creciente impulso de curiosidad. Quería saber a quién buscaba, de qué huía y por qué Marlborough había sido la conexión entre ambas cosas. Fue suficiente para convencerlo de que tenerla cerca era muy buena idea.

—¿Y si no preguntara por qué está aquí?

La señora Fortescue se rio, pero fue una risa amarga y chillona. Dejó de remover el polvo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué otra cosa podría preguntarme?

¿Qué podría preguntarle? Su interés por conocerla parecía vago e impreciso.

—Resulta obvio que limpiar no es algo que se le dé especialmente bien.

Ella parecía querer sonreír, pero logró contenerse.

—Imagino que usted es la perfección en persona con respecto a todo lo que intenta.

—Ni hablar. —Sonrió él. No pudo evitarlo. La mujer se le antojaba muy atrayente cuando sonreía con suficiencia, cuando ofrecía una sonrisa normal o con cualquier otra cosa que alejase ese aire desesperado que la había rodeado cuando se bajó de ladiligencia. ¿Había sido ayer? Él se inclinó como si fuera a contarle un secreto—. Soy un desastre disparando.

Ella continuó limpiando el polvo, pero estaba claro que no lo hacía poniendo mucha atención.

—Eso debe de poner nerviosas a las partidas de caza.

Él se encogió de hombros y caminó hasta la pared, manteniéndose cerca de ella mientras la señora Fortescue limpiaba. La alforja con borla en la estantería que había frente a él estaba torcida, por lo que se dispuso a enderezarla.

—Sin embargo, soy bastante bueno montando, por lo que me permiten acompañarlos y perseguir a los sabuesos. Y ahora es su turno de mostrar humildad y confesar las habilidades que oculta.

¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso estaba flirteando con ella? Llevaba

años sin pensar siquiera en coquetear. Y ahora lo hacía con una mujer que apenas conocía, una a la que quería ahuyentar del pueblo. No tenía sentido, pero se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, se estaba divirtiendo.

—Cocino.

De todas las cosas que podría haber adivinado, cocinar era la que menos había esperado.

—¿Cocina?

Ella asintió.

—Bueno, quizá pueda conseguir que me traiga un aperitivo algún día.

Ella se sonrojó, pero no respondió. Él no esperaba que lo hiciera. La idea se había plantado en ambas mentes, se había pronunciado sin un propósito real, pero ahora la imagen de una bella y joven mujer visitando el despacho para alegrarle el día y compartir una comida ligera con él le resultaba demasiado tentadora.

Tenía que irse de allí y pensar en lo que estaba haciendo.

—Volveré mañana, señora Fortescue. Y le advierto que tengo la intención de descubrir cuál es su tipo de tarta favorita. —Se colocó el sombrero en la cabeza e inclinó el ala. Después se volvió y salió de la tienda antes de que ella pudiera decir nada más.

## Capítulo 4



Margaretta pasó el plumero de plumas de ganso alrededor de los tarros de especias con un practicado frufrú. No era ninguna experta limpiando, ni mucho menos, pero durante la pasada semana y media había aprendido un par de cosas o dos sobre cómo quitar el polvo con eficacia de las estanterías.

También había aprendido lo tercas que podían llegar a ser las ancianas encantadoras. Por mucho que se lo preguntase, la señora Lancaster no le contó nada sobre si había conocido a Katherine o no. Margaretta tampoco había llegado muy lejos por sí sola. El actual director de la oficina de correos del pueblo había llegado para ocupar su puesto hacía solo seis meses. Aunque tuviese la memoria de un elefante, no recordaría a una chica que mandase una carta antes de haber tomado el puesto siquiera. Tampoco podía arriesgarse a deambular a través de zonas demasiado públicas, porque mientras Margaretta estaba buscando a Katherine, a su vez alguien la estaba buscando a ella.

Más rumores con el plumero acompañaron a un suspiro de autocompasión y una mirada de soslayo hacia la parte frontal de la tienda.

Llegaba tarde.

Pese a la práctica que había adquirido quitando el polvo, nunca sería una tarea que le gustara particularmente. No obstante, parecía hacérsele mucho más amena cuando el señor Banfield se pasaba para charlar, costumbre que había tenido a bien desempeñar cada día, justo

cuando el frenesí de la clientela se aquietaba. Era la razón por la que alteraba su rutina de limpieza para dejar así las estanterías traseras para su llegada.

Pero hoy no había venido, y el sol ya había pasado su cénit en el cielo.

—Margaretta, querida —la llamó la señora Lancaster desde la parte delantera de la tienda, ahora vacía—. Necesito tu ayuda con algo.

La joven guardó el plumero de nuevo en el armario antes de dirigirse al mostrador de la tienda. Necesitara lo que necesitase la anciana, le encantaría ayudar, o al menos intentarlo. La mujer había resultado ser toda una bendición del Señor.

De entre los labios se le escapó una pequeña sonrisa a la vez que sacudía la cabeza. Hasta estaba empezando a sonar como la anciana, pensando en el Señor para diversas cosas entre semana. Mas lo cierto era que no sabía lo que haría sin la mujer y sin todo lo que esta había hecho por ella. Si aquella no era la definición de bendición, no sabía qué lo era.

—Ah, ahí estás. Necesito que hagas una entrega. —La señora Lancaster colocó sobre el mostrador una pequeña cesta, llena hasta arriba y cubierta con una tela blanca de muselina.

Margaretta tomó el asa con cierta inquietud, pero halló que, aunque pesaba bastante, era manejable.

—Me temo que no sé guiarme por el pueblo muy bien. Ni siquiera me he aventurado todavía a ir más allá de la tienda y de la iglesia.

La iglesia había sido otro de los lugares donde había tenido la esperanza de ver a Katherine. Se había pasado más tiempo inspeccionando las filas de gente que escuchando al párroco los dos últimos domingos. Ninguna rubia fugitiva que le resultase familiar había asistido al servicio.

La señora Lancaster sacudió una mano en el aire.

—No está lejos. Se encuentra en la calle principal.

—Necesitaré mejores indicaciones que esas. —Margaretta sonrió. Respiró hondo y se lanzó, con la esperanza de tomar a la señora Lancaster desprevenida y de poder obtener más información que la ayudara en su búsqueda. Estaba convencida de que la anciana sabía algo, si no le habría dicho simplemente que no conocía a Katherine FitzGilbert—. ¿Quizá necesita que vaya adonde sea que se quedara Katherine cuando vino al pueblo?

Sacudió una de las manos, regordetas y arrugadas, en el aire.

—Tenemos tiempo de sobra para hablar más tarde de la búsqueda que tienes entre manos. Ahora mismo está la tienda tranquila, así que es el momento idóneo para realizar una entrega. Tan solo gira a mano derecha y baja por la calle principal. La oficina del señor Banfield es inconfundible. Tiene un ventanal enorme con vistas a la calle.

—¿El señor Banfield? —inquirió Margaretta con voz ahogada. ¿Qué necesitaría que le entregase? Había venido a la tienda todos los días durante los últimos diez. A excepción, por supuesto, de los domingos, pero aun así lo había visto en la iglesia.

—Correcto. Se supone que iba a venir esta mañana, pero algo debe de estar reteniéndolo. No me importa desvivirme por uno de mis mejores clientes.

O mandarle a ella que lo hiciese, como era el caso.

—Sé lo que está haciendo.

La sonrisa de la señora Lancaster era contagiosa.

—Bien. Entonces no lo estropearás. Hala, fuera.

Margaretta se rio a la vez que se enfundaba la pelliza y se colocaba la cesta contra la cadera antes de salir. ¿Quién necesitaba sutilidad cuando contaba con el encanto de la señora Lancaster?

La oficina fue fácil de encontrar, y Margaretta disfrutó del corto paseo a través del pueblo. Ya había visto el mercado en dos ocasiones desde la ventana sobre la tienda de la señora Lancaster y ambas veces había resultado ser un ataque para todos sus sentidos. La tranquilidad del resto de la semana la atraía más. Era una extraña mezcla de sensaciones, como si estuviera en la ciudad y en el campo al mismo tiempo.

Volvió a tomar una profunda bocanada de aire fresco antes de adentrarse en la oficina del señor Banfield.

El hombre se hallaba doblado sobre su escritorio, y la pluma volaba sobre el papel con una caligrafía impecable y apretada. Esperó para aclararse la garganta a que él hiciese una pausa y llamar así su atención.

La expresión de sorpresa en su semblante fue encantadora. Desvió la mirada de ella hasta la ventana, y luego hasta el reloj que guardaba en su capa.

—¡Oh! Voy tarde. —El rubor le cubrió las mejillas—. Bueno, en realidad no, porque no tenía una cita, pero...

—La señora Lancaster le envía esto. —Margaretta le ofreció la cesta.

Él la aceptó con aprensión, pero después esbozó una amplia sonrisa al apartar la tela de muselina.

—¿Tiene hambre?

—¿Qué? —Margaretta frunció el ceño hasta que echó un vistazo al interior de la cesta y vio una variedad de alimentos frescos, incluyendo una hogaza del pan de manzana que había horneado la noche anterior y un pastel de frutas que había sobrado de esa misma mañana—. Bueno, podría comer.

Fue casi un comentario en broma. Estos días podría pasárselos enteros comiendo.

Aun así, fue agradable sentarse a la mesita adonde Nash la llevó y hurgar en la cesta junto a tan bien parecida compañía.

Aunque no es que ella lo creyese bien parecido. Oh, está bien, sí que creía que lo era. ¿Quién no lo haría con ese cabello oscuro que no parecía quedarse en su sitio, y aquellos ojos azules que enmarcaban una nariz recta y prominente? Por supuesto que lo encontraba bien parecido, pero no creía que aquello significase nada.

—¿Y qué lo ha tenido trabajando tan diligentemente esta mañana, señor Banfield?

Él alzó un trozo de pan de manzana.

—¿Ha hecho usted esto? Es increíble. —Se llevó otro bocado a la boca —. Si va a traerme pasteles y pan recién hechos, bien podría llamarme Nash.

Ella miró alrededor de la oficina para evitar tener que mirarlo a él directamente. El rubor ya amenazaba con teñir su tez si seguía mirándolo a los ojos. La pared entera estaba cubierta por estanterías y el resto de superficies disponibles estaban llenas de revistas y periódicos. Era evidente que se mantenía al corriente de las noticias más allá de los límites de Marlborough.

—Nunca había estado en la oficina de un abogado.

—Eso pensaba. No son los dominios más habituales para señoritas bien educadas.

Ya estaba intentando sonsacarle información otra vez, pero lo dejó pasar. En realidad, no podía culparlo. Desde que llegara al pueblo, no le pareció que tras aquella curiosidad se ocultara malicia alguna. Mas aquello no significaba que fuese a responder, claro. Aunque lo estuviera deseando.

—Es un vistazo interesante a su vida.

Nash también miró a su alrededor.



—¿A qué se refiere? En su mayoría solo hay libros y papeles.

Margaretta se volvió de nuevo hacia él preguntándose si su sonrisa parecía juguetona. Una parte de ella se sentía como una granuja, pero otra sentía verdadera curiosidad por conocer qué había bajo aquellos serios ojos azules y aquel despeinado cabello oscuro.

—Tiene otro escritorio, pero ningún compañero. Se me antoja un detalle un tanto relevante.

Él dejó escapar una risa y se tocó suavemente la boca con una servilleta.

—Le aseguro que no. Es simple practicidad. El segundo escritorio alberga más cajones.

Pronunció aquellas palabras con ligereza, pero se removió sobre su asiento y hundió los hombros como si, de repente, la casaca fuese un peso incómodo. ¿Había dado justo en el clavo? ¿Se hallaba solo en este mundo por otra razón mayor y no por voluntad propia? Una sensación de pavor se instaló en su estómago antes de poder terminar de preguntárselo. ¿Había tenido una mujer en su vida que lo había dejado con el corazón roto?

No es que Margaretta se hallase en condiciones de arreglar la situación, si ese era el caso, pero, aun así. No le gustaba nada pensar que Nash sufría.

—No va a responder si le pregunto sobre su amiga.

Era una afirmación, no una pregunta, pero Margaretta asintió igualmente. Katherine había desaparecido en pleno escándalo y entre rumores devastadores, de los que arruinaban el futuro de una mujer. La carta que había recibido de ella era, en esencia, una despedida. Una garantía de que se había marchado por su propia voluntad y de que estaba a salvo, pero que no regresaría.

Margaretta esperaba que aquello significara que Katherine había dado

con la forma de tener a su bebé y de protegerse ambos mientras alumbraba. También se las había arreglado para mantenerse oculta durante ocho meses. Margaretta necesitaba saber cómo había llevado a cabo ambas cosas.

Nash partió otro trozo de pan de manzana.

— ¿Y qué hay de su marido?

Margaretta abrió los ojos como platos.

— ¿Qué quiere saber?

Hubo silencio durante unos instantes en los que Nash no la miró a los ojos.

— ¿Lo amaba?

Se estaban acercando demasiado. Ella solo se hallaba en este pueblo de forma temporal, y durante el tiempo que pasara aquí, lo que tenía que hacer, básicamente, era esconderse. Cualquier tipo de relación que desarrollara con este hombre, hasta una simple amistad, era una imprudencia.

Murmuró algo sobre volver junto a la señora Lancaster y se levantó de la mesa; que hiciese lo que gustara con la comida restante.

Aun así, se detuvo en el umbral de la puerta y volvió a dirigirle una mirada.

Él la observaba con ojos indulgentes. Aceptaba lo que ella estuviera dispuesta a darle sin presionarla para que le diese más. ¿Cómo habían avanzado tanto tan rápido? ¿Media hora de conversación aquí y allá era suficiente para que dos personas intimaran tanto en tan poco tiempo?

Lo era. Margaretta lo sabía porque había sucedido. Estaba sucediendo. Y como no estaba dispuesta a confesarle nada más, le otorgó la única cosa que sí podía.

—Nash —tragó saliva y se humedeció los labios—, puede llamarme Margaretta. Y no, no lo amaba.

Y entonces se marchó de allí.



Sin saber qué más hacer, Margaretta se tomó las dos semanas posteriores para intentar aventurarse en las zonas más públicas de Marlborough. Se escabulló por los límites del mercado para contemplar a comerciantes y compradores con la expectación en su corazón de encontrar a alguien que conociese, pero no encontró a nadie. La inquietud que esperaba sentir tras su continua falta de éxito nunca la abordó. Se le antojaba fácil de olvidar, en su acogedora alcoba y en aquel pueblito pintoresco, que la situación requería de la máxima urgencia.

El hecho de que el señor Banfield no faltara ni una sola vez a su cita en la tienda durante aquellas dos semanas no le vino nada mal. Nash. Margaretta seguía esperando que él abriese más aún la puerta que ella había entornado para él y le preguntara sobre su marido o su familia, pero nunca lo hizo. En cambio, sus discusiones se habían tornado más juguetonas y personales; la ilusión de privacidad que creaban las estanterías de atrás les otorgaba más posibilidad de mantener conversaciones más largas y sin interrupciones.

Intercambiaron historias de la infancia, aunque tuvo cuidado de no mencionar nunca la guarnicionería ni los caballos. Hablaron de la misa de los domingos. Hasta se embarcaron en un debate acalorado y afable sobre si la nueva tendencia de los hombres de vestir con pantalones más largos y anchos se convertiría en un atuendo formal aceptable para las veladas.

Y él la miraba. Margaretta lo sabía porque ella tampoco podía dejar de mirarlo a él. Para una mujer que había aceptado cómodamente la idea

de que su padre le concertara un matrimonio, el atolondramiento que la embargaba cuando oía a Nash saludar a la señora Lancaster resultaba tan extraño como excitante.

Pero conforme el tiempo avanzaba y su estancia en la alcoba de la señora Lancaster se prolongaba hasta su segundo mes, más inquieta se sentía. Habían sido buenas semanas, si no extrañas, y sus días habían comenzado a caer en una rutina.

Se levantaban temprano y desayunaban antes de bajar a la tienda. A la señora Lancaster nunca pareció importarle que bajara después de ella, ya que elegía esperar y vestirse una vez que la anciana hubiese abandonado la habitación. Por las mañanas ya no se sentía tan mareada, pero sus vestidos requerían de ingeniosos arreglos y modificaciones para mantener su vientre oculto.

Después, se pasaba el día limpiando y evitando a los clientes hasta que Nash venía de visita. Y seguidamente ordenaría las estanterías y subiría a sus aposentos para preparar la cena.

Cuando la señora Lancaster cerraba la tienda, también subía y comía, y luego salía a dar un paseo ella sola. Margaretta había ofrecido hacerle compañía unas cuantas veces, pero la señora Lancaster siempre rechazaba su oferta diciendo que un paseo en soledad ayudaba a hacer la digestión y a pensar.

Margaretta se pasaba las noches leyendo o probando alguna receta nueva para hacer pan o algún que otro pastel. Había tomado la costumbre de llenar cestas para Nash para que este las recogiera siempre que venía a la tienda.

Luego caería rendida en la cama y no se despertaría hasta que el sol la golpeara en los ojos a la mañana siguiente.

Al menos, ese había sido el patrón hasta hacía tres días.

El sueño se había convertido en un amigo bastante escurridizo; era

casi tan difícil de encontrar como Katherine, y su cuerpo estaba empezando a sentir la pérdida.

Margaretta yacía en la cama y escuchaba la profunda respiración procedente de la cama junto a la suya. Los escasos y breves momentos de inconsciencia que lograba conciliar por la noche no alcanzaban las dos horas todos juntos. El nivel de cansancio que sentía cada día debía servir para poder descansar plácidamente por las noches, pero la quietud de la noche y el modo en que el pueblo se silenciaba con la puesta de sol solo le concedía más tiempo para pensar en todas las cosas que había apartado de su mente con el ajetreo del día.

Llevaba más de un mes en Marlborough y no se hallaba más cerca de encontrar a Katherine de lo que había estado el primer día. Pero no tenía ni idea de qué hacer a continuación. La señora Lancaster hablaba de absolutamente todo menos de Katherine. Siempre que sacaba el tema, la viuda lo descartaba al igual que el polvo y la suciedad que ya había aprendido a limpiar con maestría.

¿Pero a quién más podría preguntar? Aparte de Nash, no conocía a nadie más en el pueblo, y había evitado de forma deliberada ir más allá de un saludo cortés con todos los demás. Preguntarle a Nash implicaría tener que responder todas las preguntas que lo habían estado rondando. Por muy íntimos que fuesen ahora, no podía pedirle ayuda sin esperar darle algunas respuestas a cambio.

¿Y dónde la dejaba eso? Se le estaba agotando el tiempo.

Margaretta se destapó hasta las caderas y se remangó el camisón hasta la cintura. El falso sentido de seguridad y confort que le producía ocultarse de la señora Lancaster estaba desapareciendo, al tiempo que su vientre había empezado a abultarse. Todavía no mucho, desde luego nada que un arreglo en los vestidos no disimulase, pero ya era difícil, si no imposible, continuar haciendo como si nada. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que tuviese que buscar el modo de procurarse

vestidos nuevos? ¿Cuántos días más podría permanecer aquí antes de tener que encontrar un lugar más permanente donde esconderse? Si Samuel la encontraba, no habría forma de ocultarle su actual estado.

La preocupación la asoló hasta lograr marearla. Sabía lo que diría la señora Lancaster, porque llevaba semanas oyéndola parlotear. La tendera diría que las preocupaciones solo eran cosa del Señor, pues, de todas formas, Él nunca descansaba por las noches.

Margaretta desvió la mirada hacia la otra cama y hacia la mujer cuya forma apenas podía vislumbrar bajo la luz de la luna. La señora Lancaster siempre dejaba las cortinas abiertas afirmando que era mucho mejor despertarse con el sol que con los golpes en la ventana que daba la señora Berta Wheelhouse con aquel largo bastón suyo.

Personas como la señora Wheelhouse probablemente existiesen también en Londres. Estas irían de un lado a otro despertando a la gente a ciertas horas designadas por una pequeña cantidad de dinero. Margaretta nunca se había tenido que preocupar por esos menesteres, ya que había podido dormir hasta tan tarde como quisiera la mayor parte de su vida. Si tenía necesidad de levantarse a cierta hora, una de las sirvientas se ocupaba de despertarla. Nunca había pensado en cómo los criados se despertaban a la hora adecuada.

Pero ahora mismo la habitación se hallaba a oscuras, incluso con las cortinas recogidas, así que la luna debió de haberse ocultado y pronto el sol comenzaría a asomarse por el horizonte. Entonces tendría que encontrar la forma de salir de la cama una vez más y ponerse a limpiar la tienda. Otra vez. La tarea era considerablemente más difícil de lo que había esperado en un principio. Sobre todo, cuando luchaba contra el deseo de acurrucarse en un rincón y de dejar que el resto del mundo prosiguiera sin ella mientras se echaba una siesta.

Cuando el sueño por fin comenzó a ahogar el constante remolino de preocupaciones que la asolaba, Margaretta tuvo un último y efímero

deseo de poder regresar a aquellas mañanas despreocupadas y de poder descansar durante horas.

## Capítulo 5



Los brillantes rayos de sol hicieron que Margaretta se encogiera al intentar abrir los ojos. Sorprendida, se incorporó de prisa y se arrepintió al instante, ya que el repentino movimiento causó que se dirigiera hacia el orinal por primera vez en más de una semana. En cuanto pudo moverse cómodamente de nuevo, miró a su alrededor.

Un trozo de un rayo de sol bordeaba la cortina verde oscuro desplegada sobre la pequeña ventana de la habitación y caía contra la pared y sobre la almohada de Margaretta.

Requirió de varios parpadeos para que la humedad que se formó en sus ojos no se convirtiera en llanto. Últimamente, había tenido muchos problemas con aquello e incluso había tenido que afirmar que se le había metido polvo en los ojos una vez o dos cuando le sobrevenían ganas de llorar abajo en la tienda. Pero este gesto de afecto por parte de la señora Lancaster cuando se sentía tan sola y abandonada le resultó demasiado, y varias gotas se le escaparon de los ojos antes de que pudiera contenerse.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios y formó un camino para las lágrimas saladas. Ella se las limpió con la muñeca distraídamente mientras echaba la cortina a un lado y observaba el pueblo que empezaba a conocer.

La señora Cotter caminaba por la calle con la boca apretada en una fina línea de determinación que siempre mostraba cuando planeaba regatear al señor Abbott para pagar menos por el pan. Siempre visitaba al panadero justo después del mediodía con la esperanza de



que a este le preocupara venderlo todo aquel día. Nunca funcionaba, pero ella seguía intentándolo.

Margaretta parpadeó. ¿Acaso era mediodía ya? ¿Tanto había dormido? De ser así, por primera vez se habría perdido la charla con Nash. ¿Qué habría pensado él? ¿Qué excusa le habría dado la señora Lancaster? A Margaretta le entristecía que Nash pudiera pensar que era el tipo de persona perezosa que se pasaba el día sin hacer nada porque así le apeteciese. A esas alturas ya la conocía, ¿no?

Un grito desvió su atención hacia la derecha, hacia el enorme hostel con una cubierta a seis aguas que procuraba evitar. Su localización en mitad de la calle principal significaba que la gente de Londres iba y venía asiduamente desde el centro de la ciudad o durante la ida o vuelta de la popular ciudad de Bath.

La diligencia que se acababa de detener frente al hostel en ese momento era mejor que en la que había viajado Margaretta, aunque seguía transportando a tanta gente como podía. No era una diligencia postal, por lo que había más sitio para personas y maletas. Los pasajeros se bajaron de cada rincón del techo y los laterales. Por último, un lacayo se acercó para abrir la puerta y permitir que los pasajeros del interior se apearan.

Un hombre de abundante pelo entrecano se bajó antes de colocarse un sombrero alto sobre la cabeza. Incluso desde la distancia, pudo discernir la nariz aguileña y el reflejo del sol en el bordado plateado del chaleco.

El jadeo que emitió pareció llevarse el aire de la habitación al igual que el de su pecho. Pensó que tendría más tiempo, que su historia valdría para varias semanas más, pero no cabía duda de que su padre se hallaba en Marlborough. No había querido preocuparlo, no había querido que se culpara a sí mismo por el hecho de que el hombre con el que la había casado tuviera un hermano desquiciado que haría

cualquier cosa por pasar del tercer al primer puesto en la línea sucesoria del título de vizconde de Stildon.

Si Samuel Albany se enteraba de que esperaba un hijo de su hermano mayor, la golpearía hasta que lo perdiese o hallaría la manera de que sufriese una pronta defunción al nacer. Prácticamente se lo había dejado claro cuando le dio el pésame tras la muerte de su hermano, John.

De no haber tantos testigos del accidente de John en la rampa de desembarco del HMS Malabar, Margaretta se habría preguntado si Samuel había tenido algo que ver en él. Pero no, se había tratado de un desafortunado accidente, aunque la mejora de posición en la línea sucesoria solo pareció aumentar el ansia de Samuel por el título.

Si su padre se encontraba allí, ¿significaba eso que Samuel sabía que ya no se hallaba en Margate? ¿Que se había quedado tres días antes de que el criado de su cuñado la hubiera hecho viajar por el país a través de una ruta enrevesada y a bordo de diferentes diligencias postales?

Los síes condicionales se amontonaron en su cabeza hasta que volvió a revolvérsele el estómago, pero después se le cayó el alma a los pies cuando otro hombre salió de la diligencia. Uno más bajo y con un sombrero redondo ya colocado en la cabeza. Este se echó a un lado y se quitó los anteojos antes de sacar un pañuelo del bolsillo y limpiar el polvo del camino de los cristales.

Margaretta trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca.

Samuel estaba aquí. Y su padre estaba con él.



Nash estaba trabajando e intentaba no preocuparse por Margaretta, que no se encontraba bien, según lo que había dicho la señora Lancaster. ¿Estaba muy enferma? ¿Necesitaba un doctor? ¿Estaría dispuesta acaso a ver a uno? Hasta entonces, se había mostrado muy

exigente sobre los lugares a los que iba además de la tienda de la señora Lancaster. De no estar tratando de encontrar a su amiga, Nash dudaba que hubiera frecuentado otros sitios que no fueran la iglesia, y aquello porque la señora Lancaster casi la arrastraba hasta allí.

La apertura de la puerta de su oficina fue una distracción que agradeció, sobre todo porque no conocía a los caballeros que habían entrado. Los desconocidos acaparaban toda su atención y lo obligaban a dejar de pensar en cierta fugitiva de ojos y cabello oscuros.

Nash se aclaró la garganta y dejó la pluma a un lado, sobre una pila de periódicos de la semana anterior, antes de ponerse en pie.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

Ambos observaron el despacho desordenado de Nash. Casi la mitad de sus clientes se comunicaban con él por mensajero, y la mayoría del resto eran lugareños que visitaban su oficina tanto como tomaban el té con él en sus propias casas. Con el paso del tiempo, había consentido que la oficina estuviese un poco desordenada, mas él la seguía considerando bastante profesional. ¿Así la verían también estos dos hombres clarísimamente adinerados de Londres?

Ya hubiesen decidido que era profesional o no, debió de tener un pase, pues el más joven asintió seriamente y ambos caminaron hasta situarse frente al escritorio de Nash.

El mayor de los dos hombres se aclaró la garganta y miró a su compañero por el rabillo del ojo. Su mirada reflejaba tensión y Nash no pudo evitar recordar a la última persona misteriosa que había entrado en su vida de imprevisto.

Había sido mucho pedir que lo distrajeran para evitar pensar en Margareta.

—Como hombre versado en derecho, imagino que es usted una persona discreta.

Nash enarcó las cejas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien lo cuestionase de ese modo? Cuando todos en un pueblo se conocían, la reputación tendía a precederte.

—Por supuesto —afirmó Nash. ¿Habría otra respuesta admisible?—. Tomen asiento, caballeros.

Se acomodaron en las sillas de Nash, a pesar de que los ojos del más joven parecían no detenerse en nada durante mucho tiempo.

El hombre de mayor edad asintió y tragó saliva antes de volver a aclararse la garganta.

—Necesitamos que nos facilite una reunión con los proveedores de transporte locales. Es necesario inquirir sobre el desplazamiento alrededor del país con un poco de, bueno, discreción.

Nash jamás había oído una petición tan vaga y ridícula. Resultaba obvio que algo sucedía. Tendría que seguirles la corriente con esas peticiones tan extrañas hasta descubrir qué.

—Por supuesto. Mi nombre es señor Banfield.

—Lo suponíamos, señor Banfield —espetó con desdén el hombre más joven—. Al fin y al cabo, su nombre está en el cartel.

—Sí —dijo Nash despacio—. Pero, ya que no han venido con el mismo tipo de cartel, suponía que querrían presentarse como caballeros.

—Sí, sí, por supuesto —exclamó el hombre mayor con rapidez—. Él es el señor Samuel Albany, tercer hijo...

—¡Segundo! —rugió el hombre joven.

Los ojos del anciano se endurecieron a la vez que cuadraba los hombros.

—Tercer hijo —repitió claramente— del vizconde de Stildon. Sin embargo, su hermano mayor, John, falleció recientemente.

La mueca del señor Albany se hizo más pronunciada cuando clavó la

mirada en el anciano. A pesar de todo, no mantuvieron contacto visual durante mucho tiempo y poco después el señor Albany continuó observando las estanterías.

El hombre mayor asintió levemente y volvió a centrar su atención en Nash.

—Yo soy el señor Curtis Fortescue de la Guarnicionería Fortescue.

Los pensamientos de Nash lo asolaron como balas en un cubo de metal. Claro que había oído hablar de la Guarnicionería Fortescue, como todo el mundo. Era conocida por confeccionar hermosas y robustas monturas al igual que arneses y bridas de gran calidad. Su marroquinería era excelente... lo cual le recordó a la singular maleta de Margareta. Solo le había echado un vistazo el primer día, pero su apellido y su sobreprotección con respecto a la maleta de cuero se mezclaron con la presencia de los hombres en su despacho. Nash tenía la sensación de que estaba un paso más cerca de descubrir de qué huía.

Y con qué ímpetu.

Las monturas eran de uso exclusivo de las familias más nobles y adineradas de Inglaterra. Cualquiera asociado con ese negocio no tendría la necesidad de trabajar en una tienda. Pero ¿qué vínculo tenían? ¿Acaso era este hombre su suegro? Nash tragó saliva para intentar apagar la quemazón que sentía en la garganta. ¿O era posible que no fuese viuda?

El señor Albany volvió la cabeza hacia Nash.

—La Guarnicionería Fortescue se ha asociado con mi familia para aumentar su línea de monturas. Tenemos la intención de conquistar el mundo de las carreras y deseamos viajar en el anonimato hasta que consideremos revelar ese hecho.

—Por ello requieren de un transporte discreto —aclaró Nash. Ahora

sabía con certeza que ambos jugaban a algún tipo de juego. Marlborough era el último lugar al que alguien con contactos en el mundo de las carreras de caballos iría. De hecho, Wiltshire, como condado, no resultaba ser la primera opción de nadie. Solo había un hipódromo notable en todo el condado y se encontraba bastante más al sur de Marlborough.

Sin embargo, si buscaban a una persona, alguien que quisiera ir a cualquier lado con el mayor número de opciones de viaje posibles, no se podía encontrar mejor sitio que el pequeño pueblo de Nash.

—Sí. —El señor Fortescue se volvió hacia Nash, pero fijaba constantemente su mirada en el señor Albany—. Estamos investigando distintas formas de viajar a través de la mitad sur de Inglaterra sin que nadie sepa que estamos ahí.

—¿Y desean hablar con personas que pudiesen ayudarles en esa empresa? —inquirió Nash.

Los hombres intercambiaron una mirada; ambos fruncían el ceño e intentaban que el otro sucumbiera a la mirada lanzada. El señor Albany fue el que rompió el contacto visual y respondió:

—Así es.

Nash fue incapaz de discernir cuál de ellos lideraba, y aquello hacía su trabajo más difícil. Por supuesto, sería aún más fácil de saber en qué consistía su trabajo en este caso, porque empezaba a creer que su papel en este pequeño cuadro era proteger a Margareta. No cabía duda de que era ella a quien verdaderamente buscaban estos hombres, pero no sabía qué querían hacer cuando la encontraran.

La tensión ascendió por su cuello hasta que tuvo que girar la cabeza para aliviarla. Trató de encubrir el movimiento estirándose para tomar una pluma y un trozo de papel a pesar de desconocer qué iba a escribir.

—Puedo organizar una reunión con varias personas que estén dispuestas a cumplir sus necesidades de viaje. —No resultaría difícil mantenerlos alejados de cualquiera que supiera algo de Margareta. Su trato con la gente se había limitado, en su mayoría, a las mujeres que frecuentaban la tienda de la señora Lancaster.

—Todas —espetó el señor Fortescue—. Deseamos hablar con todas ellas.

Los ojos de Nash se abrieron de par en par.

—En Marlborough contamos con más de una docena de hostales con paradas de diligencias. Al incluir pueblos vecinos y ciudades, el número se incrementa de forma considerable. Además, están los herreros y establos que alquilan caballos y diligencias y...

—Esto es ridículo —el señor Albany se levantó de su silla y deambuló hasta una de las estanterías a rebosar de Nash—. Su discreción nos está costando un tiempo valioso, Fortescue.

El aludido entrecerró los ojos.

—¿Y qué alternativa sugiere?

Nash esperó sin atreverse siquiera a respirar, pero ambos hombres volvieron a sumirse en un silencio tenso a la vez que se atravesaban con la mirada. Finalmente, Nash se aclaró la garganta para romper la tensión.

—Si me facilitan sus nombres y dónde se hospedan, podré arreglar varios encuentros durante el próximo día o dos. —La mirada de Nash viajó del señor Albany al señor Fortescue. Era un anciano que se comportaba bien. Podría tratarse del padre o del marido de Margareta, incluso de su suegro, quizá. Nash necesitaba saberlo con certeza desesperadamente—. ¿Viajan con sus esposas, caballeros? Podría sugerirles varias formas de entretenimiento para ellas mientras se encuentran en la zona.

—Las mujeres son un estorbo —murmuró el señor Albany al tiempo que el señor Fortescue observaba a Nash con unos ojos marrones que lo convencieron bastante de que miraba al padre y no al esposo. La forma y el color le resultaron demasiado familiares como para que compartiesen otro parentesco. Entonces, ¿por qué usar Fortescue? A Nash se le pasó por la cabeza que quizá no se hubiera casado, pero la desechó. No había razón para creer que le hubiese mentido sin contar el primer día. Y lo de entonces había sido comprensible.

—La única mujer en mi vida —comenzó el señor Fortescue despacio— ha estado tomando las aguas durante los pasados dos meses para encargarse de su salud.

El señor Albany demostró incredulidad.

—Debería haberla enviado a mi finca en Shropshire. Habría estado más segura allí.

—¿Tiene razones para creer que su salud está en peligro donde se encuentra actualmente? —inquirió el señor Fortescue intencionadamente.

Los hombres volvieron a enzarzarse en un duelo de miradas, luchando por el poder. ¿Qué ocurriría cuando alguno resultase victorioso? Si Margareta se encontraba entre la espada y la pared con estos caballeros, Nash entendía por qué se había escapado.

—Yo no lo sabría —respondió en voz baja el señor Albany por fin—. Pero, usted tampoco.

Tras otro momento tenso, el señor Albany se alisó la casaca y se dirigió a la puerta.

—Nos alojamos en The Castle Inn. Mi lacayo nos ha conseguido alcobas allí.

La piel del señor Fortescue se tornó de un gris pálido que hizo juego con su pelo.



—¿Tu lacayo se encuentra en el pueblo?

—¿Supone eso un problema? —El señor Albany enarcó las cejas y las comisuras de los labios. La sonrisa era burlona e hizo que Nash se estremeciera—. Le dije que se adelantara para investigar las posibilidades del negocio. Parece creer que este pueblo es prometedor.

—Esta noche —espetó el señor Fortescue a Nash, enfadado—. Quiero que las primeras reuniones sean esta noche. No pasaremos en este pueblo más tiempo del necesario. Puede unirse a nosotros durante la cena con los detalles pertinentes.

—De acuerdo —convino Nash despacio, a pesar de no estar muy seguro de a lo que accedía. Lo que sabía era que hasta hacía un momento estos hombres eran la amenaza de la que huía Margareta, pero ahora había descubierto que había un tercer hombre. Uno que podría haber llevado en el pueblo algún tiempo.

Menuda situación más desalentadora.



Se acercaba el anochecer cuando Nash logró acudir a la tienda de la señora Lancaster. Para entonces casi temblaba por la preocupación. Quería haberse dirigido allí después de que los hombres se marcharan de su despacho y asegurarse de que Margareta se encontraba a salvo en las habitaciones sobre la tienda, pero saber que había un tercer hombre, uno desconocido y que Nash sería incapaz de reconocer, lo obligaba a ser cauto. En caso de que lo siguieran, Nash visitó establos y habló con posaderos para tratar el asunto de las diligencias y los carruajes postales.

Cada vez que pensaba en dirigirse a la tienda, veía a un desconocido o cruzaba miradas con un habitante del pueblo que no conocía bien, y la prudencia se sobreponía al pánico a la hora de tratar de aparentar la máxima normalidad posible. Pero ahora ya había pasado un tiempo

prudencial y no podía soportar más la espera. Tenía que verla.

Había tenido un mes, más de un mes, para decidir si podía confiar en él y contarle sus problemas. Ahora que él se había visto envuelto en ellos sin siquiera albergar una pista, ella tendría que proporcionarle las respuestas.

Suponiendo, por supuesto, que aún se encontrase a salvo encima de la tienda.

La frustración y la preocupación lo carcomieron hasta que su compostura y paciencia se resquebrajaron y dieron paso a su lado vulnerable y enfadado. Casi temblaba por las emociones que sentía mientras recorría la calle principal con el viento meciendo su casaca. Seguramente lloviese. Parecía ser el tipo de día propicio para que así fuera.

Afortunadamente, la tienda se encontraba vacía cuando entró. De hecho, la única persona que vio fue a la señora Lancaster.

—¿Dónde está? —Sabía que la pregunta directa le daría ciertas ideas a la entrometida mujer, pero ya lidiaría con eso más tarde. Ella ya suponía lo que quería. Ahora mismo, necesitaba respuestas y le urgía saber desesperadamente si Margaretta estaba a salvo.

—Arriba. —La señora Lancaster se dirigió a la puerta y dio la vuelta al cartel para que quedara a la vista «cerrado».

—¿Está segura? ¿La ha visto en el día de hoy? —Nash se obligó a respirar más pausadamente. ¿Y si pensaban que estaba arriba, pero en realidad la había descubierto el lacayo del señor Albany o había vuelto a escapar para que no la atraparan?

Nash no podía esperar a que la señora Lancaster exclamara cualquier tipo de frase que le apeteciese decir hoy. Tenía que ver a Margaretta y tenía que saber si lo peor que había pasado era que hubiese agarrado un catarro. Cruzó la tienda y pasó por la puerta trasera. Se hallaba a

dos escalones de la cima cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Planeaba irrumpir en lo que era, en esencia, su casa? Un caballero no hacía tal cosa.

El mal presentimiento que había tenido cuando el señor Fortescue palideció le atenazó el corazón. Caballero o no, tenía que ver a Margareta.

Su pausa le había dado tiempo a la señora Lancaster de llegar hasta él, aunque respiraba más agitadamente de a lo que Nash le gustaría.

—No puedo dejar que suba sin carabina —bufó antes de pasar por el lado de Nash y abrir la puerta—. ¡Tenemos un invitado, querida!

De las profundidades de la habitación surgió un gemido y aquello le asustó. ¿Acaso ya había estado ahí el lacayo del señor Albany? Casi empujó a la señora Lancaster hacia el cuarto de estar que hacía las veces de entrada y de cocina. Había una mesa de trabajo apostada contra la pared cerca de la chimenea y los ganchos de cocina se encontraban vacíos a un extremo de esta. Un estante de metal se interponía en mitad de la apertura de la chimenea. Tres sillas rodeaban una mesa de comedor y tres más creaban una zona de estar cerca de la ventana. Frente a la chimenea, una puerta permanecía abierta y de ahí apareció Margareta, tan pálida que sus espesas cejas oscuras y labios rojos contrastaban de forma sorprendente.

—¿Nash, es decir, señor Banfield? —Su mirada oscura viajó del hombre a la señora Lancaster y de vuelta al primero—. ¿Qué sucede?

Las piernas de Nash se quedaron sin fuerzas debido al alivio y tuvo que apoyar un brazo contra la pared y obligarse a respirar hondo. Ella estaba bien. Todo iría bien. Tras el alivio vino la decisión. Sucediera lo que sucediese, la podría mantener a salvo siempre que ella le proporcionara las respuestas que buscaba. Pero ¿cómo la convencía de aquello? Le había preguntado sobre su vida más de una vez, sobre su pasado, y ella se había mantenido callada al respecto, por lo que

mostrar delicadeza con el asunto era algo para lo que no tenía tiempo, ni ganas. Así que decidió lanzarse a la piscina y ver las consecuencias que aquello provocaba.

—Creo que ha llegado la hora de que nos hables de tu marido.

## Capítulo 6



A Margareta se le cayó el alma a los pies otra vez mientras una docena de posibilidades cruzaban su mente a trompicones.

¿Por qué la presionaba Nash ahora para que le diese información? Había sido muy paciente. No podía ser una coincidencia que su apremio llegase el mismo día que Samuel y su padre llegaran al pueblo. Uno o ambos debieron de haberse encontrado con Nash.

Pero ¿cómo? ¿Por qué?

No se podía creer que su padre consintiera cualquiera de las maquinaciones de Samuel. Le había dicho que la creía cuando le contó que tenía miedo de Samuel. Por eso, para empezar, habían accedido a mandarla a Margate.

Pero ahora que los dos estaban aquí, juntos, no sabía qué pensar.

—Mi marido está muerto. —Pronunció las palabras con voz ahogada debido al nudo que se le había formado en la garganta en cuanto hubo visto a Samuel apearse del carruaje.

Nash se pasó los dedos por el cabello antes de cruzarse de brazos para hacer énfasis en la amplitud y la fuerza de su figura. Era algo que Margareta había admirado en silencio: su habilidad y disposición a hacer por sus clientes más que quedarse sentado tras un escritorio y redactar papeleo. Se recorría el pueblo y se involucraba en los aspectos más físicos del negocio inmobiliario. Pero ¿qué pretendía hacer con ella?

—¿Y tu relación con la Guarnicionería Fortescue?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Margaretta pese al hecho de que podía oír a la señora Lancaster azuzar el fuego en la chimenea, insuflándole vida hasta que volvió a crepitar. ¿Qué podía decir? Nash se había convertido en un amigo —no se permitiría considerarlo nada más que eso— y no resultaba sencillo mentirle como había sido el caso cuando llegó por primera vez al pueblo. Pero mantener los intereses comerciales de su padre intactos era la razón principal por la que había desaparecido en vez de pedirle que la ayudase. Si cancelaba el acuerdo de negocios que tenía con la familia Albany y sus caballos de carreras, podría arruinar su reputación y su negocio.

Margaretta se humedeció los labios.

—Yo...

Nash se la quedó mirando con gesto serio, pero desprovisto de cualquier expresión discernible. Margaretta tragó saliva, y se preguntó si, una vez supiese la verdad, su sentido del honor lo obligaría a revelarles a su padre que se encontraba aquí. ¿Qué haría su padre? Le había parecido muy seguro de que todo saldría bien la última vez que lo había visto, pero ahora se hallaba aquí con Samuel Albany de entre todas las personas. ¿Qué significaba eso?

—Por favor, no me mientas —susurró Nash con voz ronca. Su semblante inexpresivo revelaba atisbos de la agonía que oía en aquellas palabras—. Porque estoy bastante seguro de que hay una maleta en esa alcoba a tu espalda que lo demuestra.

Ella, firme, le devolvió la mirada e intentó decidir qué podía decir mientras esperaba con desesperación que pudiese leer entre líneas todas las cosas que no podía expresar con palabras.

El siseo y el estallido que producía el agua al hervir seguidos del traqueteo de la vajilla sobresaltó a Margaretta, y permitieron que por fin pudiese mirar a otro lugar que no fuesen los ojos azules de Nash, que brillaban con emoción indeterminada. Se dio la vuelta y vio a la

señora Lancaster preparar té una vez más. Era lo único que Margaretta había podido digerir en todo el día, así que la señora Lancaster se había estado escapando al piso superior cada hora y media o así para prepararlo.

—Margaretta. —La voz queda de Nash había perdido el tono de súplica, y ahora denotaba una suave determinación.

Ella se desplomó sobre el marco de la puerta; se sentía agotada y débil pese al tiempo que había pasado hoy en cama. El mismo que había pasado junto a la ventana, observando, esperando y deseando que su padre y Samuel simplemente estuviesen de paso y fuesen a tomar otra diligencia para salir del pueblo.

No había sido el caso.

—Sí —susurró cerrando los ojos y apoyando la cabeza contra la pared—. Estoy relacionada con la Guarnicionería Fortescue.

—¿Y el señor Fortescue que he conocido hoy? ¿Con el que se supone que he de reunirme para cenar en una hora?

Margaretta tragó saliva; sabía que sus mentiras estaban a punto de descubrirla por completo.

—Es mi padre.

Nash abrió los ojos como platos.

—¿Por qué nos diste tu apellido de soltera?

La señora Lancaster entró como una exhalación y rodeó los hombros de Margaretta con un brazo.

—¿Y eso qué importa ahora? ¿No ves que la pobre muchacha está muerta del cansancio?

En cuanto Margaretta se encontró cerca de una de las sillas, se desplomó sobre ella; se mostraba renuente a mirar a cualquiera de los otros ocupantes de la estancia. Ahora mismo, ellos eran los dos únicos

amigos que tenía en el mundo, y no podría soportar ver desagrado o desconfianza en sus rostros.

Una taza de té le llegó a las manos, y ella, agradecida, tomó un sorbo para dejar que el líquido caliente le aliviara el nudo de la garganta y asentara su alterado estómago. Tras beberse media taza, casi se sintió normal otra vez. Quizá la tensión de esperar que la descubrieran la había puesto más enferma que el bebé o cualquier otra enfermedad.

—No me extraña que no se encuentre bien —canturreó la señora Lancaster acariciándole el pelo—. No ha pegado ojo en tres días, por lo menos.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Nash.

Aquello desvió la atención de Margareta de la taza. ¿No sabía que había estado viviendo aquí con la señora Lancaster?

La anciana se rio entre dientes.

—Es difícil no darse cuenta cuando mi cama está a apenas metro y medio de la suya.

Nash movió la cabeza con brusquedad hacia la puerta de la pequeña alcoba. En dos pasos se halló en la entrada, con las manos apoyadas sobre el marco y asomado para inspeccionar todo el contenido del interior. ¿Qué vio? Margareta y la señora Lancaster eran bastante limpias y ordenadas; la joven más, porque no tenía suficientes pertenencias como para crear desorden, pero la estancia estaba habitada.

Su expresión fue de total incredulidad cuando miró por encima de su hombro, todavía apostado en la entrada.

—Está viviendo aquí.

—Por supuesto que sí. —La señora Lancaster comenzó a recoger el té, y mantuvo la vista apartada tanto de Margareta como de Nash. La falta de contacto visual fue inusual e inquietante.



—Pero la veo caminar hacia su casa todas las tardes. Hasta me saluda por la ventana. —El tono de voz de Nash sonó lo bastante frío como para atraer la atención de Margaretta una vez más. ¿Cómo había pasado la confrontación a ser sobre la señora Lancaster en vez de sobre ella?—. ¿Por qué no está viviendo en su casa?

No era difícil adivinar por qué se mostraba enfadado. Los paseos solitarios de la señora Lancaster probablemente incluyesen pasar de forma deliberada frente a la oficina de Nash. Como hombre al que le gustaba tenerlo todo controlado, no le haría mucha gracia que una anciana tendera le tomase el pelo. Pese a la tensión, Margaretta tuvo que ocultar una pequeña sonrisa tras su taza de té. La señora Lancaster sin duda era muy astuta.

La taimada mujer, que en ese momento se encontraba bajo el escrutinio de Nash, dejó la tetera y se volvió para encararlo con las manos en jarras, provocando así que las flores de su vestido de muselina se agrupasen.

—Porque la he arrendado.

El silencio inundó la estancia con tanta crueldad que Margaretta ni siquiera se atrevió a tomar un sorbo de té. Hasta el fuego se negaba a crepitar.

Nash cerró la boca en una fina línea.

—¿Ha arrendado la casa?

—Eso es lo que acabo de decir, ¿no es cierto? —La señora Lancaster se acercó afanosamente al escritorio arrastrando un poco el pie derecho con cada paso, pero con el aspecto vivaz con que alguien de la mitad de su edad lo haría. Se hizo con una hogaza de pan y comenzó a hacerla rebanadas—. Se la he arrendado a una joven viuda y a su acompañante. —Asintió en dirección a Margaretta—. Amiga suya, si me permite la suposición.

¡Así que la señora Lancaster sí sabía algo sobre Katherine! La esperanza surgió de golpe en Margaretta, para desaparecer en cuanto la afirmación de la señora Lancaster y lo que esta implicaba penetraron en el cerebro agotado de la joven.

—Me temo que se equivoca. Mi amiga no es viuda.

—Tonterías. —La señora Lancaster colocó las rebanadas de pan en la rejilla sobre el fuego tenue—. Hay más de una clase de viuda, ¿sabe?

Margaretta miró a Nash y vio cómo este elevaba las cejas hasta casi donde le nacía el cabello.

—¿Sí?

—Por supuesto. Está la mujer que contrae nupcias, y luego se ve sin un marido. —La señora Lancaster giró la cabeza hacia Margaretta—. Y luego está la que simplemente no quiere que nadie haga demasiadas preguntas.

—¿Entonces su arrendataria miente? —inquirió Nash con el cejo fruncido.

Margaretta se mordió el labio. Sabiendo lo apasionado que era Nash con respecto a los contratos y acuerdos de arrendamiento de sus clientes, pensar en la señora Lancaster, de quien se sentía responsable de un modo muy personal, llevando a cabo tal transacción sin él y con alguien posiblemente inmoral, debía de ser una tortura para él.

La señora Lancaster se encogió de hombros.

—Si es estrecho de miras en lo referente a la definición que tiene de viuda.

Margaretta parpadeó. ¿Cómo podía malinterpretarse la definición de viuda?

Nash resopló con desdén, claramente de acuerdo con la reacción de Margaretta.

—Es una mujer cuyo marido ha muerto. Estoy bastante seguro de que el Diccionario de la Lengua de Johnson apoyará mi afirmación.

—¿Y por qué puede decidir él? —Las manos arrugadas de la anciana volvieron a posarse sobre las caderas de esta y puso una mueca, la cual logró que el rostro redondeado, normalmente angelical, de la mujer se viese deformado—. Además, ¿cómo sabe que no es viuda? No hay límite de edad para serlo. Una mujer puede convertirse en viuda en cuestión de un mes si su marido fallece de repente.

—Y en menos —murmuró Margaretta. No sabía si alguno de los dos pudo oírla, pero el hecho de que hubiese estado casada menos de dos semanas, unos meros once días, debía de ser un logro único. Y dado que siete de aquellos once los habían pasado separados mientras él se preparaba para abandonar el país, apenas si había estado casada siquiera.

Nash la miró, y por un instante, Margaretta pensó que se aferraría a aquella afirmación y le exigiría más respuestas. En cambio, suspiró, se pasó una mano por el rostro y volvió a mirar a la señora Lancaster. Debió de haber decidido que sus nuevas eran las más urgentes. Al fin y al cabo, Margaretta era alguien de quien bien podría librarse con una mera visita al hostel donde se alojaba su padre.

Tragó saliva. ¿Lo haría? ¿Quería librarse de ella? ¿Le importaba siquiera oír el resto de la historia? Un intenso deseo de regresar y cambiar las últimas cinco semanas la embargó. Si hubiera podido, habría confiado en Nash antes, rompería su silencio y se lo contaría todo. Pero no podía volver atrás, y su tiempo bien podría haberse agotado mientras aguardaba.

—Señora Lancaster, acaba de decirme que su arrendataria estaba mintiendo.

Margaretta desvió la mirada de la expresión frustrada de Nash y la fijó en la de determinación de la señora Lancaster. Esta discusión no

llegaría a ninguna parte, pero al menos demostraba ser una buena distracción para todos los presentes en la estancia.

—Bueno, ¿y yo qué voy a saber? Soy una anciana. —La señora Lancaster se apresuró a llegar a la chimenea y recogió una vara de hierro del fogón para azuzar las llamas casi extintas.

Nash carraspeó y se pasó una mano por la nuca.

—Razón por la cual accedimos a que dejaría que fuese yo el que se ocupara de sus documentos legales. No he visto los papeles de ese arrendamiento que menciona.

—Por supuesto que no. —Usó un tenedor largo para dar la vuelta a las rebanadas de pan sobre la reja—. Porque no los hay.

Margaretta se rio antes de poder contenerse, y aunque acalló la risa de inmediato con ambas manos, fue suficiente para desviar la atención de Nash hacia ella una vez más.

Una sonrisa empezó a curvarle los labios y la piel donde se unían los párpados se arrugó antes de negar con la cabeza y mirar al suelo. Respiró hondo y Margaretta pudo ver cómo el pecho de él se expandía bajo la opresión de las costuras de la casaca. Cuando volvió a alzar la mirada, el semblante de Nash se mostraba serio, pero ya no parecía enfadado.

—No puede hacer eso, señora Lancaster.

—¿Por qué no? Es mi casa.

Nash suspiró.

—¿Le están pagando siquiera?

La señora Lancaster se encogió de hombros.

—Tenemos un acuerdo. Ellas cumplen su parte, y yo la mía. —Contempló a Margaretta—. Bueno, como norma general, lo hago. Acabo de hablarle a la señora Fortescue, aquí presente, sobre la

presencia de su amiga, pero lleva aquí lo suficiente como para confiar en que no alberga malas intenciones para con ella.

—Por supuesto que no —susurró Margaretta. ¿Todo este tiempo que la señora Lancaster la había estado ayudando, había estado intentando dilucidar si Margaretta era noble? ¿Si era seguro llevarla a ver a Katherine? La mano de Margaretta viajó hasta el vientre, gesto que cada día sentía más ganas de ejecutar, pero del que intentaba con todas sus fuerzas zafarse. ¿Conocía la señora Lancaster el secreto de Margaretta?

Desvió los ojos hasta Nash. ¿Lo conocía él? La viuda acababa de revelar que Katherine no quería que nadie supiese que se encontraba aquí, y aun así no solo se lo había desvelado a una persona, sino a dos.

—¿Y qué pasa con Nash?

—Oh, ¿él? —La señora Lancaster le guiñó un ojo al hombre y sacudió la mano como si restara importancia a su presencia—. No puede evitar ayudar a los inocentes y desamparados. Mantener a su amiga en secreto ha sido más casi por protegerlo a él que a ella. Lo último que necesita es otro asunto más. —Sus ojos se posaron sobre Margaretta—. A menos que sea el adecuado.

Nash frunció el ceño.

—Voy a ir a la casa.

Antes de que Margaretta pudiese parpadear, Nash cruzó la estancia hasta llegar a la puerta; las botas que vestía apenas hicieron ruido contra el suelo.

—¡Espere! —Margaretta no supo de dónde provino aquel estallido de energía repentino, pero se levantó de la silla de golpe y apoyó una mano sobre el hombro de Nash—. ¿Y qué hay de la cena con mi padre?

Sí, la casa y Katherine y todo de lo que acababa de enterarse era

importante, pero Margaretta también necesitaba que su padre y Samuel se marcharan del pueblo. Y cuanto antes hiciese Samuel lo que sea que hubiese venido a hacer aquí, mejor.

Nash desvió brevemente la mirada hacia donde la señora Lancaster estaba recogiendo las rebanadas de pan apenas tibias de la reja y arrojaba un puñado de tierra al fuego. Aunque no tardó mucho en volver a fijar la atención en Margaretta.

—Le diré que me han surgido asuntos urgentes con otro cliente. Igualmente, nadie se encontraba disponible para hablar con él y su socio hasta mañana por la mañana, así que tendrá que aceptar la lista entonces.

—¿Socio? —inquirió Margaretta con voz ahogada. Su padre no podía haber aceptado a Samuel como socio.

Nash arrugó el ceño y la preocupación que le había nublado el rostro cuando hubo entrado en la estancia regresó.

—¿Compañero? No sé. Algo pasaba entre ellos que no logré llegar a entender. Y no sé qué tiene esto —hizo un gesto señalándose a él mismo y a la señora Lancaster— que ver con todo aquello. —Su mano se movió hacia la ventana con vistas a la calle principal—. Pero sé que al menos podré obtener algunas respuestas esta noche en esa casa.

La señora Lancaster dejó dos rebanadas de pan en las manos de Margaretta de camino hacia la puerta.

—No iré a ninguna parte sin mí. Al fin y al cabo, es mi casa.

—Y usted es mi responsabilidad —respondió Nash—. Se lo prometí a su marido.

Ella sacudió una mano en el aire.

—El pobre hombre está muerto. Lo que no sepa, no le hará daño.

Nash abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar con un

suspiro.

Margaretta le dio un mordisco a la tostada; lo primero que realmente le había apetecido comerse en todo el día. A la vez que sus dos amigos salían por la puerta abierta, un cosquilleo la recorrió de pies a cabeza. ¿Podía ser Katherine de verdad la mujer que vivía en la casa? ¿Podía Margaretta permitirse el lujo de esperar para averiguarlo? Su padre y Samuel se encontrarían ahora mismo en el hostel donde se hospedaban preparándose para la cena. ¿Corría mucho riesgo si salía de la tienda?

Agarró las rebanadas de pan con una mano, descolgó la capa del perchero con la otra y salió corriendo por la puerta abierta justo antes de que Nash pudiese cerrarla tras ellos. Respiró hondo y vio al joven fruncir el ceño, y a la señora Lancaster sonreír.

—Yo también voy.

Nash y la señora Lancaster la contemplaron con expresiones de lo más dispares. La preocupación en el rostro de Nash le llegó al corazón y asentó su estómago aún más.

—No sé —suspiró él—. El señor Albany dijo que su lacayo se encontraba en el pueblo. No... no me gusta esta situación y preferiría que te quedases aquí hasta que recabe más información.

La señora Lancaster pasó junto a Nash en aquel pequeño rellano.

—Por supuesto que vienes, querida. —Le colocó la gran capa amarilla sobre los hombros y ocultó los oscuros rizos bajo la capucha—. Al fin y al cabo, es tu amiga a la que vamos a ver.

Y si Katherine pudo desaparecer una vez, podía volverlo a hacer. Hacía ocho meses, había abandonado la sociedad tan rotundamente que lord FitzGilbert ya ni siquiera reconocía su presencia. ¿Quién le decía que no volvería a huir si se enteraba de que Margaretta se hallaba en el pueblo?

—No —declaró Nash—. No es seguro. —Estiró el brazo hasta posar la mano sobre los hombros de la anciana; el cuidado que imprimió en el gesto suavizó la frustración y rabia que cubrían su cara—. Primero, vamos a ver en qué asuntos se ha metido con la casa.

—Yo no me he metido en nada —resopló la señora Lancaster—. Todo es exactamente como deseo que sea.

Nash cerró los ojos y volvió a suspirar.

La señora Lancaster aprovechó la oportunidad para bajar las escaleras. Margaretta la siguió antes de que el hombre pudiese llevarla de vuelta a la seguridad de la alcoba en la que había permanecido todo el día. Lo mejor sería que se quedase; claramente, sería menos arriesgado, pero ver a la señora Lancaster plantarle cara a Nash y revelar todo lo que había conseguido hacer sin que nadie se enterase, le había infundido un poco de valor.

Sí, la vida le había arrojado un problema, pero ya era hora de que se dispusiera a resolverlo. Aunque la persona que vivía en la casita de la señora Lancaster no fuera Katherine, Margaretta se había cansado de esperar a que alguien le dijese lo que tenía que hacer. Había permanecido oculta bajo el cuidado de la amable viuda y hasta bajo la protección de Nash, con la esperanza de encontrar a una vieja amiga que le daría una solución fácil y sencilla. Ya era hora de que buscara una por su cuenta.

Para cuando llegaron al pasaje al pie de las escaleras, la señora Lancaster casi brincaba como una niña en busca de un tesoro mientras que Nash prácticamente recorría el pavimento de piedra irregular dando zapatazos.

Margaretta sopesó el futuro mientras trotaba tras ellos, y ocasionalmente se llevaba un bocado de pan a la boca. Una parte de ella seguía agotada por el esfuerzo físico y emocional de todo el día, pero la esperanza era un animal poderoso y lo cabalgaría siempre y



cuando este le permitiera ir tras sus acompañantes.

Ser madre en un pueblo no podía ser tan malo. Ciertamente, nunca había vivido en otro lugar que no fuese Londres, pero su vida no sería tan mala si podía establecerse en un pueblo pequeño, envejecer y luego obligar a todos a hacer su voluntad como parecía hacer la señora Lancaster. Era lo último que Samuel esperaba que hiciera. Tenía que haber alguna forma de establecerse en algún lugar, tal vez en algún pueblo menos visitado por los aristócratas y la élite pudiente de Londres.

La idea de abandonar Marlborough, de dejar a Nash, hizo que su corazón volviese a latirle con fuerza en el pecho. O tal vez eso fue porque estuviesen alejándose cada vez más y más de la seguridad de la tienda. Sí, debía de ser aquello, porque con el bebé, no podía permitirse desarrollar ningún tipo de apego que pudiera influir en sus pensamientos.

Bajaron por callejones estrechos y calles angostas y la señora Lancaster saludó a todos los que veía. Varias personas parecían estar ya de camino de vuelta a casa para la noche, probablemente pensando en qué hacer de cena y cuándo mandar a dormir a sus hijos.

La falta de energía física la obligó a ralentizar el paso un poco, y se quedó rezagada. Cada pocos pasos Nash miraba hacia atrás y adaptaba el ritmo para que no se quedase demasiado retrasada, pero la señora Lancaster simplemente siguió arrastrándose hacia adelante; su falda producía un extraño frufrú cada vez que arrastraba el pie derecho por el suelo.

Conforme salieron del pueblo, las tiendas y los escaparates dieron paso a hileras de casas. Los edificios se tornaron más sencillos y el camino más irregular, sobre todo en la colina que se alejaba del área del mercado. Los azulejos todavía cubrían las paredes que no estaban hechas de ladrillo, pero las molduras se volvieron más simples y las

estructuras más cuadradas. Algunas hasta parecían ladearse con el peso de los años.

¿Podría Katherine estar realmente viviendo en un lugar así? Mientras que Margaretta había ocupado una posición más alejada en la sociedad, Katherine había sido sumamente popular antes de su caída en desgracia. ¿Podría haber abandonado las joyas y las decenas de sirvientes para vivir una vida más humilde?

De inmediato supo que la respuesta era un sí rotundo. Si los rumores eran ciertos, si había la más mínima rigurosidad en lo que decían, entonces era perfectamente posible que Katherine le hubiese dado la espalda a todo lo que conocía. De verse con la oportunidad, ella, desde luego, lo haría. Si aquello significaba la diferencia entre la muerte y la supervivencia de la vida inocente que llevaba en su seno, barrería y limpiaría el polvo hasta que no pudiese volver a agarrar una escoba. La vida sencilla no había sido tan mala como había temido al principio.

Y si alguien contaba con la resiliencia suficiente como para lograr que funcionase, esa era Katherine. Por eso se encontraba ahí Margaretta. Tenía que saber cómo su amiga había logrado llevarlo a cabo.

Tenía que saber si había forma de redimir tal imposible situación.

El camino por el que subían de repente se abrió, y se hallaron en un espacio abierto y verde enorme iluminado por el sol, medio oculto en el horizonte. Había casas que rodeaban el espacio verde, y unos cuantos niños se perseguían los unos a los otros con palas largas y planas. Su partido de críquet había quedado abandonado en aras de la persecución.

—William —pronunció la señora Lancaster—, ¿sabe tu padre que te has vuelto a escapar con su bate de críquet?

Un niño pequeño se detuvo de golpe, y el pelo rubio oscuro se le

metió en los ojos. Se mordió el labio y reveló un hueco donde se le había caído una de las paletas.

—No, señora Lancaster.

—Bueno. —La anciana se inclinó y apoyó las manos en las rodillas—. Pues regresa derecho a casa y esfuérzate el doble esta noche cuando cepilles el caballo de tu padre, y no diremos nada del asunto.

El pequeño sonrió, revelando con ese gesto un segundo agujero en los dientes inferiores, y se abalanzó hacia la señora Lancaster para darle un abrazo.

Margaretta sintió un pinchazo en el pecho al ver la alegría del pequeño. Fuera lo que fuese que la hubiese empujado a encontrar la fuerza necesaria para subir aquella colina, se evaporó. No había pensado más allá del hecho de que iba a dar a luz a un bebé, no se había permitido imaginar lo que vendría después, porque simplemente ignoraba cómo proteger a un ser tan dependiente e indefenso.

No se había permitido pensar en el hecho de que un día el bebé que llevaba en sus entrañas, Dios quisiera, crecería. Sería un niño. Corretearía por ahí y jugaría al críquet.

A menos que Samuel Albany lo encontrara primero.

# Capítulo 7



Nash tomó una gran bocanada de aire. Conocía a los niños que correteaban alrededor del parque y abrazaban a la señora Lancaster antes de regresar a sus casas. Por supuesto que los conocía. Incluso lo saludaron a gritos a la vez que se marchaban corriendo.

Tratar con niños siempre le había resultado complicado. Embarazoso. Cuanto más pequeños eran, más se preguntaba si sus madres habrían sufrido al traerlos al mundo. Siempre había resultado ser una vaga incomodidad, un confuso impacto de culpa que lo había llevado a mantener una pizca de distancia entre la generación joven y él.

Sin embargo, esa noche su inquietud no parecía tan imprecisa, sino específica. Personal. Y no sabía por qué.

El niño de su hermana habría sido mayor que los que estaban alejándose de la hierba ahora, pero aquello no le hizo evitar preguntarse cómo habría sido su vida si ella hubiera vivido, si él hubiera visto a su hijo corretear por el parque con un bate de críquet. Si ella y Lewis hubieran tenido una familia. ¿Qué habría significado aquello para él?

Seguramente se habría casado. Pero ver cómo la vida casi abandonaba a Lewis le había convencido de que quizá no fuera un riesgo que valiese la pena correr. Al no tener a un niño que sujetar o un futuro al que aferrarse, Lewis se había abandonado a la melancolía durante cerca de tres años.

Su negocio había flaqueado y a él casi lo habían desahuciado. Su familia y amigos se habían mostrado preocupados mientras trataban de lidiar con su propio luto y a la vez lo animaban para que siguiera adelante.

Con el tiempo, había vuelto a vivir. Había redirigido su negocio, se había vuelto a casar e incluso tenía dos hijos pequeños.

A pesar de su recuperación, una cosa que Lewis había mencionado le rondaba la mente más allá de sus otras dolorosas divagaciones. Lewis se había odiado a sí mismo por ser el que le había hecho aquello a Mary. Su amor había acabado con ella.

Nash no creía poder vivir con tal sensación.

Sobre todo, ahora que aquella vaga emoción empezaba a tener un rostro familiar. ¿Era aquello lo que había supuesto que pensara tanto en Lewis y Mary hoy? ¿La presencia de Margaretta a su lado? ¿La única mujer que había resquebrajado ligeramente su determinación?

Mientras los niños se iban corriendo, felices, Nash pensó en las familias que representaban. Muchos tenían hermanos y hermanas que no habían superado la niñez. Dos habían perdido a sus madres: una durante el parto y la otra por enfermedad.

A pesar de ello, la mayoría de sus familias parecían felices y sanas. Aunque, a veces, el dolor podía enconarse sin ser visto y permitir que uno engañase al mundo.

Cuando el último niño desapareció tras la cuesta, Nash se quedó solo con los oscuros vestigios del dolor.

Margaretta le apretó el hombro y le dedicó una pequeña sonrisa mientras su mirada pareció asegurarle que no estaba solo. Ella ni siquiera sabía por qué se encontraba así, ni lo que había prometido, pero podía sentir su tormento interior. El hecho de que quisiese regodearse en esa conmiseración, apoyarse en ella y buscar el

consuelo de su presencia, lo asombró hasta devolverlo al presente.

La señora Lancaster. La casita. Las misteriosas arrendatarias que no parecían estar pagando nada. Aquello era en lo que debía centrarse.

La casa no se hallaba muy lejos del parque, tan solo había que girar dos veces por una calle lateral con baches, y ya se encontraban frente a ella. Las paredes se inclinaban levemente, lo cual demostraba la antigüedad de la casa. Cuando se construyó, probablemente hubiese estado sola supervisando el pasto de las ovejas a las afueras del pueblo, pero con el tiempo Marlborough había crecido hasta engullir el pasto y la casa.

La respiración de Margaretta se aceleró a pesar de que su ritmo seguía siendo lento. Sus respiraciones agitadas lo preocupaban, al igual que el hecho de que su tez había palidecido hasta resultar casi traslúcida.

Él se retrasó un paso para situarse a su lado, pero refrenó el impulso de tomar su mano o envolver un brazo en torno a ella para darle su apoyo. A pesar de la profundidad de sus conversaciones durante las pasadas semanas, jamás la había tocado. No había hecho nada para acortar la distancia entre ellos. De hacerlo, si cambiaba el tipo de asociación entre ellos, temía olvidar la promesa que se había hecho a sí mismo y a su hermana, esa promesa silenciosa que le había hecho al pueblo que se había convertido en su familia.

La señora Lancaster alzó un puño y llamó con los nudillos nudosos a la puerta de madera.

Esta se abrió para mostrar a una chica hermosa de la edad de Margaretta, con el pelo rubio recogido en un moño sencillo y un vestido de muselina verde claro que había estado bien en un principio, pero que ahora mostraba bastantes lavados.

Nash se quedó un poco rezagado cuando la señora Lancaster entró y arrulló al bebé en brazos de la mujer. La joven permaneció callada y

observó a Margaretta con los ojos abiertos de par en par, inexpresiva.

El bebé gorjeaba mientras la señora Lancaster seguía prestándole atención.

A Nash se le instaló un nudo en la garganta. Los bebés lo ponían más nervioso que los niños. Los bebés significaban que no hacía mucho una mujer había estado posiblemente en el lecho de muerte y solo Dios había tenido piedad para alejarla de aquello, a pesar de que Nash no comprendía cómo decidía Dios qué mujeres vivían y cuáles no.

Margaretta estiró la mano y envolvió los dedos en torno a la mano de él. Sentir la piel de ella contra la suya, aunque solo fueran sus manos, casi destruyó el muro que había construido en torno a su corazón. Le clavó las uñas en la palma de la mano, pero el dolor no disfrazó la calidez de su contacto o la suavidad de sus manos. Ella se había escapado esa noche sin guantes, y cada detalle de su piel se le grabó en la mente sin pedir permiso siquiera. El pulgar acarició una zona que empezaba a endurecerse debido al uso diario de la escoba.

Margaretta captaba toda su atención, pero él no disfrutaba de la de ella. Ella observaba a la mujer en la puerta y la boca se le movía a pesar de no emitir ningún ruido. Por fin, logró tragar saliva y aclararse la garganta.

—Katherine.

—Margaretta. —La mujer rubia, por lo visto la desaparecida Katherine, se humedeció los labios antes de fruncirlos en una fina línea. Su tono de voz fue apagado, y cuando por fin desvió la vista de la recién llegada, apenas observó a Nash antes de atravesar con la mirada a la señora Lancaster.

La mirada iracunda no afectó a la anciana tendera, la cual permanecía demasiado ocupada con el bebé como para prestar atención a la mujer que lo sujetaba.

—Querida, a pesar de que el tiempo es agradable —exclamó la señora Lancaster cuando por fin se enderezó—, quizá podrías invitarnos a entrar, ¿no? El frío de la noche se acerca y no queremos que el precioso Benedict se resfríe.

Los ojos de Katherine regresaron a Nash una vez más antes de mirar por encima del hombro al interior de la casita. Su rostro mostraba tensión, y las líneas del cuello resaltaban. Pero, a continuación, asintió y regresó al interior antes de dejar la puerta abierta como una invitación silenciosa.

Nash pensó en irse. Si se daba prisa, solo llegaría unos minutos tarde a su cena de negocios. Pero, ante él, de ser capaz de enfrentarse a una sala con un bebé en su interior, se encontraban las respuestas a todos los secretos de Margaretta. Aquella joven era a quien Margaretta había estado buscando. Su búsqueda había finalizado. Podría marcharse de Marlborough, y Nash no quería preguntarse «¿y si...?» durante el resto de su vida.

Tomó aire, aunque hacerlo no le sirvió para regular los latidos de su corazón, y siguió a Margaretta por el umbral.



Margaretta no se percató de que había tomado la mano de Nash hasta que tuvo que liberarla para seguir a la señora Lancaster al interior de la casa. Tuvo que esforzarse para hacerlo, aunque no iba a perder la oportunidad de hablar con Katherine, y Nash no parecía tener prisa por acompañar a su anfitriona al interior de la casa.

Tal interior era bastante más oscuro que la calle, y Margaretta tuvo que parpadear para acostumbrar los ojos a la penumbra y a los alrededores inesperados. Recordaba haber visitado a Katherine en Londres, la sala de estar adornada con sedas, la lujosa alfombra de Aubusson en su habitación. El contraste entre aquellos recuerdos y la



sencillez que se mostraba ante ella era sorprendente.

El suelo de madera con tablones anchos estaba limpio, y dos sillas de madera de apariencia cómoda flanqueaban una chimenea donde un leve fuego crepitaba. Al otro lado de la sala, una lisa mesa de madera, un banco y tres sillas más se encontraban delante de una zona de cocina básica. Dos puertas daban probablemente a las habitaciones.

Incluso presuponiendo que las habitaciones en la zona trasera de la casa se combinaran hasta llegar al tamaño de la sala delantera, el área del salón era más pequeña que la sala de estar de la casa del padre de Katherine, donde Margaretta había asistido a más de un encuentro.

La señora Lancaster deambuló por la habitación cómodamente con el bebé en brazos y se dirigió hacia la mecedora en la esquina más alejada. Resultaba obvio que había hecho más que darles alojamiento a estas mujeres. Las había visitado con frecuencia, seguramente durante esas largas caminatas al atardecer.

Margaretta observó a Katherine. Su vieja amiga le devolvió la mirada. Por el rabillo del ojo, se percató de que Nash ladeaba la cabeza y miraba de forma intermitente a una mujer y a otra. Qué extraño debió de parecerle que se hubiera mostrado tan desesperada para encontrar a esta mujer, y ahora que lo había hecho, no decía nada.

Aunque, ¿qué podía decir? ¿Cómo abordaba tal asunto?

—Veo que los rumores son ciertos. —Margaretta se encogió. Quizá no hubiese sido la mejor forma de empezar.

Katherine alzó las cejas y miró por encima del hombro hacia donde la señora Lancaster se encontraba meciendo y murmurándole cosas a Benedict. Katherine curvó una de las comisuras de sus labios para esbozar una sonrisa triste.

—No tan ciertos como crees.

El bebé gorjeó hasta gimotear, como si hiciese ver que la declaración

de Katherine era mentira. Margaretta se quedó callada y dejó que las circunstancias hablasen por ella.

—La señora Lancaster no me dijo que estabas aquí. —Resultaba obvio que la voz de Katherine transmitía un deje de desaprobación a pesar de que la mirada que lanzó a la señora Lancaster mostraba tolerancia.

—Por supuesto que no, querida. —La señora Lancaster no alzó los ojos del bebé—. Habrías tomado a este precioso niño y te habrías escapado. Cuando dije que te protegería, también prometí hacerlo de ti misma.

El pecho de Katherine se deshinchó tras un suspiro que casi se convirtió en risa a la vez que miraba hacia el suelo y sacudía la cabeza. Cuando por fin alzó los ojos, su expresión resultó más suave.

—¿Por qué no os sentáis? Puede elegir una silla si quiere unirse a nosotras, señor Banfield.

El hombre se atragantó.

—Disculpe, ¿nos han presentado?

La sonrisa pícara que asomó por el rostro de Katherine fue lo suficientemente familiar como para que un ramalazo de tristeza atravesase el cuerpo de Margaretta. ¿Sus propias sonrisas también se convertirían pronto en un recuerdo? ¿Algo que solo daría indicios de la chica desenfadada que solía ser?

¿Acaso ya se habían convertido en eso? Su sonrisa había retornado fácilmente tras la muerte de su marido. Quizá demasiado. Pero también era cierto que apenas se habían conocido, ambos habían considerado aquel matrimonio una unión prudente que aseguraría el futuro entre la Guarnicionería Fortescue y el Establo de Carreras Albany. A pesar de que el fallecimiento de John, aunque trágico, había parecido más un inconveniente que una desgracia, era obvio que el futuro de Margaretta no había sido simplemente postergado, sino

amenazado.

Desde entonces no había sonreído mucho.

Katherine se sentó en la otra silla junto a la chimenea con apariencia tan serena y grácil como durante la temporada en la ciudad.

—Insisto en conocer a toda la gente importante de mi zona, señor Banfield — exclamó con tacto—. Además, la señora Lancaster habla maravillas de usted. —A continuación, se volvió hacia Margaretta—. ¿Cómo te ha ido la vida?

—Bueno —vaciló Margaretta—. Me he casado.

Katherine parecía no saber qué hacer con aquella información.

—Felicidades.

—Y me he quedado viuda —prosiguió Margaretta.

—Oh. —Katherine abrió los ojos de par en par y entrelazó las manos sobre el regazo—. Lo lamento mucho.

Al tiempo que el bebé emitió otro ruidoso quejido, la puerta de detrás de Katherine se abrió y otra joven mujer salió de ella. A Margaretta se le desencajó la mandíbula. Reconocía a la mujer de rostro redondo y de cabello castaño anodino como la amiga que había seguido a Katherine casi como una acompañante.

—¿Señorita Blakemoor?

La mujer pestañeó hacia Margaretta y tosió.

—¿Señorita Fortescue?

Nash, que se había puesto en pie ante la entrada de la otra mujer, lanzó una mirada acusatoria hacia Margaretta. Un recuerdo de que no había olvidado las noticias que le había confesado antes.

Margaretta se aclaró la garganta.

—De hecho, es señora.

La señorita Blakemoor tosió y lanzó una mirada hacia el señor Banfield.

— Ah, vaya, yo también soy señora.

La debilidad por el mareo de antes le volvió a la cabeza al intentar encontrarle sentido a todo lo que veía y descubría. ¿Qué era real? ¿Qué una farsa? Quizá si ofreciese alguna información, la mujer, o mujeres más bien, proveerían información también.

— Mi matrimonio fue muy breve —exclamó Margaretta con una sonrisa que intentó disipar la tensión en la sala—. A veces me resulta complicado recordar que poseo un nuevo apellido.

Nash se cruzó los brazos y entrecerró los ojos hacia ella.

— ¿Qué más ha olvidado?

— Nada que le concierna.

— Demasiado tarde. Mi preocupación crece por momentos.

Margaretta bajó la vista hacia las manos. Casi parecía herido, como si él también se hubiese encontrado en un lugar extraño durante las últimas semanas y se preocupase sobre su creciente amistad. ¿Había desarrollado sentimientos por ella de la misma forma que ella temía que le hubiera pasado con él? Margaretta no estaba dispuesta a ponerle nombre a aquello que causaba que el corazón le latiese desbocado cuando lo oía saludar a la señora Lancaster durante su visita diaria. Hacerlo significaría una cosa más que dejar atrás cuando llegase la hora.

El bebé lloriqueó una vez más y en esta ocasión se negó a que la señora Lancaster lo acallase.

— Queridas, me temo que tiene hambre y yo ya he pasado la edad de poder ayudar con eso.

Margaretta cerró la boca para reprimir la risa sorprendida que

pugnaba por escapar al tiempo que Katherine y la señorita Blakemoor no se sintieron obligadas a reprimir las suyas. Nash gruñó por lo bajo. La señorita Blakemoor caminó hacia la mecedora y tomó al bebé en brazos.

—Yo me ocupo de él, señora Lancaster.

Y a continuación regresó a la habitación de la que había venido.

Katherine miró a Margaretta de manera interrogativa.

—Los rumores rara vez aciertan en todo.

Nash acercó la silla al grupo y se acomodó en ella.

—¿Usted también proviene de Londres, señorita FitzGilbert?

Katherine entrecerró los ojos y atravesó a Nash con la mirada.

—¿Cómo sabe mi apellido? El suyo está expuesto en el cartel fuera de su despacho. El mío, sin embargo, no.

—Margare... es decir, la señora Fortescue, me refiero a... —Se detuvo con un suspiro y se pellizcó el puente de la nariz a la vez que tomaba aire—. Margaretta vino al pueblo buscando a una tal señorita Katherine FitzGilbert. Ya que parece haberla estado buscando a usted, deduzco que usted es la señorita FitzGilbert en cuestión. ¿O es que usted también ha recordado un cambio reciente de apellido?

Katherine apretó los labios.

—No hay ningún cambio de apellido, pero le agradecería que olvidase el mío.

Él alzó una ceja.

—Nunca olvido nada.

La mirada que dirigió hacia Margaretta la hizo sudar.

La señora Lancaster se levantó de la mecedora. Nash también se puso en pie sin apartar los ojos de Margaretta. Ella había logrado

memorizar todas las expresiones de él durante el pasado mes, pero esta era inescrutable. ¿En qué pensaba?

—Ya que todos estamos confesándonos esta tarde — anunció la señora Lancaster acercándose a las sillas donde Katherine y Margareta permanecían sentadas—, hagamos una más. Entonces podremos pasar página de todo este secreto.

Margareta no sabía cómo sentirse ante la palabra «confesión». Descubrir secretos era, quizá, más preciso, ya que ninguna de las partes involucradas había ofrecido la información de forma voluntaria, pero si la señora Lancaster tenía algo que quería decir, no sería Margareta quien la detuviera. La mujer había sido una bendición y merecía paz en caso de que algún secreto la estuviera atormentando.

—Por supuesto —contestó Margareta—. Nos puede contar lo que sea. Creo que todos los presentes le debemos lealtad.

Tanto Nash como Katherine asintieron y sus rostros reflejaron la preocupación y confusión que sentía Margareta.

—Muy amable por tu parte, querida, pero no es mi confesión. — Sonrió como si lo que dijera después fuera la mejor noticia del mundo —. Es la tuya.

Margareta abrió la boca al tiempo que contemplaba los ojos amables y sonrientes de la señora Lancaster. La anciana parecía casi entusiasmada por ponerla en aquel aprieto. ¿O era la noticia que esperaba oír lo que la alegraba? Intentó tragar saliva y casi se atragantó. La tendera lo sabía. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo lo había sospechado?

—Yo... yo... —Margareta miró a Nash, pero poco después desvió los ojos hasta el suelo—. No sé a lo que se refiere.

—Es la razón por la que estás aquí, ¿no es cierto? —Margareta fue

capaz de deducir que la señora Lancaster fruncía el ceño al oír sus palabras, y aquello la hizo estremecerse. Pero, entonces, una mano arrugada se le posó sobre el hombro y le dio un apretón de ánimo.

¿Por qué no podía decirlo? Margaretta tragó saliva de nuevo. No había hecho nada malo. Se había casado. Pero, de alguna manera, sabía que la noticia lo cambiaría todo. Sí, jamás había afirmado ser algo más que una viuda, pero aparte de aquella conversación, Nash y ella nunca habían hablado de su pasado. En cuanto supiera la verdad, no habría forma de no hacerle caso.

—Yo no... no puedo.

Otro apretón animó a Margaretta a levantar la vista hasta el rostro de la mujer que había desempeñado el papel de amiga y madre durante las últimas cinco semanas.

—Ha llegado la hora —exclamó la señora Lancaster—. Bien puedes contarles a todos lo del bebé.

## Capítulo 8



— ¿Bebé? — Nash se puso de pie de golpe. Miró hacia la puerta por donde la mujer cuya identidad no conocía había desaparecido con el bebé. Con toda certeza, no estaban insinuando que aquel bebé era de Margaretta, ¿verdad?

Cuando por fin devolvió la mirada a la joven y vio cómo esta apoyaba una mano en el vientre, gesto que recordaba hacer a su hermana en incontables ocasiones, el mundo se le vino encima.

Imágenes y recuerdos que había mantenido guardados resurgieron en la mente de Nash. La felicidad y la risa que había abundado cuando Mary y Lewis compartieron la nueva. Más risa, y alguna que otra queja sin malicia, cuando ganó demasiado peso como para salir a la calle y nunca parecía ser capaz de encontrar una posición que le resultara cómoda durante más de cinco minutos.

La desolación cuando Lewis vino a su casa y simplemente tomó asiento, incapaz de decir las palabras y contarle realmente lo que había acontecido.

La señorita FitzGilbert por fin tosió para romper el silencio antes de hablar con voz queda.

— Te casaste de verdad, ¿no es cierto?

Margaretta no dejó de observar a Nash. Él deseó que así lo hiciera. Entonces tal vez él pudiese dejar de mirarla a ella también.

— Sí. — Su voz sonó tan baja y silenciosa como la de su amiga—. Me



casé con el señor John Albany, y pasamos tres días en la casa de campo de su padre en Surrey. Luego regresamos a Londres para que él pudiese prepararse para marcharse con su regimiento. Iban a salir en barco desde Londres una semana después de que llegásemos a casa.

Tragó saliva de forma exagerada.

—Se resbaló en la rampa de desembarco y se golpeó la cabeza. Para cuando pudieron sacarlo del río Támesis, ya estaba muerto.

Nadie dijo nada. Cuando la conmoción del anuncio desapareció, las preguntas asaltaron la mente de Nash y entraron en conflicto con una mezcla de otras emociones.

—Una tragedia, desde luego —expresó Katherine en voz baja, pero sin esa emoción que uno normalmente esperaría hallar bajo aquellas palabras—. Pero ¿por qué estás aquí? No tienes nada que ocultar.

Margaretta cerró los ojos. Las lágrimas manaron y le humedecieron las pestañas comprimidas antes de deslizarse por las mejillas en dos torrentes idénticos.

—El hermano menor de John solo desea el título de su padre. —Abrió los ojos. Aquellos pozos marrones solo mostraban pura desesperación—. Si se entera de que estoy encinta, no se detendrá hasta cerciorarse de que el bebé nunca tenga oportunidad de heredar nada.

Nash se aferró al respaldo de la silla hasta que los nudillos se le tornaron blancos y la madera amenazó con rasgarle la piel. Aquella sensación de intranquilidad que había obtenido en su oficina aquella mañana creció hasta convertirse en una premonición escalofriante. El hombre que había venido a su oficina, el que viajaba con su padre, el que había solicitado información sobre medios de transporte discretos. Si era él, si ese era el hermano...

Las implicaciones golpearon a Nash más rápido de lo que él fue capaz

de procesarlas. Si lo que Margareta había dicho era cierto, ¿qué diantres iba a hacer?



La joven presionó la mano contra su vientre, donde la suavidad que había conocido toda su vida había dado paso a la firmeza que no le permitiría olvidar la situación imposible en la que se encontraba. Era el mejor ejemplo de que la vida no era justa. Lo había hecho todo bien, incluso todo lo que se había pedido de ella, y aun así había sucedido.

Por alguna razón, una vez comenzó a contar la historia, a admitir todos los detalles de esta, la sintió menos desalentadora. Los últimos vestigios de la esperanza que la había llevado hasta Katherine ayudaron a detener las lágrimas que goteaban sobre su falda. Tampoco podía dejar la historia a medias ahora que había empezado, aunque quisiera guardarse lo máximo posible para sí misma y solo responder las preguntas que le hicieran. En un ramalazo de energía y nervios que la obligaron a levantarse de la silla y a comenzar a pasear por la estancia, las palabras brotaron de su boca.

—Por supuesto, su familia estaba ansiosa por saber si era posible que un bebé naciese de aquella breve unión. El hermano mayor de John se marchó a la India hace años y contrajo nupcias allí. Él y su esposa han visitado Inglaterra una vez o dos, pero no han tenido descendencia. John sabía que era muy posible que él heredara el título, pero se unió a la marina igualmente. Nuestro matrimonio fue más un negocio que otra cosa: la Guarnicionería Fortescue y los Establos de Carreras Albany se unirían. Tenía sentido.

Respiró hondo y prosiguió con la mirada fija en los dedos de los pies, que no dejaban de intentar hundirse en el suelo conformado de tablones amplios.

—Samuel fue de lo más insistente. Después de un par de semanas,

comenzó a inquietarse, y yo me asusté. Les dije que no había ningún bebé. Creí que era verdad. Creí que tenía que ser verdad. Mis padres llevaban años casados antes de que yo naciese.

—Pero las cosas no funcionan así para todas —comentó Katherine con suavidad.

—No. —Margaretta suspiró.

—Y Samuel Albany también lo sabía —murmuró Nash.

Sus suaves palabras la obligaron a mirarlo, aunque hubiese estado evitándolo. Nash seguía portando una expresión inescrutable en el rostro, así que volvió a agachar la mirada hasta las manos unidas en el regazo.

—Sí. Él está muy implicado en los establos y la crianza de caballos de carreras, y siguió visitándonos con la excusa de tener asuntos que tratar con mi padre, pero siempre encontraba la ocasión de verme. Sospecho que sobornaba a mi doncella, porque pareció enterarse casi a la misma vez que yo. Se enfadó y me insinuó varios métodos que había oído con los que las mujeres se deshacían de los niños no deseados. Padre y yo desconocíamos qué haría, así que me envió de viaje a la costa con la señora Hollybroke y sus hijas. Padre dijo que nos reuniríamos allí en unas semanas.

Margaretta respiró hondo a sabiendas de que lo que había hecho a continuación había sido una estupidez.

—Pero el lacayo de Samuel me siguió. Llevaba en Margate tres días cuando lo vi fuera de la casa donde nos hospedábamos. Me asusté. Así que hui.

Las lágrimas regresaron. Se derramaron por sus mejillas en un hilo fino que le nubló la visión y se acopló a la tristeza que ya fluía en su interior.

De pronto, unos fuertes brazos se cerraron en torno a ella y Nash la

estrechó contra su pecho para hacer que se sintiera a salvo por primera vez en tres meses. Margaretta se empapó de su habitual calidez, y empezó a temblar debido a las apabullantes emociones. Tan solo por un momento, una parte de ella creyó que todo saldría bien al final.

La señora Lancaster resopló en el rincón de la estancia sin molestarse siquiera en ocultar el hecho de que estaba llorando.

—Pero ¿por qué has venido aquí? —Katherine se hallaba ahora de pie, pero seguía mostrándose recelosa y permaneció a unos cuantos pasos de distancia de Margaretta y Nash.

Ella se enderezó entre los brazos de Nash para poder mirar mejor a su amiga.

—Cuando te marchaste de Londres, hubo rumores. Decían que estabas encinta, y no se me ocurría ninguna otra razón por la que pudieras haberte marchado de esa forma. Tenía la esperanza de que tú supieras qué hacer, adónde debía ir. Algún modo de esconder mi condición para que el mundo nunca tuviese que enterarse de lo que había sucedido. Lo único que conservaba era la carta que me enviaste desde Marlborough, así que vine aquí. No sabía qué más hacer.

El pequeño riachuelo de lágrimas se convirtió en un torrente cuando Margaretta se permitió sentir todas las emociones contenidas. Sollozó contra el pecho de Nash. Derramó lágrimas de libertad por haber compartido por fin su carga con alguien más. De desesperanza, porque al parecer Katherine tampoco había hallado una solución de verdad. Todas las lágrimas que se había esforzado por contener durante meses salieron a borbotones. Lloró por John, quizá por primera vez desde que falleció, y lloró por su familia, que lamentó su muerte muchísimo más que ella. No obstante, y, sobre todo, lloró egoístamente por ella misma, por lo injusta que era la vida, y por la fuerza que no sabía si tendría.

Otro par de brazos le rodeó los hombros y la separó de Nash para llevarla a través de una de las puertas de la estancia principal.

No quería abandonar la calidez de Nash, ni tampoco a él. Desesperada por vislumbrar su rostro una última vez, alzó el mentón al tiempo que sus brazos se alejaban de ella. Derramó más lágrimas que desdibujaron las líneas de su semblante y evitaron que pudiese leer la expresión en sus profundos pozos azules.

Apartó la mirada lacrimosa de la de él, pues no estaba dispuesta a prolongar el quebranto de su corazón más de lo necesario. ¿Volvería a verlo alguna vez?

¿Se lo contaría a su padre? ¿Importaba siquiera?

¿Sería capaz Katherine de proporcionarle alguna respuesta? Vivía sola con la señorita Blakemoor y su bebé. ¿Cómo sobrevivían? Fueran cuales fuesen los recursos de los que gozaban, Margaretta no poseía acceso a ninguno similar.

La habitación a la que Katherine la llevó era acogedora. Margaretta no veía a través de las lágrimas, y los párpados estaban empezando a hincharse por la potencia de su llanto. Pero pudo sentir la suavidad de un colchón, y enseguida la agradable oscuridad del olvido acalló su dolor.



Un fuerte gemido asaltó el sueño de Margaretta. Parpadeó para deshacerse de los últimos vestigios de sopor e intentó recordar dónde se encontraba, un problema que nunca había tenido hasta hacía unas cuantas semanas, pues se había pasado la mayor parte de los primeros veinte años de su vida despertándose en la casa adosada de su padre en Londres. Abrió los ojos. La estancia se hallaba en penumbra; era demasiado oscura como para tratarse de la alcoba sobre la tienda de la señora Lancaster. Paredes de yeso pintadas de un color amarillo claro

la rodeaban a la vez que se acurrucaba más bajo la manta confeccionada con distintos retales. Murmullos provenían del otro lado de la pared, y el bebé que la había despertado enseguida se quedó callado.

El hogar de Katherine. O la casita de la señora Lancaster. Como quisiera verlo.

El gorjeo de los pájaros la saludó cuando se levantó y encontró su ropa doblada sobre una silla en un rincón. ¿Cuán profundo había dormido para no percatarse siquiera de cuando Katherine le quitó el vestido y los zapatos?

La habitación era pequeña, pero cómoda, con una cama, una silla, y un pequeño lavamanos. La única ventana que poseía daba a un pequeño jardín de verduras y permitía que la luz matutina del sol penetrara por ella.

Las lágrimas amenazaron con volver a caer, pero ya le dolía horrores la cabeza de todo lo que había acontecido el día anterior, y estaba muy cansada de llorar. Respiró hondo y se llevó las manos a los ojos hasta que la necesidad se sosegó.

A la vez que se vestía, una sensación de urgencia le atenazó la garganta, pero retrasó el momento de abandonar la alcoba. Katherine había sido su última esperanza, pero ¿qué ayuda podría ofrecerle realmente? Y aunque Katherine conociera el modo de ocultarse y luego de mantener al bebé, tenía que seguir teniendo en cuenta a su padre y a los de John. No podía desaparecer tal y como Katherine y la señorita Blakemoor lo habían hecho.

Tampoco podía volver a Londres sin más y esperar que Samuel entrara en razón. Ni siquiera podía permitirse marcharse de esa casa hasta que el hombre hubiese partido de Marlborough.

Pero una cosa era segura: no iba a encontrar las respuestas en esa

pequeña estancia.

La señorita Blakemoor se hallaba sentada en la mecedora junto a la chimenea, alimentando al bebé, cuando Margaretta se adentró en la habitación principal.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita Blakemoor.

Ella se rio.

—Llámame Daphne. No hay razón para ser tan ceremoniosos aquí.

Su mirada descendió hasta el vientre de Margaretta antes de contemplar al bebé que sostenía en brazos. Su sonrisa no flaqueó en ningún momento.

Margaretta avanzó y tomó asiento en una de las sillas.

—Todos creían que era Katherine la que se encontraba en una condición delicada. Juraban que era ella a la que habían sorprendido con el señor Maxwell Oswald. — Avergonzada, Margaretta cayó en la cuenta de que ni siquiera se había preguntado a dónde había desaparecido Daphne. Ni los demás tampoco.

—Me temo que nadie siquiera sopesó la posibilidad de que fueras tú.

—Lo sé. —La sonrisa de Daphne se tornó triste—. Probablemente ni supieran que me había ido. Katherine estaba arruinada para ellos, en su mente, y yo en la vida real, así que convencimos a nuestros padres para que nos entregaran el dinero de nuestra dote para así poder desaparecer. La mía no era muy abundante, por supuesto, pero la de Katherine... Nos imaginamos que sería suficiente para viajar hasta algún sitio y establecernos hasta que pudiésemos encontrar la forma de mantenernos por nosotras mismas.

Se levantó y comenzó a pasear con el bebé sobre su hombro y dándole golpecitos en la espalda.

—Nuestra intención había sido ir hacia el este, y luego subir por la costa, encontrar una casita en algún pueblo costero. Pero el viaje en carruaje me produjo náuseas, y entonces conocimos a la señora Lancaster. Solo pretendíamos quedarnos hasta que me sintiese otra vez con ganas de viajar, pero eso fue hace nueve meses, y todavía seguimos aquí.

Se quedaron en silencio, y Margaretta intentó encontrar el coraje para formular las preguntas que no se atrevía a plantear. ¿Lo sabía el padre? ¿Pretendían vivir aquí para siempre y criar a Benedict ellas solas? Habían gozado de nueve meses para pensar en el futuro, y Margaretta temía que aquello, por desgracia, no había sido tiempo suficiente para hallar una solución, porque el problema resultaba imposible.

—¿De verdad estabas casada? —preguntó Daphne con voz queda, al parecer no tan petrificada como Margaretta con respecto al decoro.

—Sí, de verdad. John y yo coincidimos unas cuantas veces en fiestas durante los dos años que estuve en sociedad. Luego mi padre lo trajo a casa y le propuso los beneficios de un enlace entre nuestras familias. Apenas conocía a John, pero parecía amable, así que accedí.

Volvieron a quedarse en silencio. Si las dos mujeres estaban pensando o no lo mismo, Margaretta no sabría decirlo, pero pareciese que la pregunta tácita en la punta de sendas lenguas era: «¿y qué vas a hacer?». Margaretta se imaginaba que ambas querían formularse la pregunta la una a la otra, pero que sentían que no podían, pues ni ellas mismas sabían cómo responderla realmente.

Un gruñido proveniente del estómago vacío de Margaretta rompió el silencio, y la animó a inquirir sobre comida. Cada bocado que tomó del sencillo desayuno se oyó muy alto en aquella sala sumida en el silencio. Quizá probar suerte en la diminuta vivienda sobre la tienda de la señora Lancaster sería mejor que esto, aunque estar en pleno



centro del pueblo aumentaba enormemente las posibilidades de que Samuel, o su lacayo, la encontraran.

La puerta principal se abrió y Katherine entró con prisas con una cesta llena de telas. Dejó la cesta junto a la puerta y miró de Daphne a Margaretta, y viceversa.

—¿Habéis estado así toda la mañana?

—Kit... —la voz de Daphne sonó baja.

Katherine puso los ojos en blanco.

—¿De verdad crees que la cortesía y los buenos modales son necesarios aquí? — Se quitó la pelliza y la colgó en uno de los ganchos junto a la puerta antes de tomar asiento frente a Margaretta—. ¿Qué piensas hacer?

Al parecer, Katherine no tenía problema alguno en plantear la pregunta. Siempre había sido un poco más directa que la mayoría.

Margaretta suspiró y posó la taza de té sobre la mesa.

—No lo sé. Me pasé días en mi alcoba sopesando esa pregunta, rezando como nunca antes lo había hecho. Luego recordé tu carta...

—¿Enviaste cartas? —Daphne se detuvo en el acto de colocar a su hijo en la cuna—. Accedimos a desaparecer.

Katherine ni siquiera se veía avergonzada.

—Quería despedirme de varias personas y hacerles saber que me marchaba, y que no estaba muerta en cualquier zanja. Además, no creía que fuésemos a quedarnos en Marlborough más de un día. Se me antojó un lugar seguro desde donde enviarles las cartas.

Daphne se desplomó sobre la tercera silla junto a la mesa.

—¿Cuántas?

Otro suspiro, y otra vez los ojos en blanco. Tal vez era así cómo

Katherine se expresaba cuando se sentía acorralada.

—Tan solo tres.

—Si os sirve de consuelo, no creo que nadie más os esté buscando. —Margaretta vaciló, pero quizá solo necesitasen un poco de la franqueza directa de Katherine—. Yo probablemente no me hubiese acordado, de no haberme encontrado en tal situación de desesperación por saber qué habías hecho si los rumores eran ciertos.

—Pero eres viuda de verdad. —Daphne jugueteó con las uñas de las manos.

—Un hecho que, en realidad, me ha puesto en más peligro que la situación alternativa.

—Pero si el bebé es una niña, podrías volver a casa sin más. —Katherine se sirvió su propia taza de té de la tetera que había preparado antes Margaretta.

—Sí. —Ese era el mejor desenlace que podría esperar. Pero incluso entonces, estaría llevando a una niña a casa, ¿para qué? Sí, tendría cuidados y comodidad, pero Margaretta era ahora una viuda sin muchas expectativas. ¿Podría llevar al bebé y vivir con la familia de John sabiendo el tipo de hombre que era Samuel? ¿Se quedaría en casa a la espera de que su padre volviera a casarla otra vez? ¿Qué clase de hombre querría casarse con una mujer que ya tenía una hija?

La idea de casarse otra vez amenazaba con enviarla de vuelta a la cama, donde podría llorar hasta quedarse sin lágrimas. Aunque una vez ya hubo accedido a la seguridad de un matrimonio sin sentimientos, durante el pasado mes había perdido gran parte de su atractivo. Había aprendido que las relaciones podían ser diferentes, y le resultaba complicado volver a su antigua forma de pensar.

—Entonces, ¿llevarás al niño a un hospicio? —preguntó Katherine en voz baja. Tan baja que Margaretta no estaba segura de no habérsela

imaginado.

Porque ya lo había sopesado antes. Con bastante frecuencia, de hecho.

—No puedo. —Margaretta tuvo la sensación de que se le cerraba la garganta. Las palabras que sabía que necesitaba sacar de su interior, se le antojaban empalagosas y pesadas a la hora de atravesar el estrecho conducto y de luchar por buscar espacio entre su respiración superficial—. Pensé que quizá podría, pero no puedo. No amaba a John, pero este bebé es fruto de un matrimonio que, aunque breve, sucedió de verdad. No puedo dejarlo en la puerta de un hospicio para que lo desprecien y lo traten como a un deshecho del mundo.

—Ningún niño debería pensar así de sí mismo —añadió Daphne mirando a la cuna en la esquina. Era una mirada que aseguraba querer a su hijo más que a nada, más que el difícil camino que se había visto obligada a recorrer hasta aquí, más que las montañas que todavía tendrían que ascender.

Margaretta desvió la mirada de forma intermitente entre las dos mujeres sentadas a la mesa.

—¿Cómo lo vais a hacer? La señora Lancaster no va a vivir para siempre.

Katherine asintió hacia la cesta que había dejado en el suelo junto a la puerta.

—Traemos algo de costura. Remiendos. Trabajos para la iglesia, y hacemos ropa para las personas del hospicio. Todo gracias a la modista del pueblo, una amiga de la señora Lancaster. Todos aquellos años bordando han hecho que ahora pueda dar puntadas medio en condiciones. Tenemos suficiente para comprar una casa cuando llegue el momento. Siempre y cuando ganemos dinero para comer, deberíamos ser capaces de sobrevivir, incluso posiblemente de prosperar, al final.

Daphne extendió los dedos sobre la mesa y luego cerró las manos en puños.

—La señora Lancaster nos dijo que en cuanto el bebé se hubiese destetado, encontraría la forma de asegurarse de que lo cuidaran bien.

—Su mirada volvió a deslizarse hasta el bebé silencioso en la cuna—. Pero no puedo hacerlo. No puedo pasar estos primeros meses con Ben y luego abandonarlo.

Katherine extendió el brazo y envolvió los dedos en torno al puño de Daphne como muestra de apoyo.

De ninguna manera podía Margaretta imitar su plan. No tenía ni los fondos ni la ayuda necesarios. Pero se le ocurrió otra idea.

—Podría enviar dinero.

Puso una mueca. Así no era como había querido abordar el asunto.

Ambas mujeres la miraron con las cejas arqueadas.

Margaretta se aclaró la garganta y prosiguió con determinación. ¿Qué era lo peor que podía suceder? ¿Que le dijeran que no y la echaran de su casa? No podía verse en peor situación de en la que se encontraba actualmente, quitando el hecho de que no sabía con certeza cómo volver a la tienda de la señora Lancaster.

—Conseguiré dinero para gastos. Podría enviar algo. Para ayudar.

—¿Ayudar a quién? —inquirió Katherine.

—A vosotras. Si el bebé es un niño... Si lo dejase con vosotras, ¿podrías quedároslo? ¿Podrías proporcionarle un buen hogar?

## Capítulo 9



Nash no había conciliado el sueño. Ideas y disposiciones se le habían pasado por la cabeza y lo habían distraído hasta el punto de casi cortarse al afeitarse. Era como si se ahogase en aquello que se había pasado casi una década tratando de evitar: una emoción tan devastadora que afectaba hasta la rutina.

A su espalda, el despacho se encontraba plagado de trabajo, pero no había avanzado con nada de aquello. A pesar de ir con retraso, se quedó mirando por la ventana.

Aunque no es que viera mucho más allá del cristal. Se hallaba demasiado ocupado recordando la mirada de Margaretta al acariciarle el brazo cuando Katherine se la llevó. Le había estado rogando algo; había estado usando aquellos ojos oscuros y profundos para tratar de arrancarle el alma del cuerpo con las garras de sus lágrimas derramadas. Pero Nash se había marchado. Incluso antes de que Katherine cerrase la puerta de la habitación, había huido de la casa. Nada sería igual para él. O para ella.

Reconocer a los dos hombres que caminaban por el ajetreo matutino de la calle principal trajo de vuelta a Nash de sus ensoñaciones. El señor Fortescue y el señor Albany caminaban por la calle, tal vez hacia el despacho de Nash. El rostro del anciano estaba contraído y denotaba decisión, mientras que el más joven curvaba los labios en señal de disgusto. Nash no supo adivinar si por la hora temprana o por el mismo pueblo. Tampoco es que le importase. Tras lo descubierto en las últimas veinticuatro horas, Nash no tenía mucho

interés en que el hombre le agradara.

De hecho, su disposición se inclinaba más en sacar a Samuel Albany del pueblo que en asegurar su bienvenida en los establos locales y en los hostales donde tenían parada las diligencias.

Sin embargo, no había nada que pudiera hacer. La opinión de Nash acerca de la situación carecía de importancia. A ojos de la ley, el hombre no había hecho nada malo. Si ser ambicioso y desear un título fueran ofensas constitutivas de delito, una gran parte de la aristocracia inglesa se estaría pudriendo en Newgate.

El esposo de Margaretta había fallecido hacía casi cuatro meses según la información que Nash había obtenido durante las pasadas semanas. Había sido tiempo suficiente como para confirmar si había quedado encinta durante su breve matrimonio, y el hecho de que estuviera huyendo y escondiéndose solo serviría como prueba de que Samuel Albany estaba, en efecto, tan obsesionado y enloquecido como Margaretta creía.

Al tiempo que los dos hombres cruzaban la calle, Nash fue capaz de ver que discutían, y el señor Fortescue parecía estar preparado para comenzar una diatriba. Que fuera una manifestación física o verbal hacia el hombre más joven estaba por verse, pero alivió algo del miedo que sentía de que el padre de ella traicionase de algún modo la seguridad de su hija.

Ambos se detuvieron en la puerta del despacho de Nash, pero su posición en la ventana le permitió escuchar sus voces iracundas.

—Muchos podrían preguntarse cómo dirige su negocio si es incapaz de controlar a su hija, señor Fortescue —gruñó el señor Albany.

La amenaza no pareció conmocionar al señor Fortescue. Resultaba claro que por eso Margaretta había reunido la fuerza suficiente para establecerse por sí sola.

El anciano abrió la puerta del despacho de Nash y entró.

—Un negocio es mucho más predecible que una mujer. —Lanzó una mirada interrogativa a Nash—. ¿No cree, señor Banfield?

Dada la habilidad de Nash para adivinar que todo lo referente a la mujer era sencillamente nada, tuvo que estar de acuerdo. Asintió.

—Por supuesto, señor.

El más joven gruñó y entrecerró los ojos mirando a Nash.

—No vino a cenar.

El hombre se volvió, pero permaneció al lado de la ventana.

—Se me presentaron asuntos urgentes con otro cliente. Dado que solo unos cuantos de los hombres con los que requirieron hablar se mostraron interesados y ninguno estaba disponible hasta hoy, decidí esperar hasta esta mañana.

—Deseamos hablar con todos, señor Banfield. —El señor Albany curvó el labio—. Si no es capaz de conseguirlo, encontraré a otro abogado que sí lo sea.

Solo había otros dos abogados en Marlborough, uno de los cuales tenía casi setenta años y solo redactaba contratos sencillos sobre un pequeño escritorio en su misma sala de estar, por lo que no le preocupó en demasía aquella amenaza. Lo que sí le preocupaba era poner a Margaretta lejos del alcance de Samuel Albany y hacerlo cuanto antes. Sí, se sentía traicionado por que ella le hubiese ocultado tal secreto, y descubrirlo consiguió que sintiera como si le hubieran golpeado en el pecho con un bate de críquet, pero aún quería hacerla feliz y mantenerla a salvo.

—Quizá, caballeros. —Nash se acomodó en la silla tras su escritorio y apoyó los dedos bajo la barbilla—. Sería de mayor ayuda si tuviese más información de lo que buscan exactamente.

El señor Fortescue entrecerró los ojos, pero la mirada del señor Albany se volvió desenfocada y borrosa a la vez que vagaba por la estancia hasta llegar a la ventana.

—Pretendo que mi nombre se conozca por todo el país, señor Banfield. Puede que fuese mi abuelo el que comenzara nuestro negocio dedicado a los caballos de carreras, pero yo trato de traerlo a este siglo. Seremos el establo del que todos hablen, al que los príncipes árabes acudan y visiten. Y quiero ser yo el que lo consiga.

Su expresión había adoptado una pasión feroz cuando se volvió de nuevo hacia Nash y apoyó las manos sobre el escritorio para inclinarse hacia delante.

—Un día, los establos de carreras Albany serán míos, y entonces... — Se interrumpió y bajó la cabeza. Tomó aire profundamente como si buscara reorganizar sus pensamientos.

—Los establos de carreras Albany son una parte importante de mi legado familiar, señor Banfield, y formaré parte de ello.

Nash lanzó una mirada al señor Fortescue y apreció la palidez en la tez del hombre bajo aquella máscara de decisión. En la cabeza de Nash se amontonaban multitud de pensamientos, y el primero de todos era que Samuel Albany no parecía hallarse en plenas facultades mentales. Era un hombre al que le obsesionaba el poder y el prestigio, ninguno de los cuales debería esperar ganar siendo el tercero en la línea de sucesión, a menos que lo hiciese por su propia cuenta. Y aquello le convertía en peligroso en lo que a Margaretta se refería.

Un pensamiento molesto acuciaba la mente de Nash, un recuerdo vago que le ofrecía una idea. ¿Sería posible que la pasión de Samuel pudiera redirigirse? ¿Que Nash pudiera indicarle el modo de hacerse un nombre ahora, en lugar de esperar a heredar el control del negocio de su familia?



—La pasión que siente por su legado familiar es admirable. —Nash se aclaró la garganta y se puso de pie antes de caminar hacia una pila de revistas que yacían sobre una mesita. El artículo que recordaba databa de un par de meses atrás, pero podría encontrarlo... Una copia de la *Revista Deportiva* se hallaba al fondo del montón con las esquinas dobladas—. Quizá fuese mejor dejar huella en el deporte general.

El corazón de Nash amenazaba con salirsele del pecho cuando trajo la revista de vuelta hasta su escritorio y volvió a acomodarse tras él. Tenía que tener mucho cuidado con la conversación. No podía descubrir que sabía algo acerca de la hija del señor Fortescue o la situación familiar del señor Albany. Una palabra, un desliz, sería un desastre. Lo más seguro habría sido permanecer en silencio, pero acababa de sugerir algo que requería el control de la conversación.

Bueno. De perdidos...

—Hay un nuevo estilo de carreras en Irlanda.

Sobre el escritorio, dejó la revista abierta en un artículo que se titulaba *Una curiosa carrera de caballos*. El señor Albany tomó el papel y se acomodó en una silla cercana para leerlo, pero el señor Fortescue permaneció centrado en Nash con ojos escrutadores, pensativo.

Nash tragó saliva.

—No soy muy deportista, caballeros, pero me parece que un buen liderazgo podría tomar la idea de esta ociosa apuesta y convertirla en un imperio de carreras de caballos. —Tal vez había dorado mucho la píldora, pero ahora Nash no podía echarse atrás.

El señor Albany levantó la mirada.

—¿Tenían saltos en las carreras?

—Así es. —Nash miró al señor Fortescue de soslayo—. Y si alguien pudiera construir una silla especial para tal carrera, sin duda sería una ventaja para el corredor.

—Sin duda —murmuró el señor Fortescue—. Sería todo un golpe maestro ser el primero en presentar algo tan novedoso en Inglaterra. De seguro algo de lo que un irlandés sería incapaz.

El señor Albany dejó la revista sobre sus piernas con bastante ímpetu.

—La Guarnicionería Fortescue no se llevaría ningún crédito. Las sillas que se hicieran para ello serían para uso de Albany en exclusiva.

—Por supuesto. —El señor Fortescue se aclaró la garganta—. Pero necesitaría analizar cómo son las carreras.

Nash reunió varias hojas en blanco sobre su escritorio.

—Podríamos redactar un acuerdo ahora, si lo desean, de que cualquier desarrollo en monturas realizado para este nuevo estilo de carreras con saltos será de uso exclusivo para los establos Albany.

El señor Albany pareció pavonearse ante la idea de poseer los derechos exclusivos de algo.

—Sí. Podríamos incluso llamar la montura como nosotros. Y su desarrollo tendría que ser prioritario.

—Por supuesto. —El señor Fortescue pareció hundirse en su silla con un suspiro de alivio. Quizá fuera la primera vez que se relajase en semanas. ¿Cuánto tiempo llevaba siguiendo a ese lunático por el país?

—Hemos de hacernos con el control de este asunto pronto —declaró el señor Albany antes de hacer una pausa—. Pero no podemos abandonar nuestro... propósito actual.

El señor Fortescue se tensó en el asiento que ocupaba.

—Nada cambiará en el tiempo que nos lleve viajar a Irlanda y estudiarlo. Podemos abordar el asunto a nuestro regreso.

Nash sabía que el hombre esperaba que para cuando regresasen, el tema se hubiese solucionado por sí mismo y Margaretta hubiese dado a luz a una niña o hubiese encontrado un lugar seguro donde

esconder al bebé, de ser este un niño. La alternativa, que Margaretta o el bebé no sobrevivieran durante su ausencia, lo carcomía por dentro. Ningún padre querría considerar tal final para su hija.

—Supongo. —El señor Albany volvió a contemplar el artículo en su regazo antes de asentir en dirección a Nash.

—Redacte los papeles.



Alrededor del mediodía, Margaretta se encontraba dando puntadas precisas en una costura rasgada en el hombro de una áspera camisa blanca cuando la señora Lancaster entró por la puerta. Las mujeres seguían sentadas a la mesa debatiendo las opciones que tenía la joven, aunque Katherine había exclamado que al menos debían hacer algo que valiese la pena.

Aunque las habilidades para limpiar de Margaretta dejaban bastante que desear, su destreza con la costura era casi tan excelente como sus dotes de cocina. Ya había puesto una cazuela sobre el fuego para calentar el estofado para la cena.

Las conversaciones se detuvieron cuando la señora Lancaster entró a la pequeña casita. Les sonrió a las tres.

—Miraos, señoras. Sacando lo mejor de la vida cuando el diablo preferiría veros derrumbadas y por los suelos. Estoy orgullosa de vosotras.

Daphne se sonrojó, pero no desvió la mirada cuando la anciana se acercó a escudriñar al pequeño en sus brazos.

—Ay, qué pequeño tan dulce. —La tendera levantó la vista y sonrió—. ¿Y nuestro otro pequeño? ¿Hemos arreglado las cosas?

Katherine y Daphne se miraron durante un buen rato. Aunque se hubieran debatido muchas posibles opciones, no se había llegado a un

acuerdo. Finalmente, Katherine asintió levemente.

—Vamos a quedarnos con el bebé de Margaretta.

La sonrisa de la señora Lancaster desapareció y miró a la implicada a los ojos.

—¿Dejarías a tu bebé?

Hasta ese momento, Margaretta no se había permitido pensar de esa forma. Había pensado que era como cuidar de alguien necesitado. Como una obra de caridad que se podría realizar de forma impersonal con un poco de distancia. Pero, en ese momento, con aquella tristeza y hasta posible decepción en el rostro de la señora Lancaster, su bebé se convirtió justo en eso. En algo «suyo».

Aunque no cambió las cosas.

—No tengo ninguna dote que aportar ni nada con lo que comenzar mi vida. Si vuelvo a casa, me caso y busco la vida para la que nací, tendré dinero que podré enviar para ayudarlas. Si es una niña, quizá pueda quedarme con ella. De otra forma... —Posó la mano sobre su vientre— . Simplemente no es un riesgo que pueda permitirme correr.

Katherine suspiró.

—Por si sirve de algo, creo que se lo deberías contar a la familia de John. Creo que te protegerían.

—Samuel es el único hijo que les queda viviendo en suelo inglés. No puedo arriesgarme a que le crean por encima de mí. —Margaretta hizo una pausa para no pincharse con la aguja—. E insistirán en que viva con ellos, bajo su techo. Esconderme de Samuel no sería una opción entonces.

Ya estaba arriesgándose mucho al no contarle a la familia de John lo del bebé. Si resultaba ser un niño, de estar en línea para heredar, ¿la creerían cuando afirmase que era de John? ¿O es que estaba condenando a su bebé a una vida sin sus derechos de nacimiento?

La señora Lancaster rodeó la mesa para abrazar fuerte a Margaretta.

—No te preocupes por nada. Al Señor no le sorprende ni un ápice. Recuerda mis palabras, querida. Tiene un plan para todos. Y, a veces —dijo, besándola en el cabello— esos planes son difíciles de comprender.

Margaretta no sabía qué hacer con la abierta muestra de afecto de la señora Lancaster, pero fue como un bálsamo para su corazón dolorido. Daphne y Katherine estiraron los brazos por encima de la mesa y entrelazaron los dedos con los suyos. El momento fue solemne, como una promesa entre mujeres de hacerlo lo mejor posible con las vidas que se les había confiado por cualquier razón. La emoción la embargó, liderada por el miedo de que no estuvieran haciendo lo correcto.

Aquellos bebés necesitaban de mucha guía, de mucha educación, mucho de todo si iban a ocupar su lugar en el mundo. ¿Podrían lograrlo cuatro mujeres que no sabían lo que hacían?

Fue suficiente para que quisiera regresar a la cama y no salir en toda una semana.

Entonces, Benedict la observó de entre su mantita, parpadeó y eructó.

Cuando el más básico de los ruidos rompió el silencio solemne, las cuatro mujeres estallaron en carcajadas en lugar de en sollozos, y Margaretta supo que la señora Lancaster tenía razón. No importaba lo sola que se sintiera, nada de aquello resultaba una sorpresa para el Señor.



Redactar el contrato le llevó la mayor parte del día, pero para cuando llegó el final de la tarde, ambos hombres sonreían. Bueno, el señor Fortescue sonreía. El señor Albany parecía un gato que se acabara de comer a un canario.

Nash prometió a los hombres que haría copias del acuerdo y las enviaría a Londres además de a Newcastle, Irlanda, adonde los caballeros pretendían viajar.

Estrecharon las manos y el señor Albany se quejó sobre si no sería muy tarde para llegar a la diligencia. Finalmente, decidió esperar hasta la mañana. Ni Nash ni el señor Fortescue opinaron mientras el señor Albany debatía la decisión consigo mismo. Simplemente asintieron de acuerdo con él.

El señor Fortescue no dejó de observar a Nash con algo de escepticismo antes de exclamar en voz baja:

—Me gustaría seguir hablando de esos detalles de viaje en algún momento.

Nash pensó en cómo responder. Sabía que viajar a Irlanda y abandonar a su hija tenía que resultar una perspectiva complicada para el anciano, pero lo haría para mantenerla a salvo. El señor Albany no parecía preocupado en ese momento por nada; estaba convencido de que su nombre se convertiría en sinónimo de un nuevo estilo de carreras en menos de un año. No obstante, Nash no estaba dispuesto a poner a prueba esa nueva fascinación comentando con el padre nada que no fueran detalles sin importancia.

—Estoy seguro de que podré ser de ayuda sobre ese asunto cuando llegue el momento.

El señor Fortescue entornó los ojos, seguramente al tratar de leer las intenciones ocultas de Nash. A continuación, los abrió de par en par al reparar en algo a espaldas del abogado.

Antes de que Nash pudiera volverse y ver qué había atraído la atención del otro hombre, la puerta se abrió y ello permitió que una ligera brisa entrara en el despacho junto con la señora Lancaster.

—Buenas tardes, caballeros.

Nash tragó saliva e intentó no entrar en pánico mientras la señora Lancaster pasaba por el lado del señor Albany con la maleta de Margaretta delante de ella. Ella asintió en dirección de los hombres y rodeó el escritorio para dejar la maleta fuera de vista.

—No deseo interrumpir. El señor Banfield accedió a ayudarme con mis entregas de hoy. Estos viejos huesos ya no se mueven como antes.

Soltó una risa y parecía completamente relajada, desconocedora de la tensión que su presencia había creado. Afortunadamente, el señor Albany parecía igual de ignorante.

El señor Fortescue, por otro lado, observaba el escritorio de Nash como si pudiese ver la maleta en el suelo detrás de este. Su mirada se endureció cuando por fin lo miró a los ojos.

—Este... acuerdo. Confío en que ha mirado por mis intereses en él, ¿no es cierto? Todos mis intereses.

Nash debatió entre hacerse el tonto en caso de que el señor Albany fuese más astuto de lo que pensaba, pero no le pensaba hacer eso al hombre. Cualquiera padre que estuviera dispuesto a dejar de lado su negocio y viajar hasta Irlanda simplemente para proteger a su hija merecía saber que esta se encontraba a salvo.

—Por supuesto, señor. —Nash tragó saliva, pero tenía la garganta seca —. Me aseguraré de que todo lo suyo esté bien protegido.

El señor Albany bufó.

—Sí, sí, ¿no es eso lo que nos hemos pasado horas debatiendo? Ahora marchémonos. He de adelantar a mi lacayo para que pregunte por los billetes a Irlanda.

La tensión que Nash no había sido consciente que sentía desapareció de sus músculos ante la noticia de que el lacayo del señor Albany viajaría con ellos. Con una última mirada, el señor Fortescue levantó la vista y siguió al señor Albany hasta la puerta. Se detuvo en la

entrada.

—Cualquier revisión que crea... necesaria en el contrato, me la hará saber, ¿verdad?

Nash asintió.

—Rápidamente, señor.

El señor Fortescue parecía desolado, pero asintió y siguió al señor Albany a la calle.

Nash se dejó caer en su silla, exhausto.

La señora Lancaster sonrió.

—Bueno, parece que ha ido bien.

Nash dejó escapar un gruñido tras apoyar la cabeza en la silla.

—¿Qué hace aquí, señora Lancaster?

—Ha de llevarle esto a Margareta esta noche. No creo que mis piernas puedan aguantar el trasiego de volver a subir esa colina.

Nash fue incapaz de reprimir la sonrisa que le curvó los labios. La señora Lancaster bien podría recorrer la mitad del trayecto hacia Avebury antes de resentirse, pese a su extraña manera de andar, arrastrando los pies. Sin embargo, jamás podría llamarla mentirosa. No obstante, eso no significaba que quisiera entregar el paquete. No estaba preparado para ver a Margareta. Y no sabía si lo estaría nunca.

Estaba encinta. Sabía de primera mano lo que aquello significaba. Lo tenía grabado en la mente, tan vívido y con tantísimos detalles horribles. Conocía el peor de los riesgos y el más devastador de los finales. Y no quería pensar en ello.

—Necesita sus cosas. —La señora Lancaster frunció el ceño, una expresión tan inusual en ella que su rostro pareció crujir para que todos los músculos se situaran en la posición correcta—. Y usted se las va a llevar.



## Capítulo 10



Nash llevó a Margaretta la maleta, porque, bueno, porque no pudo librarse de la tarea. Aunque aquello no significaba que tuviera que verla. La había dejado en la escalera de entrada, y luego había llamado a la puerta antes de salir corriendo como un niño que acabara de hacer una travesura. Había huido de la casa como si albergara la peste en lugar de un bebé y una mujer encinta.

No obstante, había incluido una nota en la que afirmaba que su padre y Samuel Albany se marchaban del pueblo, pues de momento habían suspendido su búsqueda. La nota no desvelaba demasiados detalles, y probablemente planteaba más preguntas de las que respondía. ¿Esperaba una parte de él que ella lo buscase y le exigiese más información?

De ser así, estaba condenado a la decepción. Habían pasado dos semanas y no había sabido nada de ella.

Tampoco regresó a la tienda de la señora Lancaster, pues eligió permanecer con las otras mujeres en la casita. Tareas como cocinar, cuidar del jardín, y coser eran ahora actividades rutinarias de su día a día. Lo sabía porque sus visitas casi diarias a la tienda de la señora Lancaster habían continuado. Aunque se decía a sí mismo que estaba mejor sin Margaretta en su vida, no podía evitar preguntarse cómo se encontraba y qué hacía.

Al principio, la señora Lancaster se había mostrado encantada de contarle cosas, y hasta le dijo que las mujeres tenían un plan para el bebé que estaba por nacer. Sin embargo, conforme pasaron los días,

las noticias de la señora Lancaster se transformaron en ceños fruncidos y miradas incisivas.

Y, aun así, Nash regresaba día tras día, porque era el único modo que tenía de enterarse de algo. Si ocurría algo importante, estaba seguro de que la señora Lancaster rompería el voto de silencio.

Aunque sabía que no debería importarle.

Nash escudriñó los papeles frente a él. Los mismos que llevaban en su escritorio dos días ya. Aunque era cierto que la vida en el campo se movía a un ritmo más lento que en la ciudad, sus clientes seguían esperando que él, de hecho, realizara el trabajo para el que le pagaban.

Tomó una pluma y la acercó al papel con la intención de redactar el nuevo acuerdo sobre la dote de la hija del señor Jacobson. Era un documento sencillo, una suma de dinero determinada por el acuerdo prenupcial de sus padres. No tendría que haberle llevado a Nash más de una hora acabarlo.

Y ahí estaba, consumiendo la mejor parte del día para llevar siquiera la pluma al papel.

Había completado dos líneas enteras cuando reparó en que no había mojado la pluma en tinta.

Arrojó la pluma sobre la hoja de papel en blanco, aunque llena de arañazos, se apartó con un empujón del escritorio y cruzó toda la estancia. Volvió a mirar hacia su mesa, y lo persiguieron los cajones y el espacio vacío donde colocar las piernas frente a él.

«Tiene otro escritorio, pero ningún compañero».

Aunque para él no tenía sentido contar con un compañero aquí, en su pequeña oficina de abogados de Wiltshire, aquella afirmación también pareció hacerse eco en los pasillos vacíos del resto de su vida. No tenía compañero. No tenía a nadie, en realidad.

Hasta a los pueblerinos con los que tanto afirmaba sentirse en deuda,

y a los que tanto protegía, los mantenía a una cierta distancia.

Pero le importaban, aun sabiendo que un día la muerte llamaría a las puertas de todos aquellos que tan acostumbrado estaba de ver. La señora Lancaster seguiría al señor Lancaster al cielo tarde o temprano. Henry Milbank tendría un sustituto más joven y fuerte cuando ya no pudiera entregar carbón a los negocios del pueblo. El hombre ya hablaba de tomarse las cosas con calma y de acoger a un aprendiz.

Porque no tenía ningún hijo a quien enseñarle el oficio. La vida había dejado al señor Milbank con cicatrices, y no había vuelto a intentarlo.

Pero al menos lo había intentado. Al igual que Lewis y Mary. Nash no podía adjudicarse tal hazaña.

Nash se había alejado de la vida pensando que podría limitar su implicación en ella, y por lo tanto el dolor que sufriera. Al igual que se había alejado de Margaretta. No podía dejarla acercarse, no le podía dar su corazón tan solo para enterrarlo junto a ella, de sufrir el mismo destino que su hermana.

La idea de que Margaretta pudiese no sobrevivir al nacimiento de su hijo le cruzó la mente y lo hizo caer al suelo de rodillas. Se deslizó a tientas hacia una silla y se sentó en ella antes de bajar la cabeza a las manos y de tomar varias grandes bocanadas de aire. El aire entró y salió de su pecho hasta que los labios comenzaron a hormiguearle.

Era demasiado tarde.

Si Margaretta moría, quedaría devastado. Hasta la idea de que sufriese dolor le anegaba los ojos en lágrimas. ¿Y si vivía? ¿Cambiaría de parecer y conservaría a su bebé? ¿Se quedaría aquí? No tenía dinero, ni empleo, ni lugar donde vivir a menos que permaneciera con sus amigas, quienes, por lo que parecía, ya estaban haciendo uso de sus limitados fondos.

Nash sabía, de todos los contratos y documentos que había escrito a lo

largo de los años, que sus posibilidades eran más que escasas. Eran inexistentes. Tendría que casarse.

Y se casaría con otro.

Porque se había alejado de ella. ¿Le había preguntado Margaretta a la señora Lancaster sobre él? ¿Se sentía traicionada por su ausencia? Debía de sentirse rechazada por él. Al fin y al cabo, no había ido a verla desde que se había desvelado su secreto. Con toda probabilidad habría supuesto, y con bastante razón, que era incapaz de lidiar con su situación.

Pero ¿podía realmente? Si fuera capaz de eliminar las últimas dos semanas, si pudiera regresar y asegurarle que los sentimientos que habían nacido en silencio entre ellos eran verdaderos y muy reales, ¿lo haría? ¿Había vuelta atrás de su silencioso rechazo?

Más que eso, ¿podía correr el riesgo? El bebé no era suyo, pero podría ser él quien sufriese de haber consecuencias. ¿Importaba?

La puerta de su oficina se abrió con un clic, y Nash se obligó a ponerse de pie para saludar a quienquiera que hubiese entrado. Todavía tenía un negocio que gestionar, al fin y al cabo, y era inequívocamente posible que ese negocio se convirtiera en lo único que le quedara en la vida muy pronto.



Margaretta se frotó el lateral del vientre en crecimiento. Pareciera que en la pasada semana hubiese pasado de ligeramente redondeada a claramente abultada. Fue suficiente como para obligarla a permanecer dentro de la casita pese a lo mucho que deseara gozar de más espacio para respirar aire fresco. Marlborough se hallaba actualmente abarrotado de gente, la élite de Inglaterra, que estaba de camino a sus residencias de verano. No podía arriesgarse a que le llegasen a Samuel noticias de dónde estaba o cuál era su condición, ni

siquiera estando él en Irlanda.

Por ahora, tendría que contentarse con pasear por el pequeño salón de la casita de campo de la señora Lancaster.

De repente, una sacudida en la mano la detuvo en seco. ¿Había sido...? ¿Era posible?

Margaretta apoyó una mano contra la pared para contrarrestar su repentina debilidad, y presionó la otra con fuerza contra el lugar donde acababa de sentir la convulsión.

Ahí estaba otra vez.

Un movimiento de lo más breve, apenas nada, y no muy distinto a otros dolores menores que había estado padeciendo últimamente, solo que ella sabía que sí era diferente. Sabía que era su bebé.

Había un bebé en su interior, un ser vivo, y ya no se trataba de algo que simplemente supiese, al igual que sabía sumar o quién era el rey de Inglaterra. Era real. Estaba creando un nuevo ser humano. Un niño que un día corretearía y se reiría como los demás niños del barrio.

Un hijo que tendría que aprender a crecer y a ser un hombre con alguien que lo guiase.

O una hija que tendría que ser igual de fuerte para crecer sin un claro sentido de pertenencia ni propósito, portando el apellido de un hombre muerto, en el caso de que los padres de John la reconocieran a pesar de haber afirmado no estar encinta. No tenían ninguna motivación real para acogerla. Para la mayoría, una hija era simplemente una moneda de cambio que casar para obtener beneficios económicos o sociales.

Margaretta se deslizó hasta el suelo, se abrazó el vientre y rezó por que fuese un niño. Sabía que tendría que abandonarlo si así era, pero la señora Lancaster le había asegurado que cuidarían de él en este pequeño pueblo. Tendría una vida sencilla, indigno del linaje de su

padre, pero estaría a salvo, y quizá hasta fuese querido.

Lo abandonaría en nombre de la supervivencia, pero Margaretta no estaba segura de poder sobrevivir a aquella separación. Sería difícil, pero al menos lo sabría. No tendría que preguntarse todos los días durante el resto de su vida si su hijo se encontraba bien. ¿Qué sería peor? ¿Ver a su hija luchar por encontrar su lugar en la vida, atrapada entre la educación de hija de comerciante adinerado de su madre y la aristocracia de su padre, o perderse las sonrisas y los abrazos con su hijo?

Había visto a Daphne arrullar y reírse con su propio hijo, y jalear junto a Katherine al pequeño Benedict cuando este había levantado la cabecita por sí solo y su pequeño puño en el aire.

Margaretta se volvió a acariciar el abdomen con manos temblorosas. Era muy posible que no formase parte de esos vítores con este pequeño.

Las lágrimas, saladas, le empaparon los labios al echar la cabeza hacia atrás, contra la pared. Inconscientemente, se llevó una mano al rostro y casi se sorprendió cuando esta terminó mojada. ¿Lloraba por su bebé o por ella misma? ¿Importaba? Con aquella simple sacudida, todo había cambiado. Nunca sería capaz de separarse del todo de este bebé. No en su corazón, al menos.

Al igual que sabía que, aunque se volviese a casar, aquello sería tan práctico como su primer matrimonio.

Nuevas lágrimas cayeron por sus mejillas. No había importado que se dijera a sí misma que no se enamorara del abogado, que compartir una vida con él era tan posible como que lograra conservar a su hijo.

No era justo. Quería gritarle a Dios y clamar al cielo. Lo había hecho todo bien. Había sido el ejemplo perfecto de lo que debería ser una muchacha inglesa, buscando la mejora de su padre en la escala social

al aliarse con una familia posicionada por encima de la suya propia, aunque fuese con un segundo hijo con muy pocas expectativas de futuro.

Lo había hecho todo bien. Entonces, ¿por qué se desmoronaba su vida ahora?



Nash se detuvo al final del callejón y contempló a los niños que jugaban en el parque. Recordó que una tarde no demasiadas semanas atrás había observado una escena similar sin ser consciente de que todo lo que creía conocer sobre la vida y sobre sí mismo estaba a punto de cambiar.

Tres niños terminaron en el suelo, uno encima de los otros, riéndose y chillando mientras los otros cuatro los rodeaban y animaban.

¿Jugaría el hijo de Margaretta en este mismo parque algún día? ¿Habría un niño de tez pálida y pelo oscuro junto a los demás del barrio el día de mercado, esperando que el vendedor del puesto de golosinas les diera gratis las que tenían algún defecto?

Eso suponiendo, por supuesto, que la madre y el bebé sobreviviesen al parto.

Richard, el cuarto hijo de un posadero, se separó del grupo y se arrojó una especie de trapo sobre la cabeza. Jeremiah, el hijo mayor del banquero del pueblo, corrió tras él. Las posibilidades de que aquellos chicos siguieran siendo amigos cuando fuesen demasiado mayores para seguir correteando por el parque eran escasas, pero el futuro no les impedía disfrutar de la vida ahora mismo. Ni tampoco el pasado.

Había una lección muy importante que aprender de aquello. Tal vez eso era a lo que Jesús se refería cuando dijo «así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su inquietud. A cada día le bastan sus problemas». Tal vez eso significaba que había que vivir

el presente, porque, desde luego, ya tenía suficiente allí y en aquel momento de lo que preocuparse. Y si estaba viviendo el presente, ¿por qué hacía tantas cosas para volver su día a día tan miserable?

Casi recorrió el resto del trayecto a través del parque y a lo largo de la calle que llevaba hasta la pequeña casita corriendo. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Iba a atravesar aquella puerta y hacer todo lo que había jurado no hacer nunca?

Sí. Porque ya la amaba.

La única pregunta era si pasaría el resto de su vida junto a ella demostrándole cuánto la amaba. Una sonrisa adornó su rostro por primera vez en semanas. Era libre, porque por fin había decidido deshacerse del miedo y aferrarse a la felicidad que parecían brindarse el uno al otro.

Cuando llamó a la puerta no recibió respuesta, así que la abrió con la preocupación carcomiendo la frágil esperanza que acababa de hallar en su interior. Con tres mujeres esforzándose al máximo para que el mundo las olvidase, ¿no debería haber

al menos una de ellas en casa?

La puerta crujió desde los goznes cuando Nash la empujó.

Se encogió ante el ruido y deseó que Benedict no estuviese durmiendo en la salita principal.

No obstante, el bebé fue lo último en lo que pensó cuando vio a Margaretta hecha una bola contra la pared.

—¿Margaretta? —Medio corrió, medio se deslizó a través de la estancia hasta encontrarse de rodillas a su lado—. Mi amor, ¿qué sucede?

—No... —Tomó aire con dificultad—. No me llames así. No quiero recordarte llamándome así.



Acunó su rostro y deslizó el dedo pulgar por su mejilla para atrapar una lágrima.

—Quiero que lo oigas. Quiero que lo sepas. Porque es la verdad. Eres mi amor, y siento muchísimo que hayas tenido que vivir estas últimas semanas sin saberlo.

Su respuesta fue un gemido trémulo que le aguijoneó el corazón y derrumbó los últimos resquicios del muro que había erigido para intentar protegerse. Se acomodó en el suelo a su lado, y la aupó hasta colocarla sobre su regazo. Tenerla entre sus brazos lo hacía sentir tan completo incluso cuando nunca había sido consciente de que le faltase nada. Mientras ella lloraba sobre su hombro, él la abrazó y la consoló acariciándole la espalda y los rizos que se le habían escapado del recogido.

Un ramalazo de culpa lo asoló. No tenía derecho a abrazarla así, no hasta que supiese que ella estaba de acuerdo con la dirección que estaban tomando rápidamente sus pensamientos. Era como si en cuanto se había permitido volver a sentir, volver a unirse a la vida, se hubiese abalanzado sobre lo único que deseaba más que cualquier otra cosa.

Margaretta.

Tenía la cabeza llena en buena parte con ideas de matrimonio, de la iglesia en la que se casarían, ya que ella no vivía realmente en el pueblo. Quizá debiera tomar una diligencia hacia Londres y ocuparse de conseguir una licencia especial para poder evitar directamente todas esas complicaciones y casarse sin más de forma discreta.

Inclinó la cabeza hacia atrás, contra la pared, e intentó no reírse de sí mismo. Cuando cambiaba de parecer, lo hacía de manera incondicional, ¿no era cierto?

Margaretta emitió un último sollozo y se incorporó sobre el regazo de

Nash a la vez que se enjugaba el rostro lleno de lágrimas con furia. Lo tenía manchado y un poco hinchado, pero a Nash no le importaba. Para él, era precioso, porque significaba que le estaba concediendo permiso para entrar, le estaba permitiendo ver sus vulnerabilidades y sus miedos más profundos. Cuando una mujer permitía que un hombre la viera llorar significaba algo.

—No lo dices de verdad —susurró ella.

—Sí. —Nash tragó saliva—. Lo digo en serio.

Margaretta se llevó una mano al vientre y bajó la mirada. Acurrucada como estaba, era imposible ver el ligero bulto que Nash sabía que se encontraba allí, la curvatura que sus anchas faldas casi lograban ocultar hasta que el viento las pegaba contra su cuerpo. ¿Creía que su amor no se extendía hasta esa parte de ella? ¿Hasta el bebé que había creado con otro hombre, uno que él sabía que ella no había amado?

Nash cubrió su mano con la de él.

—Y también amo a tu bebé. A nuestro bebé. O al menos, puede serlo.

—El aire que le entró en los pulmones hizo que se estremeciera—. Si te casas conmigo, puedo teneros a ambos... puedo amaros a ambos. Te demostraré que el día a día está hecho para vivir, tal y como Dios me ha enseñado.

Unos ojos marrones y llorosos se elevaron hasta los de él.

—No he estado viviendo —susurró Nash—. Me he estado escondiendo de la vida, pensando que permanecer a salvo era el único modo de no sentir dolor, pero solo servía para morir antes de que la muerte realmente llegase a mí. Ya no deseo ser así. Quiero vivir, con cada aliento que Dios me ha concedido. Quiero vivir, y quiero compartir tantos de esos alientos como me sea posible contigo.

Algo que Nash creía reconocer como esperanza se reflejó en los ojos de ella, solo para atenuarse una vez más. Se mordió el labio inferior.

—Samuel...

—No tiene nada que ver con nosotros. Yo reclamaré a este bebé como mío, y el mundo no podrá afirmar lo contrario a menos que nosotros lo admitamos.

Si era un niño, podría haber complicaciones, incluso culpa por estar impidiéndole cumplir un propósito mayor en la vida. ¿Pero eran los títulos más importantes que el amor y la seguridad? ¿Había algo que ser el presunto heredero de un título podría darle que él no pudiera ofrecerle, aparte de una posición en lo más alto de la aristocracia?

Respiró hondo, pues sabía que dejaría que Margaretta decidiese. Si ella así lo deseaba, irían a la familia de su difunto marido y se lo contarían todo; pero si no, él estaría encantado de criar a ese niño como si fuera suyo.

Nash comenzó a hablar. Se creó una imagen en la cabeza de lo que su vida podía ser. De cómo se había imaginado a ese niño —el hijo de ambos— jugando con los demás niños del pueblo, esperando con ganas el día de mercado y creciendo hasta convertirse en abogado, o soldado, o cualquier otra cosa que quisiese ser. Habló de darle a su hijo caramelos de menta de la tienda de la señora Lancaster a escondidas mientras Margaretta fingía atravesarlo con la mirada por consentir a los niños.

Con cada frase la sentía relajarse y acomodarse más en su abrazo. Ocasionalmente se reía entre dientes. Al final, descruzó los brazos sobre su vientre y los colocó alrededor de él para acoplarse por completo a su regazo.

Allí donde realmente debía estar.

Nash respiró hondo.

—Cásate conmigo, Margaretta. Quédate aquí. Ámame. Construyamos esta vida juntos.

En respuesta, ella se inclinó hacia adelante y rozó los labios contra los de él. Nash pudo saborear la sal de sus lágrimas y sentir los temblores de su cuerpo.

Se escuchó un suave clic en la estancia, pero Nash tardó unos instantes en adivinar qué lo había causado.

—Bueno, espero que esto signifique que os vais a casar. —Katherine se apoyó contra la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho con el ceño fruncido.

A su lado, la señorita Blakemoor sonreía de oreja a oreja a la vez que acunaba a su bebé envuelto contra el pecho.

—Por supuesto que sí. Se aman.

Katherine arqueó una de las comisuras de la boca.

—Supongo que sí.

# Epílogo



Dos meses después, Nash se hallaba sentado a la mesa de comedor de la casa que había arrendado para sí y su esposa, apenas a varias casas de distancia de la de la señora Lancaster. Había recibido una carta del padre de Margaretta aquella mañana, haciéndoles saber que él y Samuel se encontraban inmersos en el diseño y las pruebas de una nueva montura, una que sería perfecta para el nuevo estilo de carreras. La idea no se había hecho popular todavía, pero Samuel había hallado una nueva obsesión y estaba decidido a añadir ese nuevo estilo de carreras a aquel deporte.

Nash le deseaba la mejor de las suertes siempre y cuando eso lo distrajera de Margaretta.

Una sonrisa le tocó los labios cuando su esposa maniobró para servir la cena a sus amigas acarreando aquel abultado vientre. Katherine y Daphne se habían dedicado a criar al pequeño Benedict y pasaban la tarde con ella al menos tres veces por semana. A veces la señora Lancaster se unía a ellas.

Normalmente las tardes eran alegres y ruidosas, pero hoy Daphne parecía apagada. Arrastraba la cuchara contra el plato y removía la comida en vez de comérsela.

Margaretta dejó su propia cuchara y frunció el ceño.

—¿Qué sucede, Daphne?

La aludida levantó la mirada. Su rostro redondeado mostraba una expresión seria y contraída.

—Solo desearía que todas tuviésemos a un Nash. Eres muy afortunada, Margaretta. Tienes una bendición.

A Nash se le acaloraron las mejillas mientras todos se turnaban para mirar de él a la cuna donde Benedict se hallaba dormido en aquel instante. No era difícil intuir de dónde provenía la tristeza de Daphne. Aunque las dos mujeres se habían sentido increíblemente felices por Margaretta, no había que olvidar el hecho de que nadie había venido al rescate de Daphne.

Katherine estiró un brazo sobre la mesa y enroscó los dedos en torno a los de la joven.

—Lo seremos. Seremos el Nash de alguien.

Margaretta abrió los ojos de par en par y estos se toparon con los de Nash.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, estábamos dispuestas a criar a tu hijo por ti, pero ya no hay necesidad. —Katherine tragó saliva y cuadró los hombros como si la idea que estuviese proponiendo la asustase aun estando decidida a llevarla a cabo—. Así que lo haremos por otra persona. Ahí fuera hay más muchachas atrapadas en la misma situación imposible, y todos lo sabemos.

—Pero no podemos ayudarlas a todas —comentó Daphne con voz queda.

—No —respondió Katherine—. Pero podemos ayudar a una. Y quizá... quizá sea suficiente.

El grupo reunido alrededor de la mesa permaneció en silencio.

A Nash se le ocurrió una idea, allí, en el rincón más recóndito de la mente. Puede que fuese inmoral, y no lo que su cliente tenía en mente, pero Nash no podía negar que la solución parecía ser perfecta. Ideada por el mismísimo Señor. Aun así, no logró más que susurrar:

—¿Y si pudierais ayudar a más de una?

Tres pares de ojos volaron hasta él.

—Apenas nos da para vivir nosotras, Nash —respondió Daphne con el mismo tono de voz susurrante—. Hasta acoger a alguien más ya nos resultaría bastante difícil.

Nash tragó saliva.

—¿Y si pudiéramos solucionar eso?

El sol ya había empezado a caer por el horizonte para cuando el abogado hubo tomado prestados el caballo y el carro de su vecino y convencido a la señora Lancaster de que cuidara a Benedict. Debería haber tiempo suficiente para enseñarles a las mujeres a lo que se refería, lo cual era bueno porque no creía poder encontrar las palabras necesarias para explicarlo en voz alta. En parte porque seguía sin creerse lo que estaba sugiriendo.

Mientras conducía el carro por una carretera con baches que llevaba a las afueras de Marlborough, Nash no sabía qué le latía más, si la cabeza o el corazón. Lo que estaba a punto de proponer iba contra todos y cada uno de los huesos de su cuerpo. De hacerlo, si lo hacían, ¿qué significaría en sus vidas? Observó a Margaretta, acurrucada contra él.

Pero ¿qué significaría para otras tantas vidas? ¿O para las mujeres como Margaretta que no tenían forma de mantenerse a sí mismas y mucho menos a un niño? ¿A mujeres que obligaban a considerar medidas extremas para asegurar su supervivencia?

Imágenes de lo que Margaretta hubiese hecho de no haberla seguido él hasta la tienda de la señora Lancaster ese primer día trataron de nublarle la mente. Las náuseas le revolviéron el estómago al pensar en qué habría sucedido. Lo que habría pasado si ella se hubiera visto obligada a regresar a casa y enfrentarse a Samuel. Lo sucedido de

haber escogido no regresar a casa.

Sacudió la cabeza y guio a los caballos hacia un carril descuidado, con ramas y enredaderas rozándole la cabeza.

No había sucedido nada de lo que había imaginado. Nada sucedería. Margaretta estaba a salvo a su lado y justo aquella mañana había sentido al bebé moverse.

Las mujeres se rieron y empujaron las ramas de los árboles que caían contra el carro. Aquella propiedad no había estado al cuidado de Nash durante mucho tiempo, y despejar el camino no había sido prioridad, sobre todo porque el abogado que se había puesto en contacto con él para buscar a un casero no se había preocupado de hacer planes acerca de la propiedad, a pesar de haber pertenecido a su cliente durante años.

Nash no veía motivo por el que las guardesas no pudieran ser un par de mujeres y un puñado de niños. Había algunos hombres en el pueblo que apoyarían tal causa y se encargarían de las tareas más laboriosas. Y como la vegetación estaba descuidada y había crecido en demasía, nadie tenía por qué saber que estaban allí.

Atravesaron el crecido matorral y se detuvieron frente a una finca que no había visto visitas en más de una década.

Las risas cesaron.

Katherine saltó de la parte trasera cuando se detuvieron.

—Nash, este lugar es enorme.

Lo era. Columnas gigantes de dos pisos se alzaban sobre la entrada, flanqueadas por dos largas series de escaleras que conducían a las puertas de dos hojas de la casa. Dos alas se extendían a partir de la sección central y una tercera en la parte de atrás, aunque las mujeres aún no podían verla.

—Necesita un guarda. Me han mandado buscar una solución a largo



plazo.

Katherine desviaba la mirada de la casa a Nash y de vuelta a la casa. A continuación, fijó los ojos en Daphne.

—¿Qué te parece?

Daphne se llevó una mano a la boca y se volvió para mirarla antes de regresar la vista a Katherine.

—Creo que habría estado en aprietos mucho más graves que Margaretta si usted no me hubiese salvado. Me gustaría pasar el testigo.

Margaretta pasó los brazos en torno al del Nash.

—Y no estarás sola. —Se volvió para mirar a Nash—. Ninguno de nosotros lo estaremos.

Katherine soltó una bocanada de aire.

—Hay cosas que debemos tener en cuenta. Los fondos del guarda no servirán para mantener a un aluvión de niños. Tendremos que decidir hasta dónde podemos llegar y saber a quién ayudar. —Contempló la propiedad una vez más—. Pero si quieres hacerlo, estoy de acuerdo.

Nash no pudo desviar la vista de Margaretta cuando un sentimiento de resolución se expandió por su pecho junto a un amor que amenazaba con explotar en su interior.

—Hallaremos la solución. Juntos.

—Juntos —susurró Margaretta.

Nash sonrió antes de inclinarse para darle un beso rápido. Volver a vivir era maravilloso.

*Fin*

# Misterio en Haven Manor

KRISTI ANN HUNTER



**Una huida, un regreso y una apuesta arriesgada para salvar a quienes lo necesitan... Y salvar su amor.**

Cuando Katherine «Kit» FitzGilbert dio la espalda a la sociedad londinense hace más de una década, decidió no volver a poner un pie en un salón de baile. Pero cuando un asunto la lleva a Londres y se ve obligada a luchar por su vida, tiene que volver a uno de esos salones, donde se topa con Graham, lord Wharton. Y por primera vez en la vida, desea que las cosas hubieran sido distintas... Sin embargo, desde hace tiempo se dedica a ayudar a mujeres a escapar de la ciudad cuando su situación se ve comprometida en sociedad, así que no puede distraerse. Ojalá se lo pudiera contar todo a Graham, pero, si lo hiciera, ¿qué precio tendrían que pagar por la verdad aquellos a los que ama?



## *Sobre la autora*

**Kristi Ann Hunter** se graduó en Informática por el Georgia Tech, pero siempre supo que lo que quería era escribir. Ha ganado el premio RWA Golden Heart, el ADFW Genesis y el Georgia Romance Writers Maggie Award. En 2016 ha sido la ganadora además del premio RITA a la mejor novela romántica inspiracional. Vive con su marido y sus dos hijos en Georgia. Para saber más sobre ella, visite su página web: [www.kristiannhunter.com](http://www.kristiannhunter.com).

*En busca de refugio*

Título original: *A Search for Refuge*, libro 0.5 de la serie *Haven Manor*

Copyright 2018 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

*A Search for Refuge*

by Bethany House Publishers,  
a division of Baker Publishing Group,  
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Tamara Arteaga Pérez y Yuliss M. Priego

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](https://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © Rekah Garton/Arcangel Images

Primera edición digital: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-16973-16-3

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).